

Quando avisa la voz de la campana,
Y acude luego por su diezmo el cura;
Quando en la tercia del concejo mana
Lo que en el labrador tan poco dura;
Quando al que le visita y no le sana,
Le paga porque dice que le cura;
Quando las rentas el señor le pide,
Y de la triste parva se las mide;

Quando del poco grano que le sobra,
Con tantas ansias y sudor ganaron,
El logrero cruel la deuda cobra
Por paga del dinero adelantado;
Quando, lleno de cuitas y zozobra,
Mira la parva parva el desdichado,
Que tanto por instantes se desmiembra,
Que le viene á faltar para la siembra;

Al fin, cuando de toda su cosecha
Sola la paja en sus umbrales mete,
Y los terrones fértiles barbecha
Para el tiempo que el fruto le promete;
Entónces denodado el sulco echa
El marinero al mar, y ya el grumete
Avisa que divisa las galeras
A vista de las cimicas riveras.

Ya las trompetas con soberbio grito
De los montes y cuevas levantaron
De soldados un número infinito,
Que en ayuda del Mosca se juntaron:
Ya las ligeras postas el distrito
De todo el orbe universal pisaron,
Trayendo las langostas y chicharras
Hermosas compañías y bizarras.

El rey Sanguileon y el tabaneco,
Que vieron tanto número de naves,
Que por el mar las trujo el viento fresco
Más ligeras que en él vuelan las aves,
Dieron á los soldados un refresco,
Y á los navios con la carga graves,
Desafiaron el áncora, que estorba
Que atras se deje la ribera corva.

Con setecientas máquinas disformes
Rompe las ondas la vistosa armada,
Que lleva con los ánimos conformes
El bravo orgullo de la gente alada:
Infinitas catervas multiformes
Sulcan en ella la region salada,
Admirando las ninfas que los miran,
Y medrosas de verlos, se retiran.

Pasa la turba indómita contenta,
Y el grito del placer al cielo toca,
Y el viento alegre el pecho les alienta,
Que á la dura venganza se provoca:
No temen del camino la tormenta,
Escollo ó calma ó peligrosa roca;
Que con gritos de gozo el aire hien-den,
Y el mar hinchado con el remo ofenden.

Hacen las muchas olas resistencia
A los navios de que el mar se viste,
Reprimiendo con furia la violencia
Con que la fuerte máquina le embiste:
Hace el viento á las olas competencia,
Y como el mar sus soplos no resiste,
Rompe soberbio el cristalino paso
Con leves cursos el ligero vaso.

Con órden grande y singular concierto
Va caminando la vistosa flota,
Sin ver la tierra del vecino puerto,
Por alta mar tomando la derrota:
Siguiendo van al marinero experto,
Que á la opuesta ribera más remota,
Estudiando en la piedra y en el norte,
Le busca el puerto á do la flota aporte.

Con dos agudos cuernos hace punta
La poderosa armada, y se recoge
En un remate solo, á do se junta
Y de los cuernos el cimientó coge:
Así la valerosa y grande junta
Va sin temor que el ancho mar se enoje;
Que aun piensan, si se enoja, que su fuerza
Basta para que el mar de intento tuerza.

Como estrimonia grullas por el viento
Van caminando, de la misma suerte
Sulca, rompiendo el húmido elemento,
La grande armada belicosa y fuerte:
Siguiendo van un mismo movimiento,
Sin que el órden alguna desconcierte;
De modo que se viera en el armada
La letra pitagórica pintada.

Van á fuerza de remos delanteras
En el cuerno derecho de la armada
Ochenta famosísimas galeras
De gente por sus obras celebrada:
Aqui navegan las catervas fieras
De la estirpe soberbia no domada,
A quien el mundo cénzalos les puso
Por nombre derivado de su abuso.

Estos cuando caminan significan
Su natural fiereza en el zumbido,
Y con él con gran impetu publican
La mitad de sus nombres al oído:
Quando estas gentes sus contrarios pican,
Penetra su dolor hasta el sentido,
Y destos es el más feroz tormento
Que reciben los ojos del jumento.

El rey Asinicedo los mantiene,
En quien tambien nos muestra con certeza
El nombre suyo, que principio tiene
De semejante origen y proeza:
Este soberbio con sus gentes viene
En galeras de suma lijereza,
Hechas con arte y con industrias bravas
De las recias cortezas de las habas.

En estas fuertes máquinas encierra
Los varones en fuerzas singulares,
Instrumentos seguros que la tierra
Produjo á fin de navegar los mares:
Despojos son ganados en la guerra
Que tuvo en la region de los habares,
Donde murieron veinte mil pulgones,
Dándoles el despojo á sus varones.

Tras estos vienen en la misma banda
Ciento y veinte navios de alto borde,
Y el rey soberbio que los riges y manda,
Con el mosca y el tabano concorde:
Deste, si es la verdad el rumor que anda,
El fuerte Asinicedo es hijo borde,
Habido en una mosca labradora,
De la provincia legañil señora.

Este vino á la guerra y desafío
Con un millon de fuertes mirmillones,
Soldados todos de robusto brio,
Bravos y foragidos valentones:
Estos en las calores del estio
Se juntan en copiosos escuadrones,
Y á los que entónces por los montes pasan
Más que las fuerzas del calor abrasan.

Es el asilo y estacion segura
Desta caterva que crueldad profesa,
La cueva umbrosa, lóbrega y oscura,
El intrincado monte y selva espesa:
Destos la más pequeña picadura
Deja en los hombres la señal impresa:
En fin, son foragidos bandoleros,
Desnudos de piedad, y no de aceros.

Tras las gentes del rey Asinicedo
Siguen á su caudillo que los trujo,
El cual tiene por nombre el rey Mirpredo,
Que es de la ira y la crueldad dibujo;
Varon de grandes fuerzas y denuedo,
De gesto temerario, aunque magrujo,
Y que suele comerse, aunque esté cruda,
Entera la asadura de una aluda.

Trujo estas fieras gentes á su costa,
Por ver en ellos admirables pruebas,
Desde que dió la vuelta la langosta,
Y las chicharras las sangrientas nuevas
Estos entraron la marina costa
Olvidando sus montes y sus cuevas
En ciento y veinte rígidos navios,
Sin temor de tormentas y bajios.

Tiene el soberbio rey el nombre impuesto
 Contrario totalmente al de un hormiga,
 De quien ha sido siempre y es opuesto
 Con odiosa jactancia y enemiga;
 Y así las naves en que va dispuesto
 A dar favor á la mosquina liga,
 Son de aquella materia en que el contrario
 Mil veces se libró de su adversario.

Dice un autor que nuestra historia toca,
 Que habia en un monte de terrible altura
 Una cueva profunda con su boca,
 Por do se entraba á la estacion oscura:
 Era á manera de peñasco ó roca,
 Habitación fortísima y segura
 Donde un hormiga, capitán valiente,
 Se aseguraba con su poca gente.

Destá roca se sabe con certeza
 Que era una grande nuez vana y podrida,
 Cuya puerta y entrada la corteza
 Mostraba en sus arrugas escondida:
 De aquella inexpugnable fortaleza
 Toma el único nombre y se apellida
 El capitán que con su gente poca
 Se encastillaba en esta fuerte roca.

De Mirmix ó Mirmiz, que entónces era
 Su nombre propio, desechó una parte,
 Y tomando la sílaba primera,
 Con las dos de su roca las comparte,
 Y hecha de entrambas la dición entera,
 Mirnuca viene á ser la entera parte;
 Que este es el nombre con que aquel se llama,
 Tomado del antiguo y de su fama.

Desde Mirnuca fuerte y temerario,
 Forzado de la estrella que le inclina,
 Este moscon fué émulo y contrario,
 Y amigo de su muerte y su ruina;
 Y viendo el apellido extraordinario,
 Y á que en la contra suya se encamina,
 Quiso llamarse el Rey y sus varones,
 Uno Mirpredo, y otros Mirmiliones.

Y porque venga su total miseria
 De donde nace su soberbia vana,
 Y sea principio de su vil laceria
 El que lo fué de su locura insana,
 Las naves ordenó de la materia
 De donde su contrario el nombre gana,
 Y va sulcando el centro de los peces
 En ciento y veinte cáscaras de nueces.

Con cien banderas el segundo cuerno
 La vista con los ánimos alegre,
 Que todas van debajo del gobierno
 De uno de aquellos por quien tiembla Flegra:
 No se ve del profundo del infierno
 En la region más formidable y negra,
 Furia infernal con serpentina rosca,
 Como este diablo en forma de una mosca.

El rey Sicaboron, á cuyo mando
 Está la grande Buta en la Tartaria,
 Viene las fieras ondas navegando
 Contra la gente al mosca rey contraria:
 Este juntó, á la voz de solo un bando,
 Una caterva fuerte y temeraria
 De foragidos de admirable talle,
 Hijos de Buta y Barriliense valle.

Quinientos mil y más mosquinos lleva
 En una valerosa infanteria,
 Que tienen hecha de sus fuerzas prueba
 En cuanto el valle Barriliense cria:
 Es gente tal, que se sustenta y ceba
 En sangre de enemiga compañía;
 Y porque tanto el vino le parece,
 Por eso esta canalla le apetece.

Lleva el fiero inhumano á la milicia
 Una soberbia multitud de abejas,
 Que sirven de ministros de justicia
 A quien no corre en su crueldad parejas:
 Si no es algun mosquito de codicia,
 Y su defecto llega á sus orejas,
 Luego le manda echar á estos moscones,
 Que es tanto como echarle á los leones.

Son las abejas una estirpe fiera,
 Por cuya cola nace y se derrite
 La dulce miel y provechosa cera,
 Obra que no tiene arte que la imite:
 Guardan estas su fruto de manera,
 Que no hay quien se le robe ó se le quite;
 Porque si alguno llega y no repara,
 Su atrevimiento se verá en su cara.

Porque en la cola llevan escondida
 Una afilada y cortadora espada,
 Con que en los hombres dejan, con la herida,
 La parte donde llega emponzoñada;
 Y aunque ellas pierden (¡ gran rigor!) la vida
 Al tirar de la rígida estocada,
 A trueco del dolor con que lastiman,
 De su vida la pérdida no estiman.

Al hijo de la madre Citea,
 Con ir armado de su hermosa lumbre
 Y del arco y carcaj que señorea
 Hasta los dioses en su excelsa cumbre,
 Porque la gran crueldad destas se vea,
 Se atrevieron á darle pesadumbre;
 Y como el niño tierno iba desnudo,
 Contra el fiero aguijon no tuvo escudo.

Volvió Cupido con su madre, y dijo
 De aquellas avecillas la locura,
 A quien con grande cólera maldijo
 Vénus, viendo picada su criatura;
 Y volviendo la madre, dijo al hijo:
 « No te espante su grande picadura;
 Que tú eres niño, y si á picar te aplicas,
 Harto mayores picaduras picas. »

Y como era la diosa tan discreta,
 No quiso que la paga y la venganza
 A aquellos instrumentos se cometa
 Con que la ciencia del amor se alcanza;
 Antes quiso que el arco y la saeta
 No tenga en ellas fuerza ni pujanza,
 Y que esto solo por castigo lleven
 Porque los gustos del amor no prueben.

Y como gente, en fin, en quien no cabe
 Blanda piedad, ni ménos lleva escrita
 En el pecho la ley de amor suave,
 Ni su obstinado corazón visita:
 Como bárbara gente que no sabe
 De clemencia ni en ella se ejercita;
 Por eso los escoge el rey tirano
 Por instrumento crudo y inhumano.

También las lleva porque son extrañas
 Para un ardid y provechoso intento
 Contra las trazas y traidoras mañas
 De las arañas; ¡ raro pensamiento!
 Porque estas romperán de las arañas,
 Con su ligero vuelo y movimiento,
 Las delicadas redes con que enlazan
 Las tristes moscas que en la guerra cazan.

Y porque tiene en ellas conocida
 Su natural fiera temeraria,
 Pues que no hacen estima de su vida
 Por hacer mal y daño en la contraria:
 Para ser riguroso arañicida
 Lleva esta chusma entre la gente varia,
 Y porque en sangre de enemigos tiñan
 Sus fuertes agujones cuando riñan.

No ha habido, como el tártaro, persona
 Con tan grande rigor sanguinolenta
 En cuanto abraza la habitable zona,
 Y la tierra en su circulo sustenta:
 Tan disforme crueldad no se pregona
 Ni de tirano bárbaro se cuenta,
 Ni tan temido fué de galeote,
 Cómitre calabres con el azote.

Movió su natural traidor y alevé
 El buen Sanguileon, si es que se muda
 Una costumbre vil, y si se mueve
 Un mal sugeto á dar á un bueno ayuda;
 Mas ya que á darle su favor se atreve,
 Tengo por infalible y por sin duda
 Que su naturaleza es quien le incita,
 Que á guerra y disension le precipita.

En cien medias fortísimas cortezas
De la fruta que el duro roble cria,
Embarca las indómitas cabezas,
De quien él es cabeza, guarda y guía :
En estas largas y anchurosas piezas
Camina la vistosa infantería ;
Y el rey caudillo de esta gente astuta
Marcha en un capirote desta fruta.

Tras el tártaro rey y sus secuaces
Un número sin número se halla
De soldados valientes y vivaces
De sangre de la hormigena canalla :
En naves anchurosas y capaces,
Pasan á la mortífera batalla,
Que de cascaras fuertes el arte hizo
De la fruta que cubre el fiero erizo.

Sobre estas grandes máquinas tremolan
Cien estandartes altos y eminentes,
Y infinitas insignias se enarbolan,
Que se juntaron de remotas gentes :
Las aguas hermocean y arrebolan
Los visos de colores diferentes,
Que fiesta á su venganza solemnizan,
Y por esto los aires entapizan.

El rey Sanguileon las aguas hiende,
Acompañado de ánimos feroces,
Y en orden puestas sus galeras tiende,
Que son como sus ímpetus veloces :
Con leños fuertes al cristal ofende,
Y al aire manso con soberbias voces,
Y al fiero grito de la turba inmensa
Túrbase el mar, y el aire se condensa.

Es del soberbio rey lugarteniente
Una mosca fortísima española,
Que ha volado su nombre, de valiente,
A los extremos de la humana bola :
Para dos mil de la contraria gente
Era bastante y suficiente sola,
Por ser cursada en temerarias lides
Y saber de la guerra los ardidés.

Del cargo de la gran caballería
Le hizo el Rey merced y beneficio,
Porque su vida siempre ocupa y cria,
Desde la tierna edad, á su ejercicio :
En el fiero calor del mediodía
Hacer mal á los potros es su oficio,
Y bien le sienten el rocín ó yegua
Cuando corren carreras de una legua.

Esta, tan conocida por la fama,
Que sus hechos magnánimos pregona,
Por su patria certísima se llama
La mosca excelentísima de Arjona :
Esta la sangre del rocín derrama,
Y aquella parte adonde llega, encona,
Sacando de su hocio una gran trompa,
Con que sus cueros á las bestias rompa.

De aquella trompa sale una navaja
Tan sutil, que con ella en un momento
Con rabia inmensa y rigurosa saja
Las carnes del rocín y del jumento :
Chupar la sangre que en el lomo caja
Es de su vida el principal sustento ;
Y con tanto rigor las bestias trata,
Que no pára hasta el punto que las mata.

Otra mosca cruelísima, manchega,
La gente de á pié rige y acompaña,
Que en guerra furibunda y en refriega
Continúa se ejercita en la campaña :
Toda la Mancha, con su llana vega,
Está sujeta á su rigor y saña,
Y al peregrino que sus tierras pasa,
Vivo le come, le persigue y asa.

Tan denodada por los campos sale
Cuando la aprieta la locura hambrienta,
Que no hay furia infernal que se le iguale ;
Porque á la misma rabia representa :
Contra el furor de su aguijón no vale
Reparo alguno ; porque á do se asienta,
Entremete la punta penetrante,
Punta de más dureza que diamante.

No hay resistencia en la guardada pierna
Contra el fiero bocado y picadura,
Porque es defensa contra el daño tierna
El arma que parece ser más dura :
A la escondida parte y más interna
Llegar la punta con furor procura,
Tanto, que fuerza, si en picar aprieta,
A danzar cabriola ó zapateta.

Aquí el siniestro cuerno se remata,
Que en igual proporción mira al derecho,
Cuyos remates largos une y ata,
Cerrando el paso entre los dos estrecho,
Una galera fuerte, adonde bata
El agua y haga al batidero pecho,
Haciendo con la fuerza de sus remos
Hermoso medio entre los dos extremos.

Esta es la principal y capitana,
A quien siguen por orden y en hilera
Ciento y cincuenta vasos, donde ufana
Va caminando la fiereza fiera :
Allí la gente de la gran Tabana,
Postrera en orden, y en valor primera,
Rompiendo va las aguas, y allí envía
Sus tercios la soberbia Andalucía.

En caballos lijeros lleva á punto
Tres veces cien mil tábanos gallardos ;
Cien mil piqueros lleva, y á estos junto
Otro número igual de agudos dardos ;
Cien mil bocas de fuego, á cuyo punto
Salen veloces de los cuerpos tardos
Mil almas sin defensa del almete ;
Que no la tiene el tiro de un mosquito.

Este mosquito es arma que declara
Ser por su nombre de la mosca hechura,
Que rayos velocísimos dispara
Llenos de fuego, por su boca oscura :
Ninguna malla su furor repara,
Ni hay resistencia al ímpetu segura ;
Arma en efecto fiera y enemiga,
Que la mosca inventó contra la hormiga.

En todos son seiscientos mil soldados
Los que el tábano rey furioso embarca,
Que, de instrumentos bélicos cargados,
Van en ayuda del moscón monarca :
Esta legión de tábanos alados
Que el largo espacio de su reino abarca,
Arma de picas, dardos y arcabuces,
Y los tercios de moscas andaluces.

El avellano, el pino y la noguera
Le dieron los costosos materiales
Para poder juntar tanta galera
En los cerúleos cimicos cristales :
Por ellos sulca la caterva fiera
En setecientas máquinas cañales,
Llevando entre los remos y las velas
Barcos, bateles, fustas, carabelas.

No ha visto nunca el suelo cristalino
Armada tan vistosa en siglos largos,
Desde que del dorado vellocino
Dió el robador el marinero de Argos :
El número de gente que allí vino,
Los trajes, las naciones y los cargos,
Si tuviera cien lenguas y cien bocas,
Fueran para contarle todas pocas.

Tres días cantando por el mar caminan,
Facilitando el viento su viaje ;
Aire contrario ó calma no imaginan
Que les estorbe el próximo paraje :
Ya que á la orilla corva se avecinan,
Contempla entonces el mosquito linaje,
Y el són de las trompetas y clarines
Metén en la estación de los delfines.

Pero del mar parece que en la orilla,
Contra la luna, que la tierra esmalta,
Sube una vaporosa nubecilla,
Que se va condensando y volando alta :
Huyendo van los peces en cuadrilla ;
El delfín manso por las aguas salta ;
Caen los cometas con sus largas colas,
Y el somorgujo danza entre las olas.

En las galeras las aristas mete
El viento, y de la tierra las arroja:
Temo que al mar su habitacion inquiete,
Si la señal de su furor no alfoja:
Trepando por el cañamo el grumete,
El lino contra el impetu recoja;
Y tú, sabia Terpsicore, me escondas,
Viendo el peligro sin temer las ondas.

CANTO V.

Entre las islas de la Eolia, adonde
El Dios herrero su metal congela
Y la fragua y los ciclopes esconde,
Forjando el arma que al gigante asuela;
Un monte con la punta corresponde
A tanta altura, que su cumbre vuela
A hacer vecina su soberbia cima
Del orbe de la luna, que está encima.

Tiene el alto pináculo en su extremo
Con mil cerrojos de diamante puro
La puerta fuerte, que con serlo, temo
Los que se encierran en su centro oscuro:
La especie del soberbio Polifemo
Le puso por reparo bien seguro
Contra los presos, cuya voz se escucha,
Sin ver entre ellos la soberbia lucha.

Allí la grande multitud de vientos
Que al orbe por sus cuatro partes giran,
Están en los oscuros aposentos,
Y por salir á ver la luz suspiran:
En la dura prision están atentos
Si les abren la puerta, y todos miran
Si se pueden salir por los resquicios,
Probando á veces quebrantar los quicios.

No produce esta parte algun viviente,
Ni yerba verde su distrito seco;
Que solo vive allí la presa gente
Y de las voces y el abullido el eco:
Es de la fiera cárcel presidente,
Que rige el antro tenebroso y hueco,
Eolo, que manda en el oscuro espacio,
Y tiene en él su cóncavo palacio.

El en los escondidos aposentos
Es quien pone en prisiones y en cadena
Las furibundas fuerzas de los vientos,
Y sus veloces impetus refrena:
El rige los soberbios movimientos
Del Aquilon lijero, que serena
El cielo; y echa de la oscura gruta
Al Austro tenebroso que le enluta.

Allí se encierra el Euro ó el Levante,
Que al rayo occidental se contrapone;
Al Céffro, su opuesto semejante,
Cuando á pisar las aguas se dispone;
Pero si algunas veces por delante
Contrasto de otro viento se le opone,
En cólera se enciende y se alborota,
Y con sus alas la marina azota.

Allí el hijo del Africa, Garbino,
Está encerrado con su aliento tierno,
Al Lebeche, su padre, tan vecino,
Que hereda á veces el furor paterno:
Cuando este ve las ondas imagino
Que su fuerza acompaña el mismo infierno;
Y porque de blandura no se precia,
Pisa Garbino el polvo de Venecia;

Pero si acaso siente algun contraste
De fuerza alguna de contrario viento,
Tiende las alas por el ponto vasto,
Las olas levantando al firmamento:
No deja entónces en las naves trasto
Que no le arroje al húmido elemento,
Sembrando fiero con sus furias bravas
De cana espuma voladoras babas.

Allí la rigurosa Tramontana
Vive luchando, y por salir fuerza;
Que es como viento y cual mujer liviana,
Cosa por estas causas á ella aneja:
Esta es quien lleva por el cielo ufana
La escoba, con la cual le limpia y deja
Exento de la nube que le ofende,
Y con soplos sus lámparas enciende.

Esta al Bóreas helado engendra y cria
Por obra abominable de adulterio
Con el fiero Aquilon, y nos le envia
A que hiera y maltrate el hemisferio:
Este es el aire que la tierra enfria,
Trayendo para el crudo ministerio
Rayos de hielo que á la tierra arroja,
Con que de su hermosura le despoja.

Allí del Austro enfermo la figura
Pálida y amarilla se detiene,
Que cargado de peste y desventura
Sale á la tierra cuando á verla viene:
Cuando este sale de la gruta oscura,
Y con veloces alas se previene,
Visita con el impetu primero
La habitacion horrenda de Cerbero.

A la morada del trifauce pasa,
Y luchando con él el fiero aliento
Del cabezudo monstruo, le traspasa,
Emponzoñado al riguroso viento:
Despues en la infernal y horrible casa
Donde tienen su lóbrego aposento
Las tres Furias, colérico se mete,
Dándoles él su pecho por retrete.

En una nube negra se revuelve
De espesos y mortíferos humores,
Que del Estigio lago se resuelve,
Al aire levantando sus vapores:
Despues, lleno de rabia, al mundo vuelve
Cargado de diabólicos furores,
Con que á las naves el camino estorba,
Haciendo al mar soberbio que las sorba.

No solamente al pílagro molesta
Cuando la gente que le habita espanta,
Mas á la tierra con su soplo apesta,
Y la robusta juventud quebranta:
Mil pésimos olores manifiesta,
Y de ocultas secretas los levanta,
Y á españoles gallardos á montones
De la Francia los suele hacer varones.

Quando este de la tierra en sazón mira
Los frutos, sin clemencia los asuela
Con las pedradas que de arriba tira
Y las fuertes pelotas que congela:
Es tan soberbio su furor y ira,
Que lleva mil demonios cuando vuela,
Y no se amansará si no le quita
El conjuro la cruz y agua bendita.

Deste traidor el Labrador reniega,
Pues son todas sus obras en su daño;
Y cuando llueve, en un instante anega
El trabajo y sudor de todo el año:
A tanta inmensidad su furia llega,
Y es tan terrible su furor extraño,
Que, no contento con sus grandes robos,
Suele arrojarlos encendidos globos.

Quando este sopla con su furia loca,
No sigue el comun órden ni manera
De los vientos, que lanzan por la boca,
Narices y ojos el aliento afuera:
Si á soplar furibundo se provoca
Por la puerta pestifera trasera,
Como fiero demonio el viento rompe,
Y sopla el aire, y la salud corrompe.

Y así el ruido que en el aire suena,
Con que á la gente tímida amenaza,
Quando pensamos que en las nubes truena
O que el cielo se hunde y despedaza,
Es inventiva para darnos pena
Y deste vil demonio sutil traza;
Porque no es otra cosa, si se mira,
Sino el ruido con que el soplo tira.

Y no es gran maravilla que moleste
Por donde quiera que su soplo pasa ;
Que viento tan corrupto como este
No es mucho para el mal no tener tasa ;
Y de aquí se tomó el llamarse peste
La enfermedad que no perdona casa ,
Porque este nombre *peste* es derivado
Del ruidó del aire verberado.

Alli el Céforo manso , que restaura
El ánimo perdido al marinero,
Tiene presas las alas con que el aura
Espace por las ondas placentero :
Alli se oprime la violencia caura ,
Y tiene preso su volar ligero
Favonio, que, con Céforo abrazado,
Ocupan solos de la cueva un lado.

Alli en efecto la caterva encierra
De los vientos el dios que los corrige ,
Y desde allí los unos dá á la tierra ,
Otros al reino que Neptuno rige :
Otros entre ellos con perpetua guerra
En la caverna con rigor allige ,
Y alguna vez los ve con tal denuedo,
Que, aunque él es su señor, les tiene miedo.

Quiso en efecto el dios que los gobierna
Que á recrearse cierta vez saliesen
De aquella oscura y lóbrega caverna,
Y que las ondas de Neptuno vieses ;
Y ántes de abrir la habitacion interna,
Y que ellos sus furoros previniesen,
Eolo, que sus impetus aplaca ,
De aquella cueva la cabeza saca.

Por el espacio de cristal rodea
La vista, y mira al uno y otro lado,
Y cuanto con sus ojos señorea ,
De remo y vela vió desocupado :
No habian entónces de la gran Mosquea
Las espaciosas máquinas llegado,
Y vuelto al puesto de su gente fiera ,
A los vientos habló desta manera :

« Monstruos alados de mi grande imperio,
Con quien el orbe universal conquisto,
Salid del riguroso cautiverio
A ver el golfo que tranquilo he visto :
Ocupe cada viento el hemisferio
Por donde con su vuelo al mundo embisto ;
Que quiero ver de todos las hazañas :
Presurosos salid á correr cañas.

» Quédese en casa Céforo, que es tierno,
Y temo, si se mezcla en vuestra furia ,
Si no os refrena y rige mi gobierno,
Que su niñez padezca alguna injuria. »
Dijo, y abrió ; y cual suele del infierno
Salir rabiando serpentina furia,
Por cuatro partes de la horrenda boca
Salió bramando la progenie loca.

Ocuparon los vientos sus lugares ,
Y á correr cañas con furor acuden,
Y á la par con denuedos singulares
Encuentros rigurosos se sacuden
No dejan cosa en los tranquilos mares
Que no la ensorberbezcan y la muden ,
Y dando por el Cimico carreras,
Hallaron de las moscas las galeras.

Como la gruesa armada se interpuso
Al paso de los impetus veloces
De los soberbios vientos, alli el uso
Mostraron de sus ánimos atroces :
Ya el marinero alli se ve confuso,
Y temor manifiesta con las voces
Toda la turba, que turbada toda ,
A procurar remedio se acomoda.

Solo el Sicaboron no se alborota,
Cuando á la gente el miedo sobresalta,
Y dando esfuerzo á la medrosa flota,
De popa en popa por las naves salta :
« Gente, dice, sin ánimo, idiota,
¿ Por qué el valor sin ocasion os falta ?
Canalla femenil y espantadiza ,
¿ Quién vuestro corazón atemoriza ?

» ¿ A los vientos temeis, sin hacer cuenta
Que los contrarios mismos que os temblaron
Dirán á vuestros hijos por afrenta
Que los vientos á soplos os mataron ?
No temais que os anegue la tormenta ,
Cuando contra nosotros conjuraron
Las ondas, ni que el mar se ensorberbece ;
Que todo es aire cuanto mal se ofrece. »

Saltando aprisa va de barca en barca,
De batel en batel, de fusta en fusta
El asombro soberbio de la Parca,
Que contra su rigor furioso justa :
Los vientos, viendo al tártaro monarca,
Armados de su cólera robusta ,
Parten furiosos á vengar su injuria
Contra la fuerte roca de su furia.

En un fiero huracan los vientos llegan
Pensando hacer al pobre Rey andrajos ;
Su vista horrible con su soplo ciegan ,
Escupiendo rabiosos espumajos :
El fiero Rey, que ve que en él se entregan,
Saca la fuerte espada echando tajos ;
Que quiere con reveses y estocadas
Los vientos retirar á cuchilladas.

Furioso juega el cortador acero,
Mas poco alli su maña y fuerza importa ;
Que contra el viento temerario y fiero
Ni valen golpes, ni su espada corta :
Pasa furioso el huracan lijero ;
Queda la chusma de su furia absorta ;
El agua salta fiera y ofendida,
Del aire bravo y de la espada herida.

Ya de la armada los soberbios cuernos
Cercanos van á ver los de la luna,
Y del mar en los cóncavos internos
Luego los precipita la fortuna :
Ya están las naves faltas de gobiernos ,
Y el fondo dellas es una laguna
Del agua dulce de la negra nube
Y la del mar, que por el borde sube.

Ya con la fuerza del soberbio grito
Se aumenta entre la gente el alboroto ;
Ni el pobre galeote entiendo al pito,
Ni los soldados oyen al piloto :
Ya se juzga el ejército precito,
La vela sin entena, el timon roto,
Los remos despreciados sin la sarta,
Y el marinero triste sin la carta.

Apercíbense á dar otra carrera,
Llegando á combatir los vientos juntos,
Con que no dejen nave ni galera ,
Ni vivos cuerpos sin quedar difuntos :
Soltó por su pestifera trasera
Primero el Austro tres ó quatro puntos,
Dejando con la fuerza de sus truenos
A los soldados de sentido ajenos.

Parte el padre Lebeche y el Garbino,
Bóreas, el Aquilon y Tramontana ,
Y sálenles al medio del camino
De esotros vientos la caterva insana :
Quebranta el bravo orgullo repentino
Las galeras del rey de la Tabana,
Desbarata las naves de Mirpredo,
Y hiende las del rey Asinicedo.

Solo el orgullo denodado aguarda
El del valle feroz de los barriles ,
Que con violencia tal no se acobarda,
Que es un Héctor troyano, un griego Aquiles :
« Canalla, al viento dice, vil, bastarda,
Ejercitada siempre en obras viles,
Heridos volveréis á vuestra gruta
Por el espada del señor de Buta. »

A todas partes con furor esgrime,
Vomitando blasfemias por la boca,
Y cuando más el huracan le oprime ,
Más á cólera y rabia se provoca :
No queda cosa, al fin, que no lastime
Del fiero viento la soberbia loca ;
Mas este con mil votos y reniegos
Vomita contra el aire vivos fuegos.

Aquí y allí camina dando saltos,
Y con la ronca voz furioso anima
A los caudillos del esfuerzo falto,
Poniendo con su vista horror y grima :
Ya la gente vencida en los asaltos,
Una della se cae, otra se arrima ;
Mas él con vista y ánimo que espanta
A los unos esfuerza, á otros levanta.

Furioso pasa de una en otra banda
Cuando las olas más se ensoberbecen ;
Por todas partes con esfuerzo anda
Animando las gentes que perecen :
Allí bogar á los remeros manda,
Y ellos su mandamiento no obedecen ;
Mas á aquel que en hacerlo dificulta,
Entre las fieras ondas le sepulta.

Si acaso algun villano galeote
Venía á su obediencia con tardanza,
Nunca él encomendaba al fiero azote
Del cómitre soberbio la venganza ;
Porque solía dejar de solo un bote,
Cuando el baston jugaba con pujanza,
Seis piojos galeotes sin cabeza :
¿ A quién no espantará tanta fiera?

No lleva en la cabeza yelmo duro,
Ni cosa que del agua le defienda ;
Que por ver el ejército seguro,
Ni agua teme ni viento que le ofenda :
Armado de su acero limpio y puro,
En la ventisca funeral contienda
Se ceba, y tira por las partes varias
Estocadas de puño temerarias.

Ve que el viento pestifero enmaraña
De largas jarcias la enredada cuerda,
Sin saber en tal caso darse maña
La triste gente, con el miedo lerda :
Saca su espada el tártaro, y con saña,
Porque allí tanta chusma no se pierda,
Un tajo tira entre la turba absorta,
Que nueve cuerdas de las jarcias corta.

Mas ; ay ! que en vano su valor esfuerza,
Sin que su industria y maña le aproveche,
Si hace la fuerza de los vientos fuerza
A que el más animoso se despeche :
¿ A quien no hará que el pensamiento tuerza
El furibundo soplo del Lebeche,
Y cuando aprisa va contra Favonio
El Euro, cual colérico demonio ?

La helada y cana cabellera eriza
La madre vil de Bóreas arrogante,
Y por las naves pasa haciendo riza,
Sin que deje timon que no quebrante :
El Euro de su puesto se desliza ;
Lebeche se le pone por delante ;
Favonio, por su parte, y el Garbino
Furiosos le salieron al camino.

El Austro sale al Aquilon opuesto,
Y entre la gente con furor se mete,
Sembrando rabia por su oscuro gesto,
Y fuego por la cola, cual cohete :
Echando entónces de su furia el resto,
Furioso á las galeras arremete ;
La turba al punto de los otros llega,
Y trábese más fuerte la refriega.

Ya es la victoria del Lebeche, y luego
La fiera Tramontana se la quita ;
Ya el Austro se la lleva echando fuego,
Y con sus truenos la victoria grita :
Ya sale por la parte del Gallego,
Quien le enoja y á cólera le incita ;
Ya Garbino la lleva, y al momento
Es la victoria y palma de otro viento.

La furia crece, y crece la violencia ;
Y viendo entónces el total fracaso,
Y que no tiene alguna resistencia
Contra los vientos el ligero vaso,
De los cielos imploran la clemencia
Las miserables gentes, y en tal caso
Las rodillas bajaron, y las manos
Alzaron á los dioses soberanos.

Confiesan que á venganza se provoca
Su dios, porque en su templo cometieron
Mil sacrilegios con audacia loca,
Por quien tales castigos merecieron :
Juran allí de no poner la boca
Donde los sacerdotes la pusieron,
Ni chupar de la lámpara el aceite,
Ni besar á las damas con afeite.

Y si el divino Júpiter les saca
Libres á tierra de peligros tales,
Y de los vientos el orgullo aplaca,
Y templa de las aguas los raudales,
En beneficio de la gente flaca
Prometen visitar los hospitales,
Y en recompensa y por debidas pagas
Curar los pobres y lamer sus llagas.

El rey Sanguileon á Dios promete,
Viendo la cara de la muerte al ojo,
Porque el orgullo de los vientos quiete,
Y él su rigor mitigue y justo enojo,
Que envuelto en aromático pebete
Le pondrá en sacrificio un gordo piojo,
De cuya piel hará, si desta escapa,
Para su estatua una bordada capa.

El tabanasco rey promete y jura,
Mirando al fiero mar, que muchas veces
En su centro les abre sepultura
Para hacerlos sustento de los peces,
Si de peligro tal les asegura,
Recibiendo benévolo sus preces,
De darle en sacrificios peregrinos
De una pulga los grandes intestinos.

El rey Mirpredo entre el tumulto ciego
A Júpiter promete un gran servicio,
Si por su petición y justo ruego
Se muestra en el peligro más propicio :
Jura de dar á su divino fuego
; Honroso y estimable sacrificio !
Dos aradores, cuya carne herede
El sacerdote, con que rico quede.

El poderoso rey Asincedo,
Que ve con cuánta fuerza le amenaza
Del Lebeche y el Bóreas el denuedo,
Y el temor que sus ánimos abraza,
Si les destierra Júpiter el miedo,
Le ofrece por despojos de su caza
Cuatro pulgones que la gente admiren
Y que las riendas de su coche tiren.

Solo el Sicaboron no ofrece votos,
Antes los echa con dos mil reniegos,
Blasfemando los ánimos devotos
Que ofrecen parias á los santos fuegos :
»Gente, dice, comun, de ingenios botos,
No useis llorando mujeres ruegos,
Cuando podréis vosotros con la fuerza
Que la fortuna sus intentos tuerza.»

Llegó la vil blasfemia á las orejas
De los vientos, y viendo el menosprecio,
Dispónense á correr unas parejas,
Dando la palma al volador mas recio :
Arqueó el Austro fiero las dos cejas,
Y con ojos de fuego en el rey necio,
Colérico, encaró la vista torva,
Alborotando al mar porque le sorba.

Sobre una negra nube el viento pasa
Lleno de rabia y de mortal congoja,
Y aperciendo allí la helada masa,
La envuelve luego con la lumbre roja :
Llena la nube de sulfúrea brasa,
Las fuertes balas junto al fuego arroja,
Y cuando ve que en piedra se resuelve,
De concha entónces con furor se vuelve.

Los fuelles pestilentes apercibe,
Sobresaltando el viento de repente
La lumbre, porque en ella se recibe
La furia de su soplo pestilente :
Sañudo enciende entónces y revive
Entre las balas la materia ardiente.
Y en aquel mismo punto arroja y fragua
Rayos, centellas, truenos, piedras y agua.

La nube, herida con la fuerza extraña,
Se rompe y echa de sus negros senos
De durisimas piedras la montaña,
Inferno de relámpagos y truenos:
En las galeras descargó la saña,
Y en los navios de soldados llenos
Arrojó tantas piedras desde arriba,
Que las velas dejó como una criba.

Con los terribles impetus desgaja
Los anchurosos lienzos de las naves,
Y cual suele en la arista ó leve paja,
Hace tambien en los maderos graves:
A muchas gentes el vivir ataja
La pesada caída de las trabes,
Que la terrible fuerza desencasa
De las naves por donde el Austro pasa.

Llegan los otros al instante mismo,
Y entre la gente misera descargan
De las ondas del mar un fiero abismo,
Y de las aguas que las nubes cargan:
Las gentes del soberbio tabanismo
Unas con otras con temor se adargan,
Anegando la furia repentina
La turba mirmiliona y la mosquina.

El caballero tártaro, que mira
Con cuánta fuerza hiere y amenaza
El fiero viento, que pedradas tira
Y galeras y naves despedaza,
Colérico y sañudo se retira.
Y con el cuerpo de un timon se abraza;
Que sin reparo el triste no se atreve
A resistir que el viento no le lleve.

Los fuertes brazos denodado cruza,
Y al grueso leño con esfuerzo traba,
Mientras la rigurosa escaramuza
De los vientos coléricos se acaba:
Mil almas en el piélagu zampuza
El Austro fiero con su furia brava,
Y con la fosca vista y torvo ceño
Presuroso arremete contra el leño.

Por todas partes el soberbio pino
De muchos vientos el furor rodea,
Con cuyo sobresalto repentino
El árbol temerario titubea:
El Lebeche furioso sobrevino,
Que el árbol alto de su altura apea,
Y al fin fué tal del viento la codicia,
Que el timon de su sitio se desquicia.

Con la grande caída el árbol bronco
Tocó las aguas con su altiva cima,
Echando al Rey, asido por el tronco,
Del borde de la nave por encima:
Sacando entónces el acento ronco,
El barriliense la caterva anima,
Y puesto como pudo en una tabla,
Contra los cielos mil injurias habla.

Camina el denodado caballero
Caballero en la tabla que su vida
Entónces guarda del peligro fiero,
Sin ser entre las ondas sumergida:
Desnudo lleva el cortador acero,
Que vengar le compete la caída;
Y mirando las nubes con mil quejas,
Mil veces puso el dedo entre las cejas.

Fué tanto el grito de la pobre gente,
O fuese el golpe del timon caido,
O las blasfemias con que el insolente
Tártaro altera el mar con su ruido,
Que hasta en su alcoba el dios Neptuno siente
Que su hermoso cristal es ofendido,
Y saliendo á mirar sus claras linternas,
Oyó el lamento de sus bellas niñas.

Abrió entónces colérico la puerta,
Cuando miró en su umbral el dios marino
A Anfirite de espanto medio muerta,
Y pálido el color de Tétis y Ino:
Huyendo vino aprisa Melicerta,
Y Glauco temeroso aprisa vino;
Los piés movió turbada Panopea,
Y Doris con la ninfa Galatea.

«¿Quién diablos, dijo con la vista torva,
Vuestro sosiego sin temor perturba?
Quién el camino por el mar estorba,
Y mis cristales con audacia turba?
Abrase el mar porque al instante sorba
Entre sus ondas la atrevida turba:
Dadme al momento el heridor tridente,
Daré fin á su término insolente.»

«Señor, dijo un triton, estos garbinos
Que Eolo en su cueva oscura rige,
Han dado al traste hoy con los mosquinos,
Por cuya causa su nación se aflige;
Y si acaso en favor de tus marinos
Tu fuerza sus orgullos no corrige,
Nadie estará seguro de sus sañas,
Y cada día vendrán á correr cañas.

«¿Cómo será posible que tus gentes
Puedan vivir en tu servicio gordos,
Si en favor de traidores delincuentes
Tus oídos permites que estén sordos?
¿En tu palacio alguna vez no sientes
Los recios y fortisimos bohordos
Que tira el Austro cuando al mar asalta,
Con que tus bellas ninfas sobresalta?»

«No ha quedado galera á quien no haya
Dado con sus carreras un mal rato,
Deshecho á mil navios en la playa
Con repentino estrépito y rebato:
Manda, señor, que un mensajero vaya,
Y á Eolo reprenda su mal trato,
Y aun castigue la páfida insolencia
De perturbar el mar sin tu licencia.»

«Yo lo jurara que los vientos eran,
Dijo Neptuno, los que tal estrago
Han hecho por el mar y los que alteran
De mis cristales el hermoso lago:
Dadme el tridente, los soplonos mueran;
Por mi cabeza juramento hago
Que se han de ver sus cóleras difuntas
A fuerza del rigor de mis tres puntas.

«Pero no será justo que se diga
Que una canalla que en cadenas mora,
Al dios que rige el mar inmenso obliga
A castigar su cólera traidora:
Otro mejor camino es bien que siga;
Que este mi sér y calidad desdora:
Mejor será enviar quien en mi nombre
Su atrevimiento riña y fuerza asombre.»

«Rompa las aguas un triton volando,
Y déle á Eolo de mi enojo nueva,
Al cual le notifique que le mando
Que emprisione los vientos en su cueva;
Y que otra vez de véras ni burlando
A darles suelta por el mar se atreva,
Si no quiere que yo... Mas basta esto:
El triton se despache, y vuelva presto.»

La cabeza bajó el triton lijero
En señal de obediencia, y sin tardanza
Sobre un delfin se planta, y caballero
Va por el mar, y entre sus olas danza:
Saca en la orilla el cuerno mensajero,
Y soplando por él con gran pujanza,
Relata su embajada, y al momento
Vuelve el delfin las ancas al dios viento.

El dios Eolo, entónces lleno de ira,
Suspenseo estuvo con la nueva un rato,
Y á la cueva enojado se retira
Porque se cumpla el imperial mandato:
Con rabia grande los cerrojos tira,
Y el Céfiro saliendo hermoso y grato,
Poniéndose á su dios y rey delante,
Le trocó la tristeza en buen semblante.

Que, como cuando el dios omnipotente
La tierra con los rayos amenaza,
Si Ganímédes con su hermosa frente
Hace á su dios de su hermosura plaza;
Si á Júpiter le lleva por presente
Del mosto celestial la llena taza,
Al dios altitonante desenoja,
Y el furor de su cólera le afloja;

Así cuando el furor y rabia crece
En el dios que los vientos emprisiona,
Si allí el humilde Céforo parece
Con su divino talle y su persona,
Si ricos besos á su dios le ofrece,
Y él bebe el aura dulce y regalona,
Desecha el vulto y el aspecto triste,
Y de hermosura y resplandor se viste.

« Corre al mar, dijo al Céforo, y al punto
Tus vuelos por el Cimico derrama,
Y de los vientos al estruendo junto
A mi mandado y obediencia llama :
Apacigua las aguas, que barrunto
Que el mar herido por los aires brama ;
Tambien quedito al dios Neptuno llega,
Y su furor y cólera sosiega. »

Sale á hacer el mandado, y no discrepa
La ejecución un punto del intento,
Y en la region acelerada trepa
Con lento y agradable movimiento :
Busca sus compañeros porque sepa
La intencion de su rey cualquiera viento ;
Llega á Neptuno y su furor amansa,
Y con su vista el liero mar descansa.

Rinde tranquilo el cristalino paso
A las sin forma naves y galeras,
Que dudán tras el misero fracaso
La entrada por las próximas riberas :
Muéstrase el cielo sin las nubes raso ;
Y amedrentadas las naciones fieras,
Las manos juntas para el cielo empanan,
Y á la corva ribera se avecinan.

Las primeras galeras que llegaron
Fuéron de las cortezas singulares
Que los soldados cénzalos quitaron
A la pulgona gente en los habares :
En el arena el áncora aferraron,
Si puede ser que al áncora compares,
Lector, el garabato en la corteza
Que á las habas les dió naturaleza.

No hubo en los demas algun soldado,
Aunque cansado de tan dura guerra,
Que aguardase á salir del mar salado,
Porque el esquite le pudiese en tierra ;
Qu' unos salieron con presteza á nado,
Mientras en tierra el áncora se afierra ;
Otros echando por el aire el vuelo,
Pisaron presto el arenoso suelo.

El rey Sicaboron solo y remoto
Algun peligro temo que padezca,
Y sin nave, sin gente y sin piloto
Pesaráme en el alma que perezca :
Ruéguele á la fortuna algun devoto
Que á mi musa con vida se le ofrezca,
Porque el suceso de su mal le cuente,
Y ella lo mismo á la curiosa gente.

CANTO VI.

¿ Quién puede ser quien á mi musa admira,
Y con su vista su hermosura espanta ?
¿ Qué cosa nueva por el golfo mira,
Que las treguas del ocio le quebranta ?
¿ Qué oculta fuerza sin templar la lira,
A que cante la fuerza, y versos canta ?
¿ Quién mi pesada mano facilitó
Para escribir lo que su voz me dita ?

¿ Qué Meguera infernal las aguas hiende,
Y dando en ellas temerarias coces,
Con piés y manos su cristal ofende
Y al cielo con la fuerza de sus voces ?
¿ Qué temerario monstruo el aire enciende
Con fuego de sus ojos, tan atroces,
Que en humo el agua convertida sube,
Resuelto su vapor en negra nube ?

¿ Es por ventura el monstruo horrendo y feo
Que nadando á la orilla se endereza,
El que contra las hijas de Cefeo
Envió de las diosas la dureza ?
Mas no ; que el valentísimo Perseo
Ya triunfó de su indómita cabeza,
Después que la saxífica Gorgonia
Cortó con el escudo de Tritonia.

Mas ya descubre su presencia bruta,
Y si su misma forma representa,
El es, sin duda, el tartaro de Buta,
Que escapa del peligro y la tormenta :
Desde las aguas á la tierra enjuta
En cólera encendido se presenta,
Y con sus hechos á mi musa obliga,
Sin detenerse, á que en cantar prosiga.

Salió este rey del Cimico salado,
Lleno de rabia, cólera y enojo,
Dividiendo las aguas cual pescado,
Pesado con la fuerza del remojo :
Cuando, dejando de la orilla el vado,
Al rayo caluroso del dios roja,
Flemático descansa de la fuga
Del mar, y el agua que le oprime enjuga.

No se le acuerda de rendirle gracias
A la piedad del cielo, que le trujo
Libre de las tormentas y desgracias
Del mar, que padecía de aguas flujo ;
Mas de blasfemias en su sér reacias
Una soberbia multitud produjo,
Y ántes, en vez de compungirse, peca,
Y allí las gracias en pecados trueca.

Con rabia inmensa blasfemando, jura
De derribar de las divinas salas
Al Dios que rige la suprema altura,
Y de amansarle la soberbia á Pálas ;
De apoderarse en la region oscura
Del dios Pluton, y de cortar las alas
A Mercurio, y de hacer que á todos ellos
Apriete Marte los altivos cuellos.

No ha de quedar en el Olimpo diosa
A quien con sus rigores no persiga,
Si no es que el ruego de la mas hermosa
A dar de mano á su crueldad obliga :
La casta diosa, que ha de ser su esposa
Dice, y que Juno servirá de amiga,
Y Vénus de su ejército ramera,
Y la madre Cibéles de tercera.

Estas razones y otras tales dijo,
Injuriando con ellas á los cielos,
Y en ellos siempre el rostro horrible fijo,
Como en única causa de sus duelos :
Y ya tras el pasado mal prolijo,
Dar quiso al viento sus enjutos vuelos.
Cuando otro encuentro peligroso encuentra,
Y de Caribdis en los sirtes entra.

Vió caminar por la cercana orilla,
Y que en su contra se venia derecha,
Una estantigua flaca y amarilla,
A la humana figura contrahecha :
Al tartaro el aspecto maravilla,
Aunque imagina entónces y sospecha
Que contra su valor el miedo traza
Esta inventiva para darle caza.

Eran todos sus miembros carcomidos,
Marchitos, tristes, sin color y yertos,
De la pobreza y desnudez vestidos,
En ansia vivos, en aspecto muertos ;
En dos cavernas lóbregas metidos
Los ojos, y los huesos descubiertos,
Las cuerdas encogidas, y las venas
Vacías de sangre, y de flaqueza llenas.

Miró la bestia al Rey, y el Rey miróla,
Y apenas pudo detener la risa,
Viendo su forma revejida y sola
Con cuánta flema las arenas pisa :
« Hola », le dijo al Rey ; y el Rey á él « hola »,
Que le responde sin temor le avisa,
Cuando á ver lo que quiere se previene,
Saliéndole al camino por do viene.

Apresuré el ligero movimiento
El barriliense rey pequeño espacio,
Y la figura con su paso lento
Puso delante dél su vulto lacio :
« Demonio, el Rey le dijo, macilento,
Si demonios caminan tan despacio,
O si ya que en el paso no lo eres,
Demonio en la figura, ¿ qué me quieres ?

» Eres, di, por ventura, vil fantasma,
O alguna falsa y hechicera bruja
Que con fuerza de unción ó cataplasma
Ara su frente y la sustancia estruja ?
Porque no soy persona que se pasma
De verte tan decrepita y magruja,
Ni lo hiciera si fueras un vestiglo
Venido al nuestro desde el otro siglo.

» Eres de alguna mosca el alma en pena,
Que en forma triste y en aspecto flaco,
Sin el cuerpo insepulto en el arena,
Penando vives por el aire opaco ?
Que si por esta causa te condena
A destierro de gloria el justo Eaco,
Por el dios grande de las moscas juro
De igualarte en la suerte á Palinuro.»

Dijo ; y entónces el tránsito bulto,
Apartando del rostro macilento
El cano y raro crin suelto y inculto,
Así sacó el debilitado aliento :
« No tengo mi cadáver insepulto,
Ni soy alma que habito por el viento ;
Que ántes de cuerpos y almas soy estrago,
Y el alma quito al cuerpo, y le deshago.

» No soy fantasma, bruja ni estantigua,
Como á tus ojos dices que parezco ;
Porque más que esas cosas soy antigua,
Y en mi vejez la informacion ofrezco :
Mi proceder decrepito averigua
El efecto tan duro que apetezco ;
Es mi madre la gula, el tiempo padre,
Y soy de insultos y trabajos madre.

» Yo soy aquella que primeramente
Fuí por órden de aquel que así lo quiso,
Quien al padre primero de la gente
Tenté cuando salió del paraíso ;
Yo soy por quien le dijo al delincuente,
Saliendo á su destierro tan preciso,
Que yo le haria mil veces que sudase,
Porque de mis rigores se librase.

» Yo soy aquella que de casa en casa
A los mortales miseros visito
Tres veces cada día, y pongo tasa
En lo que morirán si se lo quito :
Yo soy aquella de virtud escasa,
Porque soy quien la estrago y la marchito ;
Y soy quien hizo que Eresicton fuese
El mismo que á sí mismo se comiese.

» Yo soy aquella que de ley carezco,
Cuya frásis latina se tradujo
En decir en Castilla que parezco
Cara de hereje con mi ser magrujo :
Soy la que los manjares encarezco,
Y sin ser quien los gasto, soy quien trujo
El mundo á tal extremo, que al materno
Diente he dado á comer el hijo tierno.

» Yo soy, en suma, un perro de hortelano,
De todos los vivientes enemiga,
Que para mí ninguna cosa gano
Cuando del bien ajeno soy mendiga :
Yo soy aquella que el pequeño grano
Vedo á la boca de la astuta hormiga ;
Y siendo quien que coman no consiento,
Soy quien de ayuno y hambre me sustento.

» Allá en un monte de la Scitia extrema
Tengo mi casa sola, oscura y triste ;
Donde con fuerza el aquilon requema
La tierra, que de yerba aun no se viste ;
Adonde el rayo del calor no quema,
Por el hielo cruel que le resiste :
Allí habito, teniendo con quien trate
Solo al temor, que allí los dientes bate.

» Desde allí solamente á verte vengo,
Por si eres tan valiente como dice
La fama tuya, á quien envidia tengo,
Y quiero ver si tu valor desdice :
La Hambre soy, que hacer en ti prevengo
Lo que en el pecho de Eresicton hice :
Aquí sabrás quién soy, y yo quién eres,
Si no viene en tu ayuda Baco y Ceres.»

Dijo ; y furiosa, el magro vulto llega,
Y al Rey soberbio con audacia toca ;
El rostro hambriento con el suyo pega,
Respirando veneno por la boca :
El iracundo Tártaro reniega
Viendo la furia temeraria y loca,
Y buscando confuso los aceros,
La hambre cruda se los dió más fieros.

Lucha con el soldado, y de repente
Desaparece el monstruo en la ribera,
Pensando en aquel trance el Rey valiente
Que en tenues auras se voló la fiera ;
Pero al instante en lo interior la siente
Que de sus fuertes miembros se apodera,
Y juzga que se entró por el estrecho
De su gaznate á dar mal rato al pecho.

No sale por la Libia leon hambriento
Con bramidos tan altos y feroces,
Dejando atrás al más ligero viento
La fuerza de sus impetus veloces,
Como salió con denodado intento
Hiriendo al cielo con soberbias voces,
Traspassando los aires cual cometa
Este moscon, á quien el hambre inquieta.

No encuentra en todo el campo quien le lleve
A su ejército, ó dél le traiga nueva ;
Los secos vientos presuroso bebe,
Y el corazón hambriento en ellos ceba :
Vuela un espacio largo en curso breve ;
Por esta parte y la contraria prueba,
Y mirando por todas desde lejos,
De un chapitel le dieron los reflejos.

En él la vista denodado encara,
Y ser remate de una torre mira,
Y como el perro, á quien suspende y para
El aire de la prisa con que gira,
Del viento al fresco aliento se repara,
Y tras el rastro de la caza tira ;
Así estotro repara á ver la torre,
Y vista, al punto allá se parte y corre.

Paróse en la mitad del campo raso,
Por ver si por la parte donde iba,
Para saber para la torre el paso,
Hallaba rastro de persona viva :
No pudo ver alguna, pero acaso
Humo miró subir la torre arriba,
Y apenas esto vió, cuando al momento
Se puso bien cercano del cimientto.

Por entre el humo negro se divisa
Una encendida y temeraria hoguera,
Y gente junto á ella, que con prisa
Solía cruzar solícita y ligera :
Quiso hacer en secreto la pesquisa
Y mirar, sin ser visto desde afuera,
La verdad del suceso, y para el caso
El cuerpo guarda, y apresura el paso.

Y á poco espacio por las dos ventanas
De sus narices anchas entró un viento,
Dándole ¡ gran ventura ! nuevas sanas
Al triste corazón y pensamiento ;
Que allí sin duda sus hambrientas ganas,
El cansancio pasado y el tormento
Que la fiera en su estómago le causa,
Tendrán limite cierto y pondrán pausa.

Alegran los espíritus vitales
El buen olor que por el aire vino,
Y aparta luego con premisas tales
De sus sentidos el furor mohino :
Después por los desiertos arenales
Torciendo su camino sin camino,
Sin que alguno pudiese ver por dónde,
Llega á la torre, y sin temor se esconde.

Era esta torre desde donde acecha
El rey Sicaboron cuanto alli pasa,
Por obra insigne, de una pieza hecha
Sin mezcla de betunes y argamasas:
La punta sube desde el pié derecha,
Cuya cumbre sin par las nubes pasa,
De manera que vieran en su altura
De otro Nembrod soberbio la locura.

Del chapitel la punta se divisa
Con tanta altura, que sin duda creo
Que no puso pirámide Ardemisa
Tan grande á su difunto Mausoleo:
La negra sombra de su altura pisa
De tierra muchos pasos en rodeo,
Obra al fin que la madre comun pudo
Hacer, adonde el arte quedó mudo.

Mas ya el curioso por saber codicia
Qué torre es esta ó qué milagro raro,
Obra mejor que la soberbia Egicia,
Más admirable que el ingenio fero:
Sepa, si no ha llegado á su noticia,
Que esta, con quien alguna no comparo,
Era un hongo terrible y estupendo,
De la peñada tierra parto horrendo.

A sombra de su altísima techumbre
Cuatro pulgas armadas razonando
Vió, que entre brasas de infinita lumbre
Una liendre montés iban asando:
No le dieron las armas pesadumbre
Al Rey, que el espectáculo mirando
Se alegra, y entre el grande regocijo
Oyó á un soldado pulga que así dijo:

«Ya sabe nuestro ejército por cierto,
Que el rey Sicaboron, comun padrastró
De nuestras fuertes gentes, es ya muerto,
Gracias al cielo y al propicio astro:
No ha sido por los suyos descuberto,
Ni dél por ningun modo se halla rastró;
Y si él en nuestra contra no se halla,
Vencerá el gran Mirnuca la batalla.»

«Eso nunca será mientras yo viva,
Dijo el tártaro rey entre sus dientes,
Si del vital aliento no me priva
La enemiga comun de los vivientes:
Aparejaos, canalla vengativa,
Porque habréis menester el ser valientes;
Que llega cerca del redil el lobo,
Que piensa hacer en vuestra presa robo.»

Salió á sus ojos el varon dispuesto
Con denuedo feroz, mostrando á todos
Los cuatro juntos el transido gesto
Y el cuerpo estropeado de mil modos:
Ellos, su vulto viendo tan funesto,
Estábanle con risa echando apodos:
«¿Qué demonio el infierno nos envía,
Ó qué vestiglo ó comedora harpia?»

Oyelo todo el Rey y disimula,
Y á llegar cortesmente se comide,
Y dice: «Caballeros, si estimula
Lástima vuestro pecho del que pide,
Si el que es pobre y hambriento tiene bula
Para que donde hallare se convide,
Pues para solos cuatro asais tal bestia,
Que os la ayude á comer no os dé molestia.»

«Hidalgo, que en lo flaco y estrojado
Nos muestra ser hidalga su persona,
¿Qué ballena del mar le ha vomitado?
Dijo una pulga entónces socarrona:
Diga, ¿quién las mejillas le ha chupado,
O cómo así trae hecha la mamona?
Pase adelante presto, si no espera
Que como estotra liendre asado muera.

»Bien sabe, amigo, que de asar vivimos,
Porque este solamente es nuestro oficio,
Y que no estando asando, nos morimos;
Que es nuestra vida ajeno perjuicio;
Y pues sin ser asado, permitimos
Que libre pase, estime el beneficio,
Y sepa que se engaña si hace cuenta
Que es la campaña bodegon ó venta.»

La sangre helada, con la furia hambrienta
En cólera se enciende, y el enojo
Al furibundo tártaro atormenta,
Por ver su acero en sangre aleve rojo:
«Hoy, gente vil, me pagareis la afrenta,
Dijo, si de las vidas os despojo,
Y que me déis hará la fuerza mia
Lo que no pudo hacer la cortesía.»

Saca desnudo el cortador acero,
Que ha sido en sus fortunas y trabajos
Por la tierra y el mar su compañero,
Temblando mar y tierra de sus tajos:
«Salid, dice, canalla, porque quiero
Vuestra carne villana hacer tasajos,
Y con ella y la liendre que se asa
Desterrar esta hambre de mi casa.

»No me da pesadumbre que seais cuatro,
Porque sois para mi pequeña presa;
Que tengo lleno el infernal baratro
De gente fermentida como esa:
De que no pueda verse en un teatro
Mi gran valor y vuestro fin me pesa,
Aunque bien sabe el mundo que á millares
Suelen matar las pulgas mis pulgares.»

Levántase al instante la caterva,
Y á los furiosos golpes se apercibe,
Temiendo á tiempo tal la verde yerba
Que con la sangre de vendor se prive:
Batalla tan horrenda y tan acerba
No la han visto en el mundo, ni se escribe,
Desde que juntan gentes enemigas
Contra las fuertes moscas las hormigas.

Visten al punto los siniestros brazos
De recios y finisimos escudos,
Reparo, si le tienen los golpazos
De los aceros limpios y desnudos:
Rompe el Sicaboron los fuertes lazos
De los almetes con los golpes crudos,
Y al cielo y á la tierra pone grima
De las pulgas y el tártaro la esgrima.

Todo soldado con valor se adarga,
Y con furor colérico acomete;
Pero el Rey con su espada los alarga,
Cuando por ellos sin temor se mete:
Sobre la gente misera descarga
Golpes, sin que resista capacete,
Y los cuatro con saltos se le acercan,
Y por las cuatro partes al Rey cercan.

A la serpiente vibora semeja
Entre fieros leones africanos,
Que por picarlos y escapar forceja
De entre las gritas de sus piés y manos;
Al jarameno toro, á cuya oreja
Acuden á cebarse los alanos;
Al jabali cerdoso, que en los cerros
Matando se defiende de los perros.

Entre la fiera turba que rodea
Su vulto, al de la ira semejante,
Con la espada furioso se mosquea,
Jugando de ella como de un montante:
Lijero á todas partes se menea;
Ya retira la pulga de delante,
Ya espanta la de atras, y denodado
Ahuyenta la del uno y otro lado.

Seis pasos una pulga se retira,
Atento el bravo Rey á ver su ensayo,
Y ve que un dardo pasador le tira,
Que le causara el último desmayo:
Húyele el cuerpo el Rey, que el dardo mira,
Y déjale que pase como un rayo:
Pasa, y al paso que de allí se aleja,
Llega su espada á la contraria oreja.

Dale al instante tan terrible bote,
Que del aliento y el vivir le priva,
Y la oreja con medio del cocote,
Matizando la yerba, le derriba:
Sintieron los soldados el azote,
Encendidos en cólera más viva,
Mirando con el golpe repentino
El ángulo cuadrante vuelto en trino.

Viéndose entónces del soldado faltos,
Los tres pulgas coléricos reñegan,
Y al tártaro furioso con sus saltos
Rabiando se avencinan y se llegan,
Y descargando los aceros altos,
Golpes al aire rigurosos pegan;
Y el fiero Rey, probando arremetidas,
Con la muerte amenaza sus tres vidas.

Acércanse los tres, pero no tanto
Que al tártaro le toquen á la ropa;
Que tienen ya experiencia del quebranto
Que hace en las armas que su espada topa:
Tan fuertes golpes no se han visto en cuanto
Da sombra de la torre la alta copa,
Ni en cuanto el sol con sus caballos corre,
Que es poco más que sombra hace la torre.

Mientras tiene el jayan los dos delante,
Y entre ellos lleno de furor se envuelve,
Luego contra la espada del gigante,
Brotando enojos, el tercero vuelve:
Tírale un cortapiés, pero al instante
El pecho fuerte el tártaro revuelve,
Y antes que pueda herirle el bravo tajo,
Salta, y pasa la espada por debajo.

Su nombre allí el soldado pulga ensalza,
Si con el fuerte tajo no le yerra;
Y si el Rey tan ligero no se alza,
Diera fin con el suyo á aquella guerra:
Echale entónces á la pulga calza,
Que levantar le hizo de la tierra
Más de diez piés bien largos, aunque sean
De aquellas pulgas que con él pelean.

Valióle la lijera cabriola
El escapar de la mortal herida;
Que cortar le pudiera aquella sola
Con las piernas el hilo de la vida:
Entónces el rey tártaro enarbola
El brazo, y con su cólera ofendida
Hizo con un revés lo que no hizo
De tajo el pobre pulga, á quien deshizo.

Ya con estas son dos las que caminan
A dar la nueva á la region oscura,
Cuando las dos restantes determinan
Poner fin miserable á su locura:
Contra el fiero pagano se avencinan,
Y la que estaba en parte más segura,
En su cabeza un golpe dió de llano,
Que en el taller le oyeron de Vulcano.

Quedó el soberbio tártaro aturdidio
Con la fuerza del golpe temerario,
Que pareció tocarle en el oido
Más campanas que tiene un campanario:
De su vista al diabólico sentido
Se le ofrecieron; caso extraordinario!
Tal número de estrellas, que Zoroastro
No conoció de noche tanto astro.

Cayó, mas fué de suerte la caída,
Que subió más de punto su impaciencia,
Y con la vista en cólera encendida
Se levanta á la fuerte competencia:
Fué como cuando sale más herida
Y suele hallar mayor la resistencia;
Que más entónces se levanta y bota,
Sacudida con fuerza, la pelota.

«Gentes infames, dijo, gentes viles,
Hoy quedaréis sin vida en la batalla,
Aunque estuviera como la de Aquiles
Invulnerable vuestra fuerte malla;
Que del valle el señor de los barriles
Como otro París en contrario se halla;
Hoy moriréis, villanos, gente astuta,
A las manos del tártaro de Buta.»

Apénas el del valle Barriliense
Con apellidos tales se les nombra,
Cuando no queda pulga que no piense
Que la muerte en el tártaro la asombra:
Pidenle que el enojo recompense
Con que solo le dejen á la sombra,
Y allí la liendre que se asaba dejen,
Porque él los deje que de allí se alejen.

No repara el jayan en sus razones,
Ni pudo, estando en cólera metido,
De las pulgas oír las peticiones,
Ni en sus ofertas aceptar partido:
Quisieran excusarse los varones
Pulguinos con no haberle conocido;
Mas él á sus excusas y á sus quejas
Hace; oh crueldad! de mercader orejas.

Las pulgas con piedad al Rey arguyen,
Mas no sacan provecho deste lance;
Y al fin, como pudieron huir concluyen
Para escapar del riguroso trance:
Con las alas del miedo los dos huyen;
Sigue el maldito tártaro el alcance,
Y acércaseles presto el monstruo fiero,
Que más que el miedo mismo era lijero.

Ya en las pisadas sienten que se acerca
Como lijera bala de escopeta;
Que su obstinada rabia y furia terca
Ni á la humildad ni á la piedad respeta:
Tírale una estocada á la más cerca,
Y por la espalda hasta la cruz le espeta
La espada, que sacó la punta dura
Envuelta en las entrañas y asadura.

En tanto que el pagano rey de Buta
En el cuerpo pulguino miserable
Con demasiada cólera ejecuta
El acto furibundo y execrable,
Con saltos largos la restante astuta,
Huyendo del peligro inevitable,
Sin dejar de sus pasos las señales,
Huyó por los desiertos arenales.

Vuelve fiero la vista, y por la playa
Ni el campo el otro pulga se divisa,
Y pésale en extremo que se haya
Escapado el contrario tan aprisa;
Mas porque ya la hambre le desmaya,
Vuelve á la liendre que para él se guisa,
Y al punto descubrió la excelsa cumbre
Del chapitel, la torre, el humo y lumbre.

Llega el pagano, y de la misma traza
Que el leon que, saliendo de su cueva,
Presas hicieron las suyas en la caza,
Y en las carnes colérico se ceba:
Así á la grande bestia despedaza,
Y arreo el cuerpo de la liendre lleva,
De manera que el tártaro en un punto
Se comió carne y huesos todo junto.

Después que de la hambre el mal prolijo
Y el bético furor hubo pasado,
Y entró en su ayuno cuerpo el regocijo,
Junto y revuelto con estotro asado;
«Vencite, bestia temeraria, dijo,
Vencite, bulto triste y estrujado;
Con una bestia muerta quedas muerta,
Entraste, y sales por la misma puerta.

Salió la hambre de su cuerpo y casa,
Y apénas este ya vencido sale,
Cuando otro el pecho con furor le abraza,
Que tanto como el otro puede y vale:
La fiera sed sus hígados traspasa,
Que apénas hay tormento que le iguale;
Que sed, desnudez y hambre son los ciertos
Enemigos del cuerpo descubiertos.

Pero no duró tanto su tormento;
Porque el libero padre siempre franco
Quiso aplacarle su furor sediento
Al que era entónces de la sed estanco.
Extendió su ligero movimiento
El moscón, y halló un grano de uva blanco,
Del cual chupando el regalado zumo,
Subió á los ojos el alegre humo.

El dulce humor con el aliento trujo
La sed, haciendo de su pecho fuga,
Y falto de licor quedó el orujo,
Como cuando el lagar su bulto arruga:
El tártaro á la sombra se retrujo,
Y allí el sudor de su cansancio enjuga,
Mientras la fuerza del calor que abraza,
Pasa, y la del licor chupado pasa.

Allí, por permiso del padre Baco
Y por el grande beneficio y obra
Que obró en el cuerpo tan sediento y flaco,
El jaez de la uva el nombre cobra ;
Y es conclusion que de premisas saco,
Que para buena conjetura sobra
Ver que sustenta el nombre, y que se llama
La especie de uva, moscatel por fama.

¿Quién duda que haya nombre que no tenga
Derivacion alguna ó fundamento,
Para dar á entender que le convenga
Su nombre mismo por algun intento ?
Pues ¿qué origen tendrá, de donde venga
Con tanta propiedad ni tan á cuento,
Para que llamen moscatel la fruta
Que dió la vida al gran moscon de Buta ?

No habia dormido el varonil soldado,
Y apoderado dél el dios Lieo,
A las ninfas del campo encomendado
Le dejan y en los brazos de Morfeo :
Pues que, rendido ya el varon alado,
Entre las matas reposar le veo ;
Mientras el campo de la hormiga enseño,
Diosas de aquel lugar, guardadle el sueño.

CANTO VII.

Despues que en los vivientes la insolencia
Llegó á su punto, y á los hombres puso
En tan terrible extremo y diferencia,
Que el cielo en su maldad se vió confuso ;
Despues que pronunciaron la sentencia
Los dioses contra el mundo, y se propuso
Que el fuego, al fin, de ejecutarla deje,
Respecto al cielo y á su inmóvil eje ;

Despues que se concluye en la revista,
Que á Neptuno el estrago se cometa,
Y que la tierra de sus aguas vista,
Y con ellas la deje pura y neta ;
Despues de esta intencion sabida y vista
Por el dios del tridente, que sujeta
De las ondas del mar los fuertes brios,
Y las aguas reparte entre los rios ;

Despues que todos levantando espuma
Sus arenas y límites rompieron,
Y los vapores con que al aire ahuma
La tierra su region oscurecieron ;
Despues que, fieros, la mojada pluma
De sus alas los vientos sacudieron,
Y el cielo, que á las gentes miró ingratas,
Cerró su luz y abrió sus cataratas ;

Despues que á nuestra máquina sepulta
El agua dentro en su profundo seno,
Y á Pirra libre y Deucalion oculta,
Par , entre tantos malos, solo bueno ;
Despues que del oráculo resulta
Modo de verse el mundo de almas lleno,
Y el iris vieron, que á los dos saluda,
Indicio que la guerra en paz se muda ;

Al fin, despues que Júpiter divino
Tomó venganza del mortal linaje,
Por causa de que andando peregrino,
Viendo la tierra en diferente traje,
Al palacio del rey de Arcadia vino,
Y viendo la maldad de su hospedaje,
Quiso que hiciese el agua al mundo robo,
Y el Rey quedase convertido en lobo ;

Quedó la tierra llena de pantanos
Con el agua corrupta detenida ;
Que estanque de culebras y gusanos
Era la tierra entonces parecida :
Inficionó el vapor los aires sanos,
Sin perdonar en su region la vida
Aun á las aves, que en mitad del vuelo
Bajar se vieron muertas para el suelo.

Entre otras bestias que la madre tierra,
Fecunda en aquel tiempo de inmundicia,
Produjo, fué una sola en quien encierra
De su seno el veneno y la malicia :
Con ella quiso hacer sangrienta guerra
De la celosa Juno la codicia,
De que á Latona el parto le estorbase,
Porque á luz las dos luces no sacase.

Pero despues que allá en la isla Ortigia
No tuvo el parto de Latona estorbo,
Y pudo Febo con la flecha fria
Vibrar, como valiente, el arco corvo,
Luego salió contra la bestia Estigia,
Y encarando la flecha al bulto torvo,
Piton quedó vencido y por el suelo,
Satisfecho y vengado el dios de Delo.

Y como de la sangre gigantea
Que derramó en la tierra el rayo ardiente,
Del jimio imitador la estirpe fea
Vino á ser sucesora y descendiente ;
Y como de la sangre medusea
Aquel que abrió la cabalina fuente,
Y nació de simiente de Vulcano
Aquel semidragon medio hombre humano ;

Así tambien de aquella sangre hirviendo,
O por mejor decir, de la ponzoña
Que derramó en la tierra el monstruo horrendo,
Con que el campo y sus yerbas emponzoña,
La tierra, nuevos partos previniendo,
Con su calor el mal humor retoña,
Y dél nacieron bestias semejantes
A la que mató Febo poco ántes.

La sangre mala de la bestia fiera
En nuevas formas su furor trasforma,
Y la malicia allí de la primera,
Si no en el bulto, en la crueldad se forma :
De aquella especie de animales era
La multitud de la cornuda forma,
Que fuéron convertidos en varones,
Y por esto llamados mirmidones.

Destos fué, y por su origen, de quien dijo
El bravo Enéas, cuando allá en Cartago
Quiso Elisa saber el mal prolijo
De Troya, y de sus gentes el estrago :
« Mándasme que el dolor con que me aflijo,
Y en su memoria ; oh reina ! me deshago,
Te cuente, caso que ablandar pudiera
Del duro Mirmidon la estirpe fiera. »

Al fin, de aquella sangre resucita,
Como parto segundo de la tierra,
La que en fiera á la Piton imita,
Y hace á las moscas la sangrienta guerra :
En las entrañas de la tierra habita,
Donde este monstruo bandolero encierra
Lo que á los tristes labradores roba,
Y allí lo guarda en la secreta alcoba.

Cuando á robar por los caminos salen,
Espesos trillan una senda angosta,
Industria natural con que se valen
Porque se logre del sudor la costa :
Tienen agudos dientes con que talen,
Y como espesa nube de langosta,
Los trigos en las hazas disminuyen,
Y con las cargas á sus cuevas huyen.

Allí están los graneros escondidos,
Que la turba ladrona de mies llena,
Porque los balle el tiempo apercebidos
Cuando de hielo y nieve el suelo llena :
Entonces en la tierra están metidos
Hasta que muestra el sol su luz serena,
Y el grano hurtado, que húmedo revuelven,
Al sol lo enjugan y á la troj lo vuelven.

Si acaso alguna vez alguna destas
Con otra bestia encuentra de más tomo,
El hormiga feroz la carga á cuevas,
Y á su cueva la lleva sobre el lomo :
Otras veces por llanos y por cuevas
La caza suben con dentado, y como
Con las vacas de Alcides hizo Caco,
Hace este pueblo, que pobló al de Eaco.

Hace en la cola con los dientes presa,
Y dando pasos hácia atrás camina,
Llevando asida con la boca y presa
La caza, y á su cueva la avecina:
Sale al instante la caterva espesa
Viendo la presa junto á si vecina,
Y ayudan á su hormiga, que así vino
Con el falso pisar por el camino.

A tanto llegó destas su locura,
Que hay de una dellas testimonio cierto
Que quiso hacer su cueva sepultura
Del espacioso cuerpo de un buey muerto;
Y no pudiendo á su caverna oscura
Llevarle, sin mirar su desconcierto,
Dicen que dijo al buey la hormiga loca:
«O estás asido ó es mi fuerza poca.»

Y aunque es verdad que fué soberbio intento
Este que ahora de contar acabo,
Pondero el atrevido pensamiento,
Y por ser de una hormiga, más le alabo;
Que no tuvo pequeño fundamento,
Señales ciertas de su pecho bravo,
Para que destas el adagio diga
Que suele á veces ser leon la hormiga.

Esta caterva, desde el mismo instante
Que de la sangre concebidas fuéron,
Contra las moscas desde allí adelante
El rencor y la ira concibieron:
La causa desto y la razon bastante
Los doctos coronistas no escribieron,
Y todos andan en el caso á oscuras,
Buscando la verdad por conjeturas.

Tú, que el principio y fin de nuestra historia,
Divina musa, sabes y te acuerdas,
Y con tu eficacísima memoria
Al són la cantas de tus dulces cuerdas:
Hazme la causa del rencor notoria,
Pues son tus tristes sucesos me recuerda;
Y permite que ponga en esta lista
Lo que olvidó el antiguo coronista.

Después que aquel mortífero veneno
Del monstruo serpentina recibido
Fué de la madre tierra, y en su seno
Nuevas formas de bestias concebido;
Ya que estuvo el cruor de calor lleno,
Y de la sangre y el materno nido
Tuvo la bestia hormiga el nacimiento
Y con él su color sanguinolento;

Entónces cuando de la sangre mala
Recibe en sus entrañas copia harta
La tierra, y en su seno se recalá,
Y del humor pestífero se harta;
Cuando la fuerza del calor exhala
Lo más sutil, al paso que lo aparta,
La sangre en las entrañas recibida
De la tierra retoña en nueva vida.

El cruor venenoso se endurece,
Y dél la turba hormigena se cria,
Y de su aumento por instantes crece
En la tierra, su madre, la porfia;
Mas luego el aire el enemigo ofrece,
Porque la hormiga desde el mismo día
Que de la sangre la engendró la tierra,
Tenga enemigos con quien tenga guerra.

Que no sé qué se tienen estas gentes,
Progenie mal nacida serpentina,
Que apenas en el mundo son vivientes,
Cuando su muerte ó guerra traen vecina:
Digalo Cadmo, que sembró los dientes
De aquel dragon que en Tébas arruina,
De quien nacieron hombres que en un punto
Tuvieron vida y muerte todo junto.

Digo que entónces, como el buitre suele,
Que en medio de su curso y movimiento,
El cuerpo muerto, aunque distante, huele,
Siguiendo el vuelo tras su olfato hambriento;
Como le fuerza el natural que vuela
A aquella parte que le enseña el viento,
Y habiendo hallado lo que hambriento busca,
En la carne colérico se ofusca;

Así la mosca, al buitre semejante,
Cuando las alas por el viento mueve,
La carne muerta y el hedor distante
Le manifiesta el aire, en que se cebe.
Al fin, llegaron en aquel instante
De aladas moscas un enjambre leve,
Que á sus hambrientas ganas les convidá
La carne muerta del Piton podrida.

En su cadáver misero se ceban,
Y sedientas después, le desocupan,
Y buscando lugar adonde beban,
El sucio lago de la sangre ocupan:
Allí, para matar la sed que llevan,
De la embebida sangre el zumo chupan,
Poniendo con la fuerza de sus sorbos
Al nacimiento de la hormiga estorbos.

Quedó la tierra al producir suspensa,
Y la caterva del podrido lago
Vengar quisiera la atrevida ofensa,
Haciendo á esotros vomitar el trago;
Pero la madre tierra, en recompensa
De aquella falta, y por debido pago,
Le dió á la hormiga providencia en dote,
Y á la mosca la gula por azote.

Al fin, desde aquel punto, instante y hora
Que de las moscas la progenie alevé
De la sangre corrupta engendradora
Del hormiga feroz el humor bebe;
Desde aquel tiempo acá en los pechos mora
El rencor enemigo, que los mueve
A que en guerras campales se ejerciten,
Y unas con otras el vivir se quiten.

Pero nunca se vió tan en su punto
El laror en los bandos enemigos,
Ni el aparato de la guerra á punto
Para hacer acerbisimos castigos,
Como esta vez, que tiene el poder junto
El rey Sanguileon, de sus amigos,
Y el magno Granestor, rey de la hormiga,
Tambien trae hecha con los suyos liga.

Ya en otras diferentes ocasiones
El rey Sanguileon de la Mosca
Había sacado al campo sus pendones
Contrarios á la hormigena ralea:
Ya del rey Granestor los escuadrones
Mil veces en la horripalada pelea
Más sangre de las moscas derramaron,
Que sus abuelos del Piton chuparon.

En la refriega última ántes desta,
Que los fuertes ejércitos tuvieron,
Fué la mayor matanza y más funesta
Que humanos ojos de las moscas vieron:
Siete mil de la gente más dispuesta
A manos del hormiga se perdieron,
Sin que dos escapasen con la fuga
A contar la prision del Ranifuga.

Ya el formigena rey tenia sospecha
De las parcialidades y la liga
Que con la alada chusma tenia hecha
El que bebió la sangre de la hormiga:
Ya sabe que en su contra va derecha
La gente de las suyas enemiga;
Y como aquel que su crueldad barrunta,
Juntó de gentes otra tanta junta.

Despachó por la tierra cien aludas,
Que son las estafetas con que envía
A pedir á los reyes sus ayudas,
Sujetos á su imperio y monarquía:
Las bestias más feroces y más crudas,
En cuanto el orbe de la tierra cria,
Con armas de notable diferencia
Se pusieron al punto en su presencia.

Con quinientas mil pulgas se presenta
Su vengativo rey el Cagamielo,
Que allí donde su ejército se asienta,
Cubre de negro luto el ancho suelo:
Es gente belicosa, que atormenta
Sin humanos respetos y sin duelo:
Que tercia al hombro la soberbia pica,
Y emponzoña la parte adonde pica.

Es turba astuta, en los ardides sabia,
Que suele entrarse por lo más estrecho
A dar mal rato y á morder con rabia,
Con que nos muestra bien la de su pecho:
No deja parte alguna que no agravia,
Sin haber resistencia de provecho,
Pues sin reparo en lo interior se sienta
La fuerte mordedura de su diente.

Es gente negra más que de Etiópia,
Y para el ejercicio de la guerra
Más que las otras conveniente y propia
Por la sin par ferocidad que encierra:
Trujo el rey Caganielo tanta copia
De tan solas dos partes de su tierra,
Una la fértil Pullia, y la vecina
Selva á quien todos llaman la Canina.

Llegaron ante el Rey, tras los primeros,
De gentes fieras la legion segunda
En monstruos temerarios caballeros,
Con estrépito grande y baraunda:
Con sus piojos sacrilegos y fieros,
En quien la hormiga la victoria funda,
El fuerte Fífolgel salió á campaña,
Despoblado sus sierras y montaña.

Entre los nueve valles que en Astúrias
A las gentes de España recogieron,
Cuando haciendo á Castilla mil injurias
Los sarracenos de Africa vinieron:
Hay uno del cual dicen que estas fieras
Que trae el fuerte Fífolgel salieron;
Que el valle Cabezon sin duda cria
Tan hidalga y feroz caballeria.

Otros sacó de la Morena Sierra,
De aspecto temerario, aunque magrujo,
Que como jabalis aquella tierra
Gayados y feroces los produjo:
Los montañeses y estos á la guerra
El Fífolgel, su gran caudillo, trujo,
Por ser gente soberbia y inhumana,
Bestias que beben de la sangre humana.

¡Oh cuánto se alegró con su venida
El magno Granestor y el pueblo junto,
Viendo en su ayuda gente tan lucida,
De la fiera y el rigor trasunto!
Mandóles alojar y dar comida,
Y al Fífolgel que los tuviese á punto:
Que ya los tenia el Rey por guerradores
Al mismo paso que eran comedores.

Tras estos la gallarda infanteria
De belicosa gente se descubre,
Que el rey hinchado de Letiria envia,
Provincia que el mar Címico la encubre:
Oféndese la luz del claro día
Con la nube del polvo que al sol cubre,
Que con pisadas de la gente tanta
Hasta llegar al cielo se levanta.

Del nombre heroico de estas gentes viene
El suyo al de Chinchon y su condado,
Y de este mismo origen tambien tiene
El mar Címico el suyo derivado;
Y el parecer que diferente suene
Címico de Chinchon, averiguado,
Muestra al que el simil de los dos no alcance,
Ser el uno latin y otro romance.

El valiente Putrifola á su cargo,
Y como de su rey lugarteniente,
Trae de las chinches el estruendo largo,
Que son medio millon de opuesta gente;
Y por estar su rey con cierto embargo,
No puede hallarse al combatir presente;
Porque á no estar tan gordo, es muy sin duda
Que en persona al hormiga diera ayuda.

El Granestor agradeció la excusa,
Y al Putrifola dijo: «Bien parece
Que vuestro rey servirme no rehusa,
Pues que tal capitán en vos me ofrece:
La liberalidad grande que usa,
Muy grande premio á su lealtad merece:
Estése allá metido en sus resquicios;
Que yo agradezco mucho sus servicios.

»Pero ¿no me diréis qué espesa nube
Es aquella que el aire deja oscuro?
¿No veis que el polvo hasta los cielos sube,
Con que el miedo á mis gentes no aseguro?
Mas basta que al que por contrario tuve,
Es nuestro amigo el fuerte Mosquifuro,
Que con la multitud de sus arañas
A eternizarse viene con hazañas.

»El sea venido muy en hora buena,
Pues mi ejército grande y esperanza
De felices sucesos colma y llena,
Segun tengo en sus obras confianza:
Ya no me puede dar la guerra pena,
Pues que mi campo tal soldado alcanza,
Que desde que nos vive nuestro genio
No se ha visto jamas mejor ingenio.

»Es este Mosquifuro un gran maestro
En forjar estacadas y reparos,
Con todo extremo de excelencia diestro
Entre los más famosos y más raros:
Este pondrá defensa al campo nuestro,
Con que todos podréis aseguraros;
Que harán sus fuertes redes, aunque vengan
Las avispas, que presas se detengan.

»Bien nos muestra su ingenio su figura,
Pues alzando y bajando la cabeza,
Parece que tanea cuanta altura
Se incluye en la muralla ó fortaleza:
No vive mosca de su ardid segura;
Que tiene en estas cosas tal destreza,
Que por murallas unos lienzos traza,
En cuyas redes con ardid las caza.

»Há muchos años que es de mi consejo,
Y puede darle en casos de milicia,
Que es, en efecto, gran soldado viejo,
Y en máquinas de guerra de codicia:
Es alguacil de moscas, nombre ajeo,
Porque fiero las prende y ajusticia,
Y todas tiemblan de su barba anciana,
Que al muro nombre dió de barbana.»

Calló, y llegando el Mosquifuro, puso
De la zanca derecha la rodilla
En la tierra, y humilde le propuso
La gente valerosa que acaudilla:
Mostró el rey Granestor su noble uso
De estimar el valor que se le humilla,
Y agradeció cortés á la zancuda
Caterua la venida á darle ayuda.

Y cuando vió la multitud diversa
De arañas, chinches, pulgas y de piojos,
En mayor cantidad que la que al persa
Hizo bañar en lágrimas sus ojos,
Bien entendió que de la gente adversa
Triunfara y de sus vidas y despojos,
Caminando su ejército seguro
Con el gran Fífolgel y Mosquifuro.

Y porque se consiga el bravo intento,
Mandó que con cuidado y diligencia
Dos aludes le traigan al momento
Al valiente Mirnuca á su presencia:
«Tiene el Mirnuca grande entendimiento,
Dijo el Rey, y es notable su experiencia
Y su gobierno en casos de milicia,
Como nos da su nombre la noticia.

»Muy bien sabeis que se sustenta y ceba
En sangre de enemigos mirmiliones,
Y hizo con ellos de sus fuerzas prueba
En muchas importantes ocasiones:
Digalo de la nuez la oscura cueva,
De donde iban saliendo sus varones,
Que siempre en una y otra escaramuza
Dieron al mirmilion en caperuza.

»Mis senadores al instante vengan
Y fuertes capitanes; porque quiero
Que de caudillo bravo se prevengan,
Para que todo tenga el fin que espero:
El Fífolgel y Caganielo tengan
Mis lados, que uno y otro caballero
Son honor de la Pullia y flor de España,
De la selva Canina y la montaña.

»El Putrifola venga, y no se olvide
Nuestro gran Mosquifuro, que previene
Las fuerzas nuestras, y las otras mide
Con el ingenio que en la guerra tiene:
Cualquiera diligencia el caso pide,
Especialmente si en contrario viene
El demonio del valle Barriliense,
Que no hay quien ser humana mosca piense.

»Aquí llegó una pulga, no há dos dias,
Con tres heridas, todas tres mortales,
Dando por nuevas á las gentes mias
Del pagano de Buta las señales;
Y dijo que, cual suelen las árpías,
Salió por los desiertos arenales,
Y tres mató de cuatro, y que una fiera,
Sin duda á medio asar, se comió entera.

»Ved pues ahora si este diablo llega,
Que demonio es sin duda su persona,
Y viene en nuestra ofensa la manchega
Con la gente andaluz y la de Arjona;
Si el tábano también su espada juega,
Y sus lanzas la turba mirmiliona,
Importa mucho un capitán valiente;
Que es belicosa la contraria gente.»

El valiente Mirnuca llegó á punto
Que en la presencia de su rey estaba
El consejo de guerra en orden junto,
Y solo su persona se aguardaba:
Admiró á los extraños el trasunto
De la fiera que representaba,
Y diéronle lugar de los mejores,
Puesto entre dos barbados senadores.

Callaron todos un pequeño espacio,
Y el Rey, teniendo tiesa la cabeza,
Los ojos revolviendo muy despacio,
Al Mirnuca feroz los endereza:
Suspendióse la gente de palacio,
Y el Granestor á destoserse empieza,
Y dando muestra al comenzar prolijo,
Abrió la boca, y al Mirnuca dijo:

«Mirnuca capitán, el ser notoria
La valentía dese fuerte pecho,
Que me revoca y trae á la memoria
Los servicios que siempre me habeis hecho;
Considerando pues la fama y gloria
Que ganastes estando en el estrecho
De aquel presidio de la fuerte roca,
Sustentándola en pie con gente poca;

»Ahora que con tantos caballeros
Saldrán los escuadrones peleando,
Capitán general pretendo haceros
Contra el orgullo del contrario bando:
Empuñad el bastón sin deteneros,
Que cumpliendo, Mirnuca, lo que os mando,
Demas de que verán lo que os estimo,
Me tendré por servido, hormiga primo.»

El cargo el capitán cortés rehusa,
Y dice al Granestor y su senado
Que ya á sus fuerzas la vejez excusa
De administrar oficio tan pesado;
Que quien puede tenerle sin excusa,
Cargo de tanta cuenta y tan honrado,
Son, sin haberlos tales en el suelo,
El Putrifola, el Piojo y Caganielo.

Todos con infinitas sumisiones
Al hormiga discreto le agradecen
Las corteses palabras y razones,
Y por soldados suyos se le ofrecen;
Y al Granestor responden los varones
Que ellos honra tan grande no merecen,
Y arguyen al Mirnuca que es muy justo
Que reciba el bastón y dé al Rey gusto.

Aceptó el gran Mirnuca, sin embargo
De las fuertes excusas que propuso,
De general el poderoso cargo,
Y al fin á ejercitarle se dispuso:
Sonó la voz por el estruendo largo
Y gentes del ejército confuso,
Que con sus voces la primera avivan,
Diciendo: «¡El Rey y el gran Mirnuca vivan!»

Entonces llamó el Rey sus comisarios,
Ministros, contadores y llaveros,
Para que de los públicos erarios
Sacasen grande suma de dineros:
Sabe que para fin de sus contrarios,
No hay quien ponga los ánimos y aceros
En los fuertes soldados, ni los haga
Tan prontos á la lid, como la paga.

Mandóles; oh gallardo entendimiento,
Y cuánto en Flándes fueras importante!
Que á todos los soldados al momento
Una paga cumplida se adelante;
Y si para cumplir su mandamiento
La plata del erario no es bastante,
Que desocupen todos los graneros,
Y el trigo vendan para hacer dineros.

La liberalidad agradecieron
El Fifogel y sus soldados piojos,
Y ellos solos la paga no quisieron;
Que el nombre al parecer les daba enojos:
Responden todos que á servir vinieron
Al Rey sin interés ni por despojos,
Y esto de darles paga mal les suena,
Por ser cosa que suele darles pena.

Diéronse por el campo mil pregones
En alta voz de bestias vocingleras,
Que mandaba el Mirnuca á las naciones
De la feroz hormiga y forasteras,
Que sacasen al campo sus pendones
Y pusiesen por orden sus hileras,
Porque á la voz de la trompeta y parche
La gente de á caballo y á pié marche.

Ya va marchando la feroz caterva,
Moviendo al són del atambor el paso,
Dejando con los piés, de verde hierba
El suelo antes cubierto, entonces raso:
Ya al hado inicivo y á la suerte acerba,
A contraria fortuna y infeliz caso
Lleva tan grande máquina sujeta
El aire de la caja y la trompeta.

Pero ¿qué temeraria muchedumbre
Vecino el suelo del hormiga pisa,
Que el polvo sube á la suprema cumbre,
Y quien lo causa se avecina aprisa?
¿Quién le perturba al sol su hermosa lumbre?
O ¿qué fiera caterva se divisa
Que al sol y al suelo su camino cubre;
Y entre nubes de polvo se descubre?

Mas ya el ruido manifiesta cierto
Que ya á la vista el enemigo tiene
El un campo y el otro descubierta,
Y que uno va á buscarle y otro viene:
Trace, que es tiempo, el capitán experto
Lo que más á su ejército conviene;
Que yo me voy, mientras lo ordena y traza,
A ver las calles y cursar la plaza.

CANTO VIII.

Pasó la fuerza del soberbio grito,
Envuelto el aire suyo en polvo seco,
Sobre las tristes ondas del Cocito,
Dando en peñascos del infierno el eco:
El padre del ejército precito
En su palacio tenebroso y hueco
Le oyó, y también cuando la causa supo,
Grande fué el gozo que en su pecho cupo.

Alegre dijo á un diablo pequeñuelo,
Su paje, por ventura: «Al viento vano
Tiende, demonio, tu ligero vuelo,
Y busca por los aires á Vulcano:
A Lipara camina; que recelo
Que allí los rayos fragua que mi hermano
A los gigantes atrevidos tira,
Cuando rebeldes sus intentos mira.

»Dile que al fuerte Estéropo al instante
Deje, que importa, de su fragua el cargo,
Sin que excusa ni causa sea bastante
Para poner á su venida embargo;
Porque á todo el infierno es importante
La suma brevedad, la cual le encargo:
Que se disponga, y baje al punto mismo
A ver mis entresuelos del abismo.»

No aguardó el diablo chico á que su intento
Diga Pluton dos veces; que á la una
Atras dejó su lijereza al viento,
Y allá se puso sin tardanza alguna:
Hallóle, y quiso luego el pensamiento
Decirle de Pluton; y como á una
Sonaba tanto estrépito y martillo,
Ni el diablo pudo hablar ni el otro oílo.

Sacóle afuera, y dijo que le llama
De prisa el dios Pluton, que luego venga,
Y encomiende sus obras, fragua y llama,
Sin que excusa le dé que le detenga:
Oyó el mensaje el negro herrero, y brama
Porque la pierna coja entónces tenga,
De manera que no pueda tan presto
Ver de su rey el formidable gesto.

Pero luego, sin más inconvenientes,
Con el martillo que tenia en la mano,
Tenazas y los otros adherentes,
Tomó el camino con el diablo enano:
No quiso despedirse de sus gentes;
Que sabe bien el infernal Vulcano
Que tiene del necesidad precisa
Pluton cuando le llama con tal prisa.

Y obedeciendo en todo el dios herrero,
Pasó, disimulando la congoja
De no darle lugar á ser lijero
La falta grande de su pierna floja;
Y acompañando al diablo mensajero,
Arrastrando llegó su zanca coja
Donde con una y otra reverencia
Habló á Pluton y su infernal presencia.

«¿Qué es lo que el rey de la region oscura,
Dijo Vulcano, manda en su servicio?
¿No está la cárcel infernal segura
De algun enorme daño ó maleficio?
¿Mete Febo por dicha su luz pura
En el infierno por algun resquicio?
¿O qué nueva invencion es la que traza,
En que le dé su ayuda mi tenaza?»

«Ninguno, habló Pluton, mi reino altera
Sin que tema el castigo con su daño,
Y nunca Febo por su cuarta esfera
Ha visto el reino de su luz extraño;
Nadie quebrantará mi cárcel fiera,
Que mientras ocuparen el escaño
Minos el fuerte, Eaco y Radamanto,
No le alcance la pena del quebranto.

»Mas he querido que en persona vengas,
Viendo lo mucho que de ti confio,
Para que parte de contento tengas
En las cosas que son del gusto mio;
Y quiero con tu industria que prevengas
La barca grande de Aqueronte el rio,
Que como ya há que sirve tantos años,
Temo de su vejez algunos daños.

»A las riberas de Aqueronte parte,
Donde el viejo Caron continuo habita,
Que es quien las almas desde la otra parte
En su barca al infierno precipita:
En su seguridad emplea tu arte,
Sus junturas y cóncavos visita,
Y á sus resquicios pon remedio en suma,
Si por ellos el agua se trazama.

»Esto es lo principal que se te encarga;
Volando á sus riberas te avvicina,
Y manda que te lleven una carga
De clavos, pez, estopas y resina:
Adoba el seno de la barca larga
Adonde tanta máquina camina;
Que han de pasar por ella tantas gentes,
Que al número no igualen los vivientes.

»Dale al barquero las saludes mias,
Y dile que me importa en todo caso
Que vele en mi servicio por seis dias,
Trillando aprisa del infierno el paso:
Que por las ondas de Aqueronte frias
Revuelva y torne su lijero vaso;
Que muchas almas de los cuerpos muertos
Han de pisar los infernales puertos.

»Y que si se cansare, como temo
Más de su edad que de su buen intento,
Y no pudiere al uno y otro remo
Apresurar el lento movimiento,
Que al llegar de las aguas al extremo,
Del cansancio me avise, que al momento
Haré que al nuevo ministerio acuda
La turba graficana á darle ayuda.

»Despues te parte, y al infierno adentro
Por entre sombras lóbregas te mete,
Hasta llegar adonde junto al centro
Se esconde de las furias el retrete:
En viéndote llegar saldrá al momento,
Erizando el cerástico copete,
La furia Alecto con el torvo zuño,
Apretando serpientes en el puño.

»Di que de sus furores se revistan
Ella y sus dos hermanas, y que luego
En mi presencia todas tres asistan,
Sembrando por sus ojos vivo fuego;
Porque conviene que con él embistan
Un ejército loco y otro ciego,
De rabia entrambos, de codicia impresa,
Que los harán de los demonios presa.

»Por entre nieblas de sulfúrea brasa
De las fieras Euménides prolijas
Deja el albergue oscuro, y á ver pasa
Del Erebo y la Noche las tres hijas:
Cercada está su tenebrosa casa
De infinitas y fieras sabandijas,
Y ellas cortando las vitales hebras
Entre viboras pardas y culebras.

»Di que las sombras de su albergue dejen,
Y á verme al mismo punto se aperciban,
Y los crudos aceros aparejen
Con que á la gente de la vida privan;
Y que me importa que de aqui se alejen,
Porque han de hacer que en el infierno vivan
Un infinito de almas que sus fillos
Han de enviar á los tenéreos silos.

»Y si el acero que el vivir impide,
Con que la fiera Parca parte y corta
El estambre vital, y le divide
Del cuerpo, y al infierno le trasporta,
Si más agudo acaso el filo pide,
Que se le dé tu industria y arte importa,
Y así en tu muela su rigor afila,
Y corte al paso que Laquésis hila.

»Entra despues por el espacio bruno,
Y de uno en otro lóbrego aposento
Llama á todos los diablos, sin que alguno
No sienta el ronco són de tu instrumento:
Di al ejército negro y importuno
Que á mi palacio vengán al momento,
Aunque de atormentar las almas dejen;
Que harto tiempo les queda en que se quejen.»

Dijo el padre infernal; y al mismo instante
Que el labio cierra, vuela el mensajero
Por el camino lóbrego adelante;
Que, aunque perniquebrado, va lijero:
Llega en los aires donde el navegante
Caron habita, el infernal barquero,
Y visita el espacio de su barca,
Alecto y las tiseras de la Parca.

Baja á las salas y al profundo interno,
Y arrima con dos manos á su boca
El vil remate del revuelto cuerno,
Y llamando á los diablos, con él toca:
Sintió la voz el temerario infierno
Con que la turbamulta se convoca,
Y van á ver su rey y señor sumo,
Envueltos entre niebla negra y humo.

Vino de todos ellos el primero
El consumido y pálido Marmota
En un perro soberbio caballero,
Con cuya larga cola el anca azota:
Libicoco tras él llegó lijero,
Que llamas vivas por los ojos brota,
Diciendo en voces de espantables truenos:
«¿Qué quiere el rey de los tartáreos senos?»

Sobre un cabron el fiero Barbariza
Por el camino del infierno trepa,
Que en barba y cuernos de su faz mestiza
La del cabron que lleva no discrepa:
Siguele el furibundo Dragoniza
Con gesto y zancas de espantable Nepa,
Y tras ellos el fuerte Malabranca,
Con uña larga, más que el Nepa zanca.

Rompiendo van el lóbrego camino
Con alas de murciélagos lijeros,
Los dos demonios Tarater y Alquino,
Atropellando por llegar primeros:
Tras ellos luego denodado vino
Malatasca el hinchado echando fieros,
Llevando de culebras el copete,
Y en la trasera el fuego de un cohete.

Trillan el reino del Estige y Dite
El soberbio Acaron y Rubicano,
Con hachas encendidas de alquebrite,
Que entrambos llevan en la diestra mano;
Y hediendo á algun pestifero mefite,
Sigue las dos antorchas Graficano,
Y luego el espantable Estizaferro
Con su gesto infernal, mascando hierro.

Retumba en los profundos calabozos
La voz del cuerno horrenda, y se despuebla
El sótano infernal y oscuros pozos
Que la caterva de los diablos puebla:
Cesaron los aullidos y sollozos
De las almas, en tanto que entre niebla
Densísima y espeso torbellino
La endemoniada gente va al camino.

El gesto que al infierno atomeriza
Saca furioso, y la tricorne frente,
Y el tuerto garabato con que atiza
Los vivos fuegos á la presa gente,
El fiero Satanas, que la ceniza
Que el bulto le cubrió de llama ardiente,
De su cuerpo fantástico sacude,
Y á ver el rostro de Pluton acude.

Saca el dragon Behemot los encendidos
Ojos que al mismo infierno representan,
Y por la boca horrisson bramidos
Que á los demonios con su furia ahuyentan;
Las voces, el furor y los aullidos
Los perversos espíritus aumentan,
Que el ronco cuerno de Vulcano saca
Con grito triste de la sombra opaca.

«¿Qué quiere el rey de los tartáreos senos?»
Salían diciendo de los cuartos bajos
Los demonios, de fuego y rabia llenos,
De condenadas almas espantajos:
Salió sembrando acónitos venenos,
Envueltos en cerúleos espumajos,
El fiero Belial, bestia sin yugo,
De pecadoras ánimas verdugo.

Belzebut, con su cara horrenda y fea,
Y con la horca en forma de bidente,
Del fuego de la oscura chimenea
Tambien salió con la endiablada gente;
Y sacando la voz estentoreá
Que en su silla infernal Pluton la siente,
Dijo á los diablos de la luz ajenos:
«¿Qué quiere el rey de los tartáreos senos?»

Con cuernos de carnero en su cabeza
Y de culebras pardas la pretina,
Sale Astarot, y á caminar empieza
Donde el furor diabólico camina:
Con gritos causadores de tristeza
Va entre la chusma misera y mezquina,
Diciendo en voz de lamentables trenos:
«¿Qué quiere el rey de los tartáreos senos?»

La ensortijada cola desenrosca
La bestia con sus silbos importuna;
El fiero Leviatan, serpiente toska
Criada en la mortifera laguna,
Echa veneno por su vista fosea,
Más que la sombra del infierno bruna,
Sacando de su boca la lengüeta
En heridora forma de saeta.

Farfarello, Folleto y Sulfoneo
Tambien salieron como furia loca,
Cubriendo el rostro abominable y feo
El humo que les sale por la boca:
El homicida y bárbaro Asmodeo,
A la tercera vez que el cuerno toca
Vulcano, sale como herida furia,
Castigando de un jimio la lujuria.

Sale á la voz tambien tras todos ellos,
Con más horrenda y monstrua catadura,
El que entre los espíritus más bellos
Tenia aventajada la hermosura;
Erizados sacando los cabellos,
Rubios un tiempo más que lumbre pura,
Que ahora son de abrasadora lumbre
De tormento perpetuo y pesadumbre;

El principe Luzbel, que el nombre solo
Le quedó de la gloria que tenia,
Cuando de más altura que del polo
Le derribó su pérfida osadía;
El padre, al fin, de la mentira y dolo,
Con su lucida en fuegos compañía,
A voz del cuerno triste que los llama,
Salen vestidos de su eterna llama.

Lleva el soberbio principe una escuadra
De infernales ministros de la muerte,
Con el trifuace, que á su lado ladra
Y por tres bocas la ponzoña vierte:
Con él salieron de la oscura cuadra
Minos, Eaco y Radamanto fuerte,
Que los tres jueces son de ajenas faltas,
Con cuernos altos y con varas altas.

Pero ningunos cuernos más espantan:
Que aquellos grandes del cretense Minos,
Que sobre los más altos se levantan,
Y tras de ser más largos, son más finos:
Estos, si las historias verdad cantan
De Dédalo y sus hechos peregrinos,
La adúltera Pasifae se los puso,
Cuernos del toro de su horrendo abuso.

En forma de diabólicos disfraces
Tras el Principe salen mil quimeras,
Mil Celenos inmundas y voraces,
Mil Scitas y Caribdis vocingleras,
Mil esfinges burladoras y falaces,
Fieras sin forma, y multifformes fieras,
Gorgonas, Polifemos, Geriones,
Sirenas, faunos, hidras y pitones.

La diabólica chusma llega, y pára
En viendo el trono de infernal respeto,
Y del rico Pluton la negra cara,
A quien el duro infierno está sujeto:
El fiero conciliábulo repara
A ver del Rey el tremebundo aspeto,
Que daba muestras, no de enojo y pena,
Gran novedad y del infierno ajena;

Hórrida majestad, fiereza grave,
Severidad diabólica le adorna;
Y siendo tal, disimular no sabe
Lo que en ménos rigor su furia torna:
Mira la sala, que de piés no cabe,
Y sin usar de gravedad la sorna,
Sacó la ronca voz de su garganta,
Voz con que á veces el infierno espanta.

«Ahora sí, demonios, que publico
Mi riqueza sin suma y mi ganancia;
Ahora sí podréis llamarme rico,
Que lleno de almas la infernal estancia:
Ya de mi buena dicha os certifico,
Y ahora importará la vigilancia
Vuestra, apretando los tartáreos senos,
Que se han de ver, amigos, de almas llenos.

»Hoy, que el cénzalo, hormiga, mosca y chinche,
 Tábano, piojo, mirmillon y araña,
 Los calabozos infernales hinche
 De almas de cuerpos muertos en campaña,
 Bien es que cada diablo parta y trinche
 Sus estancias y cuartos, y con maña
 Sus aposentos lóbregos dispongan,
 Y en nueva pena al nuevo huésped pongan.

»Comisión nueva doy á mis tres jueces
 Que el sótano infernal desembaracen,
 Y para caso tal tengan mis veces,
 Las causas oigan y las penas tracen;
 Y mando á los espíritus soeces,
 Si lo que mandan ellos tres no hacen,
 Que en vil destierro del infierno penen,
 Y en diez años de celos les condenen.

»Todo diablo feroz se muestre listo,
 Y á cada uno se le dé su cargo,
 Porque tiene de ver lo que no ha visto
 Desde el principio de su tiempo largo:
 Al uno y otro pueblo que conquisto,
 En sus senos reciban; que me encargo
 De darle al diablo que mejor lo haga,
 Del negro infierno lo mejor por paga.

»Y para que no tenga por disculpa
 El no tener qué hacer en tanta hacienda,
 Y del pecado, negligencia y culpa,
 De ignorancia la excusa no pretenda;
 En su memoria mi razon esculpa,
 Sin que se excuse alguno que no entienda
 Y sepa el orden que le doy que siga,
 Para que con mi intento se prosiga.

»Rubicano y Alquino en la arena
 Del rápido Aqueronte estén atentos,
 Cuando Caronte trae la barca llena
 A poblar los oscuros aposentos;
 Y ellos las almas á la dura pena
 Remitirán con impetus violentos;
 Y Barbariza y Gralicano quier
 Que ayuden al decrepito barquero.

»Las locas furias con estruendo pasen
 A vuelo, no aguardando el de la barca,
 Y en vivo fuego de rencor abrasen
 Al mosquito y hormigeno monarca:
 Sus pechos emponzoñen y trasparen;
 Y prevengan de modo que la Parca,
 Solo en pasando los agudos filos,
 Deje cortados los vitales hilos.

»Al Cancerberro horrible se cometa;
 Porque esto no es razon que se le quite,
 Pues es perro trifuace, que arremeta,
 Y al natural del perro en esto imite;
 Y por su angosto trigaznate meta
 Al reino oscuro del soberbio Dite
 Todas las almas de las moscas muertas,
 Siendo sus bocas del infierno puertas.

»Perezca allí la gula de su pecho,
 Y aquel torpe vivir á sus anchuras
 Halle angosto camino en el estrecho
 Del can, pena debida á sus locuras;
 Esta es sentencia justa y de derecho,
 Y á su rigor conformes desventuras
 Paguen los besos que á las damas dieron
 Cuando atrevidas sin vergüenza luéron.

»Vaya Astarot, y en las hormigas haga
 Aquello mismo que con ellas hace
 El oso montañes, que se las traga
 Siempre que hambriento por los montes paze:
 Su estómago de hormigas satisfaga,
 Pues él dellas jamas se satisface,
 Siendo un vientre ministro de justicia
 Del otro que lo fué de la avaricia.

»Que no es bien que esta vil se ensoberbezca,
 Y descubiertamente al mundo diga
 Que gusta mucho que en hurtar padezca,
 Cuando huelga la mosca su enemiga:
 Perezca, digo, este animal, perezca;
 La suerte de la mosca haya la hormiga:
 A las dos por extremos las condeno,
 Pues solo el medio entre los dos es bueno.

»Las lujuriosas pulgas Asmodeo
 En las oscuras cárceles esconda,
 Y él á su vicio abominable y feo
 Con iguales castigos corresponda:
 De la caterva pullicina arreo,
 Inquieta, lujuriosa y hedionda,
 Del indice y el pólice en sus yemas
 Tengan castigo sus soberbias temas.

»Del fiero Leviatan será el camino
 El hondo espacio que su vientre tiene,
 Por donde se entre el género mosquito
 Que á ver las penas del infierno viene:
 Esta caterva que al olor del vino
 En los cóncavos frescos se entretiene,
 Del fiero Leviatan el vientre tenga,
 Porque no siempre en fresco se entretenga.

»La plaga cenzalina, que persigue
 Con inaudito género de enojos
 A los mortales que en los campos sigue,
 Entrando sin temor por boca y ojos,
 Dragoniza sus impetus mitigue,
 Y al tiempo que se abrieren los cerrojos
 De la infernal y temeraria puerta,
 Allí se plante con su boca abierta.

»Tenga correspondencia y semejanza
 La pena á su delito cometido,
 Y echen de ver que con igual balanza
 Justo castigo á su pecado mido:
 Dragoniza ejecute la venganza
 Del grande atrevimiento que han tenido,
 Y dentro de su estómago se metan:
 Será la última vez que tal cometan.

»El hinchado Behemot, la bestia fiera,
 A la caterva de la chinche inmundada
 Prevenga del infierno una caldera,
 La que fuere más cóncava y profunda:
 En ella su asquerosa vista muera,
 Y entre sus aguas infernales se hunda,
 Y allí su mal hedor bullendo acabe,
 O del hedor pestífero se lave.

»En poder de Behemot el hedor purgue,
 Si el diablo de su hedor no se desdenea,
 Y Tarater de la caldera burgue
 Los fuegos, y Folleto traiga leña:
 El infierno Acaron furioso expurgue,
 Porque si alguna chinche, aunque pequeña,
 Entre los diablos mal oliendo queda,
 No habrá demonio que sufrirla pueda.

»Las almas de los crudos mirmillones,
 Que hasta en sus camas á la gente inquietan,
 Levantando en las carnes los chichones
 Que por chupar la sangre las aprietan;
 Esta caterva infame de ladrones
 En los últimos cóncavos se metan,
 Teniendo á Belial por carcelero,
 Que no les deje abierto un agujero.

»El fiero Satanas en las entrañas
 Lóbregas del infierno, donde habita,
 Meta de las indómitas arañas
 La caterva zancuda y infinita;
 Y para sus diabólicas marañas
 Haga á la chusma bélica y maldita
 Que nuevas redes con las suyas tracen,
 Porque con ellas nuevas almas cacen.

»Al cruel Malabrancia se cometan
 Los piojos, fruta vil de galeotes,
 Y especial los sacrilegos que inquietan
 Hasta los eclesiásticos cocotes:
 Destos que las cabezas no respetan
 Aun de los mismos sumos sacerdotes,
 Malabrancia, juntando uña con uña,
 Las anchas pieles de sus cuerpos bruña.

»Belzebut el furioso, que consiente,
 Sin que por ello se desdenea y breme,
 Llamarse padre desta sucia gente,
 Y que la mosca infame se lo llame,
 Allí en sus calabozos atormente
 A su albedrio el tabanismo infame,
 Y su soberbia indómata castigue,
 Sin que el llamarle padre á amor le obligue.

»A Lucifer tambien se le reserva,
Del despojo sin par que se reparte,
De meliullas abejas la caterva,
Que es entre todas provechosa parte;
Y aqui castigará con pena acerba
El modo extraño y el oculto arte
De que sola sus fábricas fabrique
Sin que el cómo a las gentes comunique.

»Y lo que con castigo riguroso
Es más justo que paguen bestias tales,
Sin que con ellas pueda ser piadoso
Alguno de los monstruos infernales,
Es porque viendo su panal sabroso
Tan grato al paladar de los mortales,
En cuanto con su maña hacer pudieron,
En asco su dulzura convirtieron.

»Antes del tiempo antiguo de Aristeo
Formaban estas, no en oculto vaso,
Patente á todos el panal hibleo,
De amargo más que de dulzura escaso:
Bien pudiera, á medida del deseo,
El oso, si le hubiera á cada paso,
Entónces libre, remediar su hambre,
Sin dar la muerte al labrador enjambre.

»Marchitaban entónces los colores
A la hermosa que el romero arroja,
Atrevidas chupando de las flores
El oloroso jugo y de su hoja;
Y dellas los purísimos licores
De la miel estimable, dulce y roja,
Con su boca la abeja iba labrando,
Artificiosos cóncavos forjando.

»Era patente la hermosura bella
Del sabroso panal á cuanta gente
Había en el mundo; y envidiosa ella,
Pesándole que fuese tan patente,
A la deidad divina se querella
Del sumo altitonante omnipotente,
Que no consienta que los hombres tomen
Su dulce miel, que sin trabajo comen.

»Oyó en el cielo el lamentable ruego
El Dios que el orbe universal compuso,
Y fuéles tan benévolo, que luego
Defensa y casa á los enjambres puso:
Sacó de un alcornoque un vaso ciego
Para el melifluto ministerio y uso,
Donde la abeja sus panales guarde
Del ladron, á quien biera y acobarde.

»Y por defensa del licor suave,
Y para que ninguno se le atreva
A robar lo que sola labrar sabe,
Con que las bocas á los dioses ceba,
Dióle; don singular! la espada al ave,
Que dentro de su cola oculta lleva,
Con que estocadas á las gentes tira,
Y del secreto cóncavo retira.

»Siempre el divino Júpiter propicio
Se mostró á las abejas, en memoria
Del alimento en su niñez, indicio
Y pronóstico claro de su gloria;
Mas despues en humano beneficio
Forma y manera reveló notoria
Al arcadio Aristeo, que el primero
Fué, desde aquellos tiempos, colmenero.

»El fué el primero que á la humana gente
Les enseñó, para coger el fruto,
El modo y lugar propio y conveniente
Donde pueda labrar el pueblo astuto:
Desde aquel tiempo antiguo hasta el presente
Han llevado los hombres el tributo
Por arte y maña de la abeja escasa,
Por tasa dando lo que dió sin tasa.

»Llegaron al instante á las orejas
De la madre comun, naturaleza,
De todos los cuadrúpedos las quejas,
En llanto envueltas y mortal tristeza:
De escasas acusaron las abejas,
Pues lo que ella les dió con tal largueza
Para que fuese principal sustento,
No es ya para la boca del jumento.

»De allí el refran se derivó, sin duda,
Que está tan extendido por España,
Y la madre comun suspensa y muda
Quedó á las quejas, y encendida en saña;
Entónces ella con enojo muda
Contra la astucia y cautelosa maña
De las abejas los efectos varios,
Haciendo ser á su intencion contrarios.

»Trocó en su espada cortadora y fuerte
Los temerarios filos, de manera
Que quien pensó con ella dar la muerte,
Hace con ella que ella misma muera;
Y contra el vaso donde esconde y vierte
La dulce miel en cóncavos de cera,
Produjo el oso entre otros animales,
Muerte suya y ladron de sus panales.

»Mirad con tales cosas si hecho tiene
Esta, de sus licores avarienta,
Causas por donde eternamente pene,
Y igual castigo su avaricia sienta;
Y á ser mayor su gran delito viene;
Que no con esto solo se contenta,
Pues con fin de que el hombre no comiera
Su licor, le vertió por la trasera.

»A la crueldad de Lucifer se deje
Dar á tan malas gentes el castigo,
Que yo aseguraré que no se queje
Que no venga su agravio el enemigo;
Y otros crudos tormentos apareje,
Porque tambien ha de llevar consigo,
Donde ejecute su furor y saña,
Los tercios fuertes que produce España.

»La soberbia de Arjona y la manchega
Ejercitada gente en hacer robos,
Cuyas crueldades el rocin reniega,
Causa de sus carreras y corcovos,
A su furor indómato se entrega
Con los hambrientos y feroces lobos
Que en su provincia calorosa cria
Murcia con la soberbia Andalucia.

»Y pues los diablos principales tienen
Repartida entre sí tan grande hacienda,
Y tales Indias al infierno vienen,
Vaya cada demonio por su senda:
Mis jueces integérrimos condenen
Al diablo chico ó grande que no entienda
En algo del loable ministerio
De llenar de esta gente el negro imperio.

»Y si para negocios semejantes
Algun demonio grande no se sienta
Con aliento ni fuerzas tan bastantes,
Ni con denuedo al caso competente,
Diablos tiene el infierno extravagantes;
Llamen para el efecto desta gente,
Que apénas lo sabrán, cuando sin duda
Todos vendrán á ser diablos de ayuda.

»A Aqueronte, que el agua trasparente
Desde su cueva oscura señorea,
Y de hojas negras la arrugada frente
Con espacioso circulo rodea,
Farfarelo con paso diligente,
Y con palabras cual requiere, sea
El que á notificarle se despache,
No altere sus cristales de azabache.

»Que no saquen sus ninfas la cabeza,
Nadando por su negro y ancho lago,
Si quieren ver su etiope belleza
Libre y segura de atrevido estrago:
Que por sus tristes ondas se endereza
Gente al infierno, que darán el pago
A cualquier ninfa, sin estar segura
De lujurioso beso ó picadura.»

Aqui subiendo de la voz un punto,
Pluton á los espíritus feroces
Dijo: «Ya, turba bárbara, barrunto
Que en la memoria vuestra van mis voces:
Ea pues, potencia del infierno junto,
Cuidado en prevenir; partid veloces,
Demonios de los lóbroges abismos,
Idos vosotros con vosotros mismos.»

Esto el padre infernal dijo: y atentos
 Los soberbios demonios escucharon,
 Y con la alegre novedad contentos,
 Señales ciertas de placer mostraron;
 Y apenas puso fin á los acentos
 Pluton, cuando los suyos comenzaron
 Diciendo que se hará ni más ni ménos
 Que quiere el rey de los tartáreos senos.

Al punto Eaco, Radamanto y Minos
 Dejaron los plutónicos umbrales,
 Y luego del infierno los caminos
 Trillaron los ministros infernales;
 Pero ya los cabellos serpentinicos
 Meguera va arrancando, y las fatales
 Tiseras saca ya la Parca fiera:
 Alto á ver el estrago desde afuera.

CANTO IX.

Entre las cosas que el celeste espacio
 Encierra de más obra y maravilla,
 Es la ciudad, metrópoli y palacio,
 Adonde tiene Júpiter su silla;
 Adonde el tiempo vuela tan despacio,
 Que ajena voluntad su paso humilla,
 Y de sus tiempos deja solamente,
 Sin futuro y pretérito, el presente.

Allí donde los años no envejecen
 Las cosas que los dioses produjeron;
 Porque siempre perpetuas permanecen
 En el feliz estado que les dieron:
 Allí las bellas cuadras resplandecen
 Del edificio grande que emprendieron,
 Adonde consumieron dos deidades
 El oro y plata de sus dos edades.

Saturno en tiempo de la edad de oro,
 Cuando tuvo sujeto á su servicio
 El reino celestial, gastó un tesoro
 En comenzar el inclito edificio;
 Pero despues que al paternal decoro
 Júpiter se atrevió, su maleficio
 De condenar al padre á vil destierro
 Trujo la edad de plata y la de hierro.

Entónces los finisimos metales,
 Aunque no tales ni de tanta estima
 Como el primero, fueron materiales
 Para la obra de los cielos prima:
 Las rocas le ofrecieron sus cristales;
 Dióle el Oriente su riqueza opima
 En finas piedras, y las suyas Paro,
 Y el artifice Creta en obras raro.

Dédalo dió la traza, y mil maestros
 Entre infinitos dellos hacían raya,
 Por ser los más famosos y más diestros
 Entre cuantos se hallaron en Vizcaya:
 Que desto dotó Júpiter los nuestros
 De Europa, pues no hay parte donde vaya,
 Su ingenio, que no cobre nombre rico,
 Ya que no por su lengua, por su pico.

Con estos el artifice de Creta
 Tanta solicitud en la obra puso,
 Que en poco tiempo la dejó perfeta,
 Y de su ingenio á Júpiter confuso:
 Que desto dotó Júpiter los nuestros
 De Europa, pues no hay parte donde vaya,
 Su ingenio, que no cobre nombre rico,
 Ya que no por su lengua, por su pico.

Sobre columnas dos de plata fina,
 Y de oro puro capitel y basa,
 La portada soberbia y peregrina
 Se funda de la hermosa y grande casa:
 Cada columna su largura empina
 A quince codos, y de quince pasa
 Con basa y capitel, guardando en todo
 Módulos justos de arquitecto modo.

De la portada en la soberbia altura,
 De bronce duro se divisa y mira
 Del dios altitonante la figura,
 Cuando los rayos á la tierra tira:
 Es tan al natural su propia hechura,
 Representando su furor y ira,
 Que si alguno la mira, en su semblante
 Se ve patente el miedo del gigante.

Dos carbuncos disparan rayos puros
 De vivo fuego por sus grandes ojos,
 Que puesto parangon, quedan oscuros
 Del alumbrante sol los rayos rojos:
 El fuerte brazo que dejó seguros
 De ser del Serpentina despojos
 A los dioses santisimos, empina,
 Que vivo el rayo al parecer fulmina.

Portada en suma de la casa adonde
 Júpiter tiene su morada y silla,
 A cuya traza su hermosura esconde
 Del mundo la más alta maravilla;
 A quien, porque en la traza corresponde
 La casa de los reyes de Castilla
 Del nombrado Escorial, la fama alaba,
 Y llama, y bien, la maravilla octava.

Tanto la altura de la tierra dista,
 Que si no es con grandisimo trabajo,
 Si allí pudiera haberle, humana vista
 No viera el alto desde el suelo bajo;
 Porque no hay vista humana que resista
 La viva lumbre que de arriba abajo
 Echa de sí continua el edificio
 Por cornija, arquitrabe y frontispicio.

De hermoso jaspe las paredes bellas
 En cuatro torres fuertes se rematan
 De pórvido, que junto á las estrellas
 Del chapitel las puntas se dilatan:
 Cien ventanas se miran, que por ellas
 Los dioses graves, que las causas tratan
 De los mortales, miran y tantean
 De cuyas causas los efectos sean.

Por el espacio del zaguan se pasa,
 Y desde él (es larguísimo) se mira
 El pórtico ó el patio de la casa,
 Obra que al arte y la riqueza admira:
 Allí el tesoro y el valor sin tasa
 Cifrado está, donde la barra tira
 De su saber el crítico arquitecto,
 Y el cantábrico artifice perfecto.

Entre columnas jónicas que á trechos
 Hermosos arcos sobre sí sustentan,
 Se ven artificiosos antepechos
 De blancas piedras que al cristal afrentan:
 Suben los sustentáculos derechos,
 En cuyas cumbres y remate asientan
 Arcos, que dan envidia al de los cielos
 Sus hermosas volutas y listelos.

Las basas, capiteles, pedestales,
 Listas, abacos, óvulos y frisos
 Son de mil vistosimos metales,
 Que hacen diversos y agradables visos:
 Las porporciones por extremo iguales,
 Los vivos siendo en las columnas lisos,
 Insertos delicados collarinos,
 Coronas, regoletos y tondinos.

De piedras finas de alabastro fuerte
 El milagroso patio el suelo enlosa,
 Juntas con tal primer y de tal suerte,
 Que no parece sino de una losa:
 En medio de este sus cristales vierte
 Una hermosa perenne caudalosa,
 Echando por seis caños á porfia
 El soberano néctar y ambrosia.

En este patio la divina gente
 Los unos con los otros se pasean,
 Hasta que baja el dios omnipotente,
 En cuya alegre vista se recrean:
 Pasan de cuadra en cuadra diferente,
 Cuyas paredes altas hermocean
 Telas que para adorno de las salas
 Las recamó con sus doncellas Pálas.

Allí la biblioteca tiene abiertas,
Dando á quien quiere para ver la entrada,
De bronce duro las labradas puertas,
Riqueza entre los dioses celebrada:
Los libros con cadenas y cubiertas
De plata al parecer sobredorada,
Adonde tienen por memoria escritas
De los héroes hazañas infinitas.

Allí está la basilica, que es sala
De suprema hermosura y excelencia,
Que á la estrellada fábrica se iguala,
Y tiene con sus luces competencia:
Estos son los estados que señala
Júpiter á los dioses de su audiencia,
Obra que deja á quien la mira absorto,
Donde el primer y el arte queda corto.

Arrimanse á la sala diez escaños
Que el desnudo Piracmon forjó y hizo
Con primores magníficos y extraños,
Y todos de oro sólido y macizo:
Allí los hados y futuros daños
Y cuanto la fortuna hizo y deshizo,
Júpiter á los dioses les publica
Desde su excelso trono y silla rica.

Esta admirable y milagrosa pieza
Está en cabeza de uno y otro coro,
Como adonde se sienta la cabeza
A quien los dioses miran con decoro:
Presentósele el dios de la riqueza,
Por ser de más estima que el tesoro
Que en sus venas riquísimas encierra
De todo el Potosí la madre tierra.

Su precio y su valor es inaudito,
Por ser toda diamantes que á Vulcano
Trabajo le costaron infinito,
Habiendo de labrarlos por su mano:
Si no es á pura sangre de cabrito,
Labrar estos diamantes es en vano,
Y faltando de sangre grande copia,
Vulcano los labró con sangre propia.

En esta sala á Júpiter visitan
Los soberanos dioses cada día,
Que su regalo y gusto solicitan,
Siendo servirle su mayor porfía:
Todos por rey y por señor le gritan;
Y agradeciendo el dios su cortesía,
Con amor los recibe, y en la sala
Acaricia á los dioses y regala.

Allí los dioses á tratar se juntan,
Y Júpiter sus dudas satisface,
Por sus antigüedades le preguntan,
Y él solo á todos respondiendo apalace;
Y si algunos entre ellos se repuntan,
Y enojo ó ira de sus pechos nace,
Júpiter tiene de juzgar el cargo,
Y ejecuta sentencias sin embargo.

No se le da á ninguno en su presencia
Deidad, porque tan sola su persona
Es del cielo la suma omnipotencia
Que el cetro rige y la imperial corona:
El fulmina, castiga y da sentencia,
Prohíbe, manda, suelta y emprisiona,
Y alguna vez de la deidad les priva,
Y hace al rebelde que en destierro viva.

Y si acaso los dioses, de ira llenos,
No le temen, á rabia se provoca,
Y furibundo manda que los truenos
Al cielo alteren con su furia loca:
Que rompan los relámpagos sus senos,
Y volcánadas echen por la boca
De vivo fuego, y con el miedo quieta,
La caverna de dioses á él sujeta.

Pero luego ellos mismos dan la traza
Cómo el furor de Júpiter se aplaque,
Y que el rayo detenga que amenaza
En las alturas un soberbio haque:
A Ganimédes hacen que la taza
Llena de mosto celestial le saque;
Y en viendo al muchachuelo el dios y al vino,
Deja el enojo y el furor mohino.

Estando pues, como era de ordinario,
Toda la turba que el Olimpo encierra,
En el patio, un ruidó temerario
A los cielos subió desde la tierra:
Sobresaltóse allí el concurso vario
De los dioses, temiendo alguna guerra;
Y escapa aprisa el celestial concilio,
Implorando de Júpiter auxilio.

Temerosos deshacen los corrillos;
Y procurando de llegar primero,
Vuela cualquiera dios, aunque con grillos
Que pone el mucho miedo, aunque es ligero:
Los dioses que espantados y amarillos
Y amedrentados vió Jupiter fiero,
Con grande enojo que le traigan pide
El furibundo rayo y el ejide.

«¿Quién, dijo entónces, el Olimpo altera
Sin temor de mis fuerzas y mi rayo?
Quién, celicolas santos, en mi esfera
Pudo meter el miedo y el desmayo?
Muera el villano, el atrevido muera,
Pague la pena su inaudito ensayo:
Por la laguna Estigia, si me enojo,
Que le ha de consumir mi fuego rojo.

»¿Son por ventura los gigantes estos
Que causan vuestro miedo repentino,
Como los otros en el centro puestos
Del alto Pelion, Osa y Paquino?
Que si los espectáculos funestos
Y el fiero rayo que sobre ellos vino
Su soberbio furor no atemoriza,
Hoy se verán resueltos en ceniza.

»Pero ¿qué es esto, que improvisamente
El escabel del cielo titubea?
Dadme, dioses, aprisa el rayo ardiente,
Aterrará el estirpe gigantea:
Arnese toda la divina gente,
Muera la vil canalla, sea quien sea,
Pues contra nuestra fuerza será en vano
La del fiero Tifonte ó Centimano.

»Con el escudo y la gorgonia embista
Contra el contrario estrépito Belona;
Muestre su tirsó Baco en la conquista,
Y el arco suyo el hijo de Latona;
El bravo Alcides denodado vista
Sus fuertes miembros de la piel leona,
Y empuñe la soberbia Molorquea,
Y Marte desenvaine la Romfea.»

Un dios entónces á los otros dijo,
Mirando en ellos el terrible espanto:
«Cese el débil temor vano y prolijo,
Y de las diosas el medroso llanto:
Mejor será que su elocuente hijo
Envie sin tardar Júpiter santo,
Y allá sepa quién es la fiera turba
Que el sosiego á los dioses les perturba.»

Júpiter dijo: «Está muy bien que vaya;
Y haga en nuestro servicio en hora buena
El hijo hermoso de la bella Maya
Lo que el divino consistorio ordena;
Y porque contra su deidad no haya
Cosa mortal que pueda darle pena,
Si la defensa grave no rehusa,
Llévese la cabeza de Medusa.

»Los céfiros, Mercurio, al punto llama,
Y cázate al instante los talares,
Y en sus ligeras velos te derrama;
Parte y visita los terrestres lares:
Mira en Trinaeria si el gigante brama,
Y por todas sus partes y lugares
Si es el temor de nuestros dioses mira
El fuego por su boca que respira.

»Y antes que dejes los sulfúreos montes,
Y para dar la vuelta á las alturas,
Con tus ligeras plumas te remontes
A la region de las estrellas puras;
A Piracmon, Estéropes y Bróntes,
Que en las fraguas están del Etna oscuras,
Di que á forjarme rayos se dén prisa;
Que de ellos hay necesidad precisa.»

»Toda la tierra sin parar circunda,
Y en su redondo círculo examina
Quién levanta el tumulto y barauanda
Que atemoriza la region divina:
Repara en qué su atrevimiento funda,
Que ha de causarles su total ruina;
Que si no son gigantes, es sin duda
Gente más que ellos rigurosa y cruda.

»Mira si son ejércitos de Francia
Temidos por el impetu primero,
O si sale de Italia la arrogancia
Llevando el viento su hablar ligero:
Repara si es la esguizara jactancia,
O los gascones en aspecto fiero,
O si tudescos, gente dada al jarro,
Flamenco astuto ó español bizarro.»

Los alados talones mueve aprisa
El mensajero que del cielo parte;
Los aires mansos denodado pisa,
Revolviendo la vista á cada parte:
Todo cuanto en la tierra se divide
Seguro vió del riguroso Marte,
Oprimida la fuerza de Tifeo.
Y presos los cien brazos de Briareo.

Del tizado Piraemon vió desnudos
Los miembros, nuevos rayos fabricando
De temple duros y de punta agudos,
Castigo justo del soberbio bando:
Los ecos del marcial acento mudos,
Las gentes las cabezas coronando
De verde oliva, de la paz despojos,
Y las puertas de Jano con cerrojos.

Las alas libres por el aire suelta
Con cara alegre y espaciosa sorna;
Los vuelos tiende para dar la vuelta
Al sexto cielo, que su padre adorna;
Y apenas sube, cuando mira envuelta
La cimica ribera en fuego, y torna,
Y mira entonces lo que no habia visto;
Admirase de verlo, y vuelve listo.

Ante el divino claustro se presenta
Con gran fatiga el mensajero alado,
Que en su pecho parece que revienta
Con tanta prisa el corazon cansado:
Pídele luego Júpiter la cuenta
Del caso para donde fué enviado,
Qué ha visto, qué ha notado, cómo y dónde:
Calla el que se la pide, y él responde:

«Bajé á la tierra, visité la altura
De los Sicúlós montes, cuyos senos
Sirven de cárcel fiera y sepultura
De monstruos vivos, de soberbia llenos:
Del cojo herrero vi la fragua oscura,
Y vi con aires y espantables truenos
De sus fuelles y horrisonos martillos
Forjar de alevés vidas los cuchillos.

»El Océano inmenso vi tranquilo,
Sin bullicio de guerra ni alboroto,
Y desde el margen del etiope Nilo
Hasta de Tule el limite remoto:
Vi por el mundo el acerado filo
En las entrañas de la vaina boto,
Hasta que vi en las cimicas riberas
Lucir acero y tremolar banderas.

»En las sutiles auras encubierto
Un campo largo á la redonda giro,
Y cuanto campo miro descubierta,
De dos campos cubierto atento miro;
Y estando ya de lo que quise cierto,
Mis vuelos de la máquina retiro,
Para contaros cosas tan extrañas,
Que las tendréis sin duda por patrañas.

»Del rey Sanguileon la gente cruda
En órden, que era un número infinito,
Vi, y junto á ella para darle ayuda
El mirmillon, el tábano y mosquito:
En su contra la araña vi zancuda,
La chinche, pulga y piojo, que el distrito
Dejaron de su tierra, haciendo liga
Por dar favor al Granestor hormiga.

»Cada uno lleva una caterva inmensa
De gente armada, indómita y gallarda,
Que no hay en todos ellos quien no piensa
Que la victoria para sí se guarda:
Quedó en su vista mi deidad suspensa,
Mi doctilocua lengua muda y tarda,
De manera que casi no me atrevo
A dar principio á lo que vi de nuevo.

»Iba pisando el arenoso puerto
La gente mosca, y con furor marchando,
Cuando á la vista vieron descubierta
Todo el estruendo del contrario bando:
Dejaron todo el ancho mar cubierto
De naves sueltas sin patron nadando,
Que pudieran mejor que las de Enéas
Ser convertidas en marinas deas.

»Y luego al mismo punto que se vieron
Las fieras gentes de los dos caudillos,
Con truenos espantables salva hicieron,
Que pudo el reino del espanto oillos:
Allí los campos sin parar corrieron
Para tener reparo, á dos castillos,
Puestos el uno y otro frente á frente
Para la gente hormiga y mosca gente.

»Ya que las fuerzas fuéron descubiertas
De tanto infante armigero y ginete,
Corre el Sanguileon, y por cien puertas
Del un castillo sus soldados mete:
El Granestor tambien, que miró abiertas
Las del otro que entrada le promete,
Apresurando las veloces plantas,
A los suyos metió por otras tantas.

»Tremolaban al aire cien banderas
Sobre sus torreones poderosos,
Abiertas por los muros mil saeteras,
Y la tierra con mil profundos fosos:
Allí metieron las naciones fieras
Sus fuertes escuadrones belicosos,
Y aunque eran infinitas cantidades,
Eran los dos castillos dos ciudades.

»Estos asilos dos ó fortalezas,
Que dentro de sus muros contenian
Tantas estancias y anchurosas piezas,
Donde tantos ejércitos cabian,
Eran fuertes bestiones, ó cabezas
De tales, porque serlo parecian;
Y eran, segun por las señales hallo,
Calaveras de vaca y un caballo.

»En la de vaca el fuerte Mosquifuro,
Con sus trazas, enredos y marañas
Cerró las puertas, y dejó seguro
En él su campo de enemigas mañas;
Y luego para fuerza y antemuro
Un bestion fabricaron las arañas,
Que fieros mosquetazos resistia
Y balas de contraria artilleria.

»Cien piojos hay las noches y los dias,
Que, sobre el muro altísimo velando,
Están las enemigas compañías
Del rey Sanguileon atalayando:
Cien pulgas andan siempre por espías,
Viendo las trazas del contrario bando,
Y cuando el mosca su intencion divulga,
Lo divulga á su rey tambien la pulga.

»De las abejas los ingenios raros
Tambien hicieron admirable hacienda
De estacadas, bestiones y reparos,
Donde la chusma alada se delianda:
Vense los unos y los otros claros,
Máquinas fabricando en la contienda,
Saliendo á veces á probar sus bríos,
A verse en mil campales desafios.

»Están sobre los altos torreones
Donde la mosca con su gente habita,
Doscientas atalayas mirmillonas
Viendo lo que el hormiga solicita;
Y estos á los amigos escuadrones
Están diciendo con perpetua grita:
¡Al arma, amigos, arma, alerta, alerta!
Que sale el Mosquifuro por la puerta.—

»Después de varios trances y sucesos,
En que á veces se vieron peleando,
Y ya los unos y los otros, presos
Iban llevando del contrario bando,
Llegó á los ejércitos, espesos
De soberbia canalla, el tiempo, y cuando
Hubieron de salir de la muralla
A dar en campo raso la batalla,

»Por un millon de puertas y aberturas,
Resquicios, hendaduras y agujeros,
Salen armados de sus armas duras
Los capitanes y soldados fieros:
Su luz perdieran las estrellas puras,
Puestas en parangon con los aceros,
Que tanto desde léjos relucian,
Que émulos de sus luces parecian.

»Del castillo salió, si bien me acuerdo,
Del rey Sanguileon la gente fiera,
Al campo raso, por el ojo izquierdo
Del soberbio bestión ó calavera:
Ya que con paso más veloz que lerdo
Esta inhumana chusma se vió fuera,
Por el ojo derecho con su gente
Salió volando el tábano valiente.

»Por las partes adonde las orejas
En la cabeza fijas estuvieron,
Por una y otra al campo á las parejas
Dos soberbios ejércitos salieron:
Con la manchega mosca las abejas
Con temerario estrépito vinieron,
Y con estruendo la de Arjona guió
Los tercios de la fuerte Andalucía.

»Por donde las narices y la boca
La bestia caballar un tiempo tuvo,
Salió tanto mosquito, que era poca
La plaga dellos que en Egipto hubo:
Cuando toda la chusma el Rey convoca
Sobre su campo, entre las auras subo,
Llevado al fin del natural deseo,
Y desde el aire cuanto trazan veo.

»Al rey Sanguileon miré entre todos,
Cuyo retrato está en mi mente escrito,
Porque era bien más alto cuatro codos
De los suyos, que el más galán mosquito:
Solicitando trazas, dando modos
Andaba entre el ejército infinito,
Plantando hileras de escuadrones largos,
Banderas reformando, y dando cargos.

»De negras armas iba el Rey cubierto,
Que se las puso por señal de luto
Por su gran Ranifuga, que era muerto,
Y el llanto de sus ojos aun no enjuto:
Su campo ordena el capitán experto
Con un esfuerzo de romano Bruto;
Que si el otro vengó á Lucrecia casta,
Estotro venga al casto de su casta.

»Negra corteza de garbanzo dura
Le dió (¡gran peso!) el espaldar y peto,
Arma contra los impetus segura,
Metal á ofensa alguna no sujeto:
Negra color y natural pintura
Con que daba á entender el rey discreto
Que, muerto el Ranifuga, no se alegra
Con cosa alegre su ventura negra.

»Sobre la temeraria y real cabeza
El negro yelmo por insignia triste
Lleva (¡terrible globo!), de la pieza
Que al cañamon de su dureza viste:
Cubierto desta lóbrega corteza,
Reparo firme que el furor resiste,
Sale mostrando al mundo que cubierto
Le trae de luto el Ranifuga muerto.

»Sobre el caparazon de un negro grillo,
Que de gordo parece que revienta,
El triste Rey, el misero caudillo,
El cuerpo armado á la venganza asienta:
Furioso los ijares del morcillo
Pica, cuyo color nos representa
Por el sin vida Ranifuga el llanto,
Y de sus enemigos el espanto.

»Un negro jabali le dió la lanza
De entre sus negras cerdas la más fuerte,
En quien tiene fundada la venganza
Del Ranifuga y de su triste muerte:
Doce brazadas su largura alcanza,
Firme esperanza de su buena suerte;
Que lo será sin duda cuando venga
Tal, que venga ad al Ranifuga tenga.

»En la derecha mano el asta larga
Furioso empuña de la aguda cerda,
Y abraza fuerte la espaciosa adarga
Negra tambien en la forzuda izquierda;
En cuantas armas sobre el cuerpo carga,
La muerte tan atroz se le recuerda
Del Ranifuga mosca, cuya historia
Las negras armas traen á su memoria.

»El rey Mataballo en diferentes
Escuadras pone su caterva fiera
De tábanos expertos y valientes,
De quien hazanas de valor espera:
El era el gran caudillo destas gentes,
Asombro fiero del contrario, y era
El que quitó la espada á su enemigo,
Que es la que en las batallas trae consigo.

»Este fué desde niño aficionado
Al ejercicio militar, de suerte
Que con cuantos sus fuerzas ha probado,
Han probado con él su misma muerte:
Tal vez de un abejon desafiado
Fué cuerpo á cuerpo el tabanesco fuerte,
En cuyo desafío hizo de modo,
Que se dió á conocer al mundo todo.

»Saliéronse los dos á la campaña,
Que siempre en ella el tábano pelea;
Y el astuto abejon (astucia extraña,
Digna deste lugar, porque se crea)
Llevaba oculta con cautela y maña,
En el remate de su cola fea,
Una espada finisima desnuda,
De filo cortador y punta aguda.

»Y cuando cara á cara arremetia,
Al mismo punto, al revolver del anca,
Con lijereza súbita salia
La arma sutil por entre zanca y zanca:
El tábano feroz, que nunca via
Indicio del acero ó punta blanca,
Sudaba gotas de mortal congoja,
No viendo el filo con que el tajo arroja.

»Pero una vez el tábano, que atento
Estuvo á la revuelta de la cola,
En la mitad del leve movimiento
De aquella espada vió la punta sola:
Quedó con esto su valor contento,
Y los brazos con ánimo enarbola,
Para cuando el contrario le acometa
Guardarle la estudiada contratretra.

»El abejon de revolver no tarda,
Y hácia el tábano fuerte se encamina;
El tábano feroz no se acobarda,
Aunque ve al abejon que se avvicina;
El abejon, que mira que le aguarda,
Al tábano amenaza su ruina;
Pero el tábano astuto, que le entiende,
Al abejon entre sus brazos prende.

»El abejon y el tábano los brazos
Furiosos cruzan con rigor que espanta;
El abejon al tábano los lazos
Le aprieta por la indómita garganta;
Al abejon el tábano pedazos
Quiere hacerle, y por medio le quebranta,
Y el abejon y el tábano, uno y otro
Son de uno y otro atormentable potro.

»Tanto la fuerza tabanesca pudo,
Contraria á la abejonía, que en efeto
La fiera bestia del acero agudo
Murió en los brazos del rigor y aprieto:
Dejó de vida al abejon desnudo,
Sacando por despojos de este reto
El tábano la espada que se ciñe,
Con cuyos filos las batallas riñe.

»El alma triste el abejon vomita,
Que ya sus brazos con la fuerza floja
De la garganta tabanescas quita,
Pereciendo entre rabias y congoja;
Y el que á Anteon contra Hércules imita
Tampoco entonces pudo, que la hoja
Vomitó por atras su triste ojo,
Haciéndola del tábano despojo.

»Espada y hoja propiamente y sola,
De cuya traza y filos imagino
Que el nombre que le dan á la española
Espada, de hoja, de este origen vino:
Era la aguda espada que en su cola
Llevaba el abejon, hoja de espino,
Cuyos filos y hechura dieron nombre
A la hoja que cñe al lado el hombre.

»Quedó el Mataballo muy honrado
Con tal victoria, y desde allí adelante
Cobró reputación de gran soldado,
Y para empresas graves importante:
La espada cortadora dió á su lado,
Que la trasera honró del arrogante
Héctor moscon, que al rey de la Tabana
Como á Aquiles rindió la Duridana.

»Con ella el gran caudillo la órden traza
De formar sus hileras y escuadrones,
Haciendo siempre para el paso plaza
Sus tábanos jinetes y peones:
Si acaso con los filos amenaza
A los suyos, se tienden á montones,
Porque solia llevarse, caso feo,
Seis tábanos y siete de un boleó.

»Grande es el miedo que en los suyos pone
Cuando les muestra la desnuda espada,
Y con industria el escuadron compone,
Sin que soldado le replique en nada:
A la contraria multitud opone
La caterva de tábanos granada,
Cubriendo todo el campo de jinetes,
Arcos, ballestas, dardos y mosquetes.

»La turba de los cenzalos crueles
El rey Asinicedo tiene á cargo,
Formando lucidísimos cuarteles
De fuertes gentes y de espacio largo:
Es gente que en los bélicos tropesles,
Aunque no muestren armas, sin embargo
Son los que más á los contrarios dañan,
Porque con no mostrarlas los engañan.

»Son gentes magras y de fuertes nervios,
De complexion robusta y bravo talle,
Monstruos sin ley, en el pícar protervios,
Sin que en su corazon piedad se halle:
Gente criada entre silvestres cuervos,
En monte despojado ó inculdo valle,
Y que imitando al cuervo, solo intenta
Sacar los ojos al que le sustenta.

»Y aun tengo conjeturas y recelo
Que esta fama rüin que el cuervo tiene,
Los cenzalos la causan cuando el pelo
Del cuervo nuevo á disfrazarle viene;
Porque huyendo los padres, luego el cielo,
Que de los pollos cuida, los mantiene
Destos mosquitos, que á los cuervos hacen
Ser semejantes al manjar que pacen.

»Es esta fiera turba cenzalina
De condición tan bárbara y extraña,
Que va cantando siempre que camina,
Y canta más cuando es mayor su saña:
Gente que á guerra y disension se inclina,
Y que tiene por patria la campaña,
Adonde con la fuerza de sus dientes
Quita las vidas á las chinchas gentes.

»En un pulgon hinchado caballero
Va el rey caudillo desta gente brava,
Vestido el cuerpo, en vez de fino acero,
Del orbe duro que cubrió una haba:
Este caballo y armas el rey fiero
En defensa sacó, porque se alaba
Que por despojos de valor los hubo
Cuando allá en los habares guerra tuvo.

»Esto mirando me quedé suspenso,
Cuando en el eje de los cielos toca,
Atrouando la tierra, un grito inmenso,
Que confieso que á miedo me provoca:
Que al alto Olimpo desencasa pienso
Del gigante feroz la furia loca,
A quien no pude hallar entre la tierra,
O que el divino Júpiter le atierra.

»Fué tanto entonces de mi pecho el miedo
Y el tremor improvisó y sobresalto,
Que sin poder volar me estuve quedo,
De la virtud de mis talares falto:
Revuelvo mi cabeza como puedo
Por el lugar de entre las auras alto,
El campo miro de la hormiga, y veo
Lo que, aunque vi, tal es, que no lo creo.

»Por medio del ejército contrario
Pasó esgrimiendo el cortador acero
Un moscon furibundo y temerario,
Más que las furias del infierno fiero:
Siguíole del hormiga el campo vario;
Pero él, valiente y por igual lijero,
De entre sus uñas y sus armas sale,
Y de su fuerza y de sus piés se vale.

»Sale huyendo del campo del hormiga,
Y hácia el real de la mosca los piés mueve,
Y para que su alcance se consiga,
Espesas gentes el contrario llueve:
Viendo el Sanguileon á la enemiga
Turba tan cerca, saca en tiempo breve
De sus moscas un número sin cuento
Que á los otros retiren al momento.

»No sigue el bando del estruendo alado
La medrosa caterva que retiran,
Que recibiendo entre ellos al soldado,
De tal hazaña y su valor se admiran:
Estaba de correr desfigurado
De tal manera, que aunque más le miran,
Ninguno se halla que conozca ó piense
Que es el señor del valle Barriliense.

»Pero despues que por el habla y señas
Del tártaro el aspecto conocieron,
Allí fuéron las fiestas no pequeñas,
Y los sumos contentos allí fuéron:
Allí rimbomban de las altas peñas
Los ecos que al acento respondieron
De la alada caterva, que en voz viva
Entonaron el victor hasta arriba.

— «Sea bien venido, al tártaro decia
El rey Sanguileon de la Mosquea,
La luz de la mosquil caballería,
Adonde Marte su furor emplea:
La defensa de nuestra monarquía,
La parca de la hormigena ralea,
El que con verle de mi rostro enjuga
Las lágrimas que causa el Ranifuga.

»¡Oh capitán, firmísima esperanza
De la fortuna de la gente nuestra!
¿Qué prolija prision ó qué tardanza
Ha tenido cautiva vuestra diestra?
¿Qué tormento ó qué súbita bonanza
Os trae del mar y á vuestra gente os muestra:
Que todos os lloráramos con pena
Que en vos no se cebase la ballena? —

»No sé si el rey moscon le dió respuesta,
Mas al un rey miré del otro asido,
Y á la turba mosquina haciendo fiesta,
Todo en memoria del recién venido;
Y entre esta gente y la contraria opuesta
Salió hiriendo los aires un bramido,
Que ninguno de tantos oírle pudo
Sino era yo, del sér mortal desnudo.

»En el un campo y otro vi que andaba
Zurciendo la solícita Meguera,
Que rabias, iras y rencor sembraba,
La fiera furia entre la gente fiera;
Y viendo que con prisa se acercaba,
Sin que me viese retiréme afuera,
Temiendo del mirar de la mal quista,
Que no me emponzoñase con su vista.

»Los talaes con ánimo prevengo,
Y de su vista á más volar me aparto,
Y á no verla sin duda me detengo,
Hasta ver de la guerra el fiero parto.
Esto, deidades, á contaros vengo,
Y dejo ahora de contaros harto
Que el miedo mio relatar no osa;
No se nos sobresalte alguna diosa.»

Esto al concilio de los dioses dijo
En la esfera de Jupiter Cilenio,
Quedando absortos con su hablar prolijo,
Más de la novedad que de su ingenio:
Calló de Maya el elocuente hijo;
Y de los dioses el divino genio,
Como la nueva á espanto le provoca,
Arqueó las cejas y frunció la boca.

Jupiter dijo desde el trono alto
A los dioses sus súbditos: «Confieso
Que me causa la nueva sobresalto,
Y el grande miedo me ha tenido preso:
No se asomen á ver el fiero asalto
Los dioses celestiales; que el suceso
Temo que les provoque á alguna pena,
Cosa sin duda á su deidad ajena.

»Quédese el mundo de tinieblas lleno
Mientras que pasa tanta desventura;
No ponga Febo á sus caballos freno,
Ni el carro saque de su lumbre pura;
Estése en tanto de su luz ajeno.
Y todo el tiempo que la guerra dura,
A las puertas del cielo echen la llave,
Y no las abran sin que el daño acabe.

»Delia la plata de su faz redonda,
Con cuya hermosa luz al mundo alegra,
Mientras pasa furor tan grave, esconda,
Y sin ser vista de la noche negra,
En ninguna manera corresponda
Con luz; que el mundo todo es otro Flegra;
Ni en forma ya de tajador se ofrezca,
Ni rebanada de melon parezca.»

Dijo; y de la basilica el espacio
Desocupan los dioses al momento,
Y pasan por las salas del palacio
Con más veloz que tardo movimiento:
Sola mi torpe pluma va despacio;
Mas ya contra la flema y vuelo lento
La desgredada Eumenide la mira,
Y para entrar, con furia se retira.

CANTO X.

Después que tuvo el tártaro pagano
To'la la chusma moscatel absorta,
Relatando sus hechos, que al romano
La fama dejan de los suyos corta;
Alegre el rey Sanguileon y ufano,
Como aquel que conoce cuanto importa
Un capitán que, tras el ser valiente,
En órden ponga la bisona gente;

Convoca las indómitas cabezas,
Caudillos fuertes de su gente brava,
Y repite los hechos y proezas
Que el que las hizo de contar acaba;
Y visto en sus hazañas las certezas
Del gran valor que el tártaro mostraba,
Por general publican que se elija,
Que se le dé el baston, y el campo rija.

Parte á su tienda el rey de la Mosquea,
De una espesa caterva acompañado;
Porque en la tienda suele está ralea
Sustentar un ejército alojado:
En la tienda del tártaro se apea,
Que estaba de moscones rodeado,
Los cuales, viendo su señor presente,
Se levantan y danle en que se asiente.

«Moscon Sicaboron, á vos se os debe,
Dijo, de general el nombre y cargo;
A vos, que sin temor del Anstro alevé,
Del mar nadastes el espacio largo;
A vos, á cuya fuerza no se atreve
La hambre á derribar, pues sin embargo
De la suya, á tres pulgas muerte distes,
Y la liendre que asaban os comistes;

»A vos, que por en medio del estruendo
De los contrarios con furor pasastes,
Y el acero con ánimo esgrimiendo,
La vida de sus manos escapastes;
A vos, primo, esta vez hacer pretendo,
Porque con gran valor lo granjeastes,
General y cabeza de mi gente:
El baston recibid, moscon pariente.»

El rey de la Mosquea cerró el labio,
Cuando el Sicaboron el suyo arrima
Al dorado baston, diciendo: «Agravio
Haceis á dignidad de tanta estima.»
Era el Sicaboron mosquito sabio,
Aunque terrible y fiero por su clima,
Y en lo que es elocuencia y cortesia
Pocos como él en todo el campo había.

El cargo acepta el capitán valiente,
Y manda, sin que un punto se dilate,
Que se arme toda la robusta gente
Y se aperciban al mortal combate:
Vuela por todo el campo diligente
La voz que afuera echó por su gaxnate
El general soberbio, que el primero
Viste las armas y el doblado acero.

De una uña de hombre el cuerpo viste,
Que al más duro metal su fuerza iguala,
Arma cruel, para los pijos triste,
Que su muerte á los miseros señala:
Reparo temerario que resiste
El fiero golpe de arrojada bala.
Carga que si del tártaro no fuera,
No hubiera quien vestirsela pudiera.

Pero, ¿qué grito súbito resuena
Del polo en la convexa superficie
Con más furor que cuando el Anstro truena,
Que parece que el cielo se desquicie?
Arriba sube con furor la arena;
¿Quién puede haber que al cielo maleficie?
Que el polvo denso mas que espesa nube,
Contrario á Febo y á sus rayos sube.

«¿Aparta, aparta, plaza, plaza, paso!»
¿Por quién dará la gente tales voces?
Mas ya descubren manifiesto el caso
Los miembros caballares y feroces:
El famoso Bucéfalo, el Pegaso,
El animal veloz entre veloces,
El lijero Babieca, el gran Bayardo,
Y el más que todos sin compas gallardo;

El caballo leal del rey de Buta,
Haciendo cabriolas y corvetas,
Con piés y manos el arena enjuta
Arroja á la region de los cometas:
Con no le haber domado maña astuta,
El por causas ocultas y secretas,
Como el otro Bucéfalo, al Rey fiero
Humilde se le muestra cual cordero.

Grillo tambien se llama, no de aquellos
Morcillos del gran rey de la Mosquea,
Que, aunque ellos son más gordos y más bellos
Que la casta de estotros y ralea,
Estos alzando los altivos cuellos
Tanto suelen saltar, que no hay quien crea
Que el salto suyo pueda ser tan alto,
Que setecientas pulgas pase un salto.

Y llamarse esta bestia Grillo tiene
No pequeño misterio, y se responde
Que el nombre suyo derivado viene
Del simil que á los grillos corresponde;
Que como el que los presos piés contiene
Dentro en los grillos, á la parte adonde
Parte, de libertad estando falto,
No llega presto, si no apresta el salto.

Así del grillo el nombre se deriva
Al que con tanta fuerza y lijereza,
A poder de los saltos, hácia arriba
Camina con tan súbita presteza;
Mas ya el discreto en la razon estriba,
Y no le satisface la agudeza
Que, siendo el grillo obstáculo del vuelo,
Le usurpe el nombre aquel que salta al cielo.

Porque la duda grande aquí se acabe,
Respondo, si figuras de retórica
El que en el caso duda entiende y sabe,
Y si es versado en la lección histórica;
Que aun en historia cual la nuestra grave
Hay figura, y en práctica y teórica,
Por lo cual á la cosa el nombre damos
Contrario á los efectos que le hallamos.

De la madre Cibéles los varones,
Sus sacerdotes frigios, se llamaron
Gallos, siendo castrados y capones,
Que para el ministerio se castraron:
También con este nombre de pelones
La gente de Castilla motejaron
A los sin pelo; frásis que hasta hoy dura,
Que impuso la retórica figura.

Y esta razon sin duda es concluyente,
Y el simil verdadero con que arguyo
Claro muestra el origen, y patente
Principio singular del nombre suyo;
Y porque no parezca impertinente
Cuestion de nombre, con decir concluyo
Que como uno pelon y el otro gallo,
Grillo se llama nuestro gran caballo.

En este el rey Sicaboron cabalga,
Temblando al golpe de sus piés la tierra;
Que en él no teme el tártaro aunque salga
Toda la chusma que el infierno encierra;
Y porque ménos la defensa valga
A la contraria gente de la guerra,
La adarga embraza y asta larga empuña;
Que armas tan fuertes son como la uña.

Una reseca costra que en el lomo
Gran tiempo tuvo algun rocin matado,
Y el sol la puso dura, adonde el plomo
No tiene fuerza, en balas arrojado,
Embraza el fuerte Barriliense, y como
Soldado en el valor aventajado,
De su lanza cruelísima se encarga,
De horrendo peso y sin medida larga.

Mira de los soberbios mirmiliones,
En órden puestos por su rey Mirpreado,
Los bravos y lucidos escuadrones
Que al infierno pudieran causar miedo:
Armados miró el Rey á sus varones
De ricas armas y con tal denuedo,
Que ya á los mirmidones y Mirnuca
Se le antoja que el impetu trabuca.

De una ala de murciégalo vestido
Va de piés á cabeza el Rey, y lleva
La visera fortísima que ha sido
De los golpazos del Mirnuca prueba:
Es arma valerosa que ha sufrido
Furibundos encuentros; arma nueva
Del orbe, en cuyo cóncavo se encierra
El mijo, fruto de la estéril tierra.

De lo que el Barriliense hizo el escudo,
Estotros hacen petos y espaldares,
Por ser efecto de su rostro crudo,
Estrago de los miembros caballares:
La dura punta del acero agudo,
Probada en estas armas singulares,
No tiene fuerza, porque allí se queda,
Sin que pasar la de la costra pueda.

No canto aquí las armas por extenso
De tanta gente y de caudillo tanto,
Porque metiera á los mirones, pienso,
En mar de confusion y caos de espanto;
Porque, como el ejército era inmenso,
También inmenso habia de ser mi canto,
Y eran pocas cien lenguas, bocas ciento,
La voz de hierro y infatigable aliento.

¡Qué de marqueses, duques, condestables,
Capitanes, allérecos, sargentos!
Qué de trajes diversos y admirables
Se ofrecen á la vista por momentos!
Qué diferentes trazas, qué variables
Se ven de los magnates los intentos!
Qué lenguas de naciones infinitas,
Tabanas, mirmiliones y mosquitas!

Nunca tan grande máquina mantuvo
Dentro ni fuera de sus muros Roma,
Ni en la casa de Meca nunca tuvo
Tal variedad el hueso de Mahoma:
La Babilonia que en la torre estuvo,
Donde se originó todo idioma,
Con esta de las moscas comparada,
Todo es, sin duda alguna, poco ó nada.

No cuento en las banderas y estandartes
Insignias, hieroglíficos y empresas,
Ni los pendones que por todas partes
Estaban tremolando en astas gruesas;
Las municiones, tiros, baluartes,
Las grandes amenazas y promesas,
Los atambores, pifanos y cuernos,
Y el són que alborotara á los infierros.

Cansada fuera de escribir mi pluma,
Y mi cabeza por igual cansada,
Cuando quisiera alguna breve suma
De todo el campo proponer cifrada;
Pero lo que es más justo que resuma,
Por ser cosa entre todas celebrada,
Es la oracion que estando todo á punto
Hizo el tártaro rey al pueblo junto.

Mal año en la catónica elocuencia,
Cuando el del valle Barriliense aboga;
Que solo él en la oratoria ciencia
El nombre á los retóricos deroga:
Si de los senadores en presencia
El se vistiese la cerulea toga,
Presumo, Ciceron, que el nombre tuyo
El tártaro cascase con el suyo.

Si lengua y fuerzas por igual tuviera,
Como el Sicaboron, el que fué tipo
En la ateniense escuela, nunca fuera
Señor de Grecia el macedon Filipo;
Y no me alargo, que si Atenas viera
El que en palabras y obras anticipa,
Es cierto que Demóstenes y Esquines
Se quedarán absortos matachines.

«Ya, quirites moscones, dijo, llega
El rico y venturoso tiempo cuando
Se ha de mostrar en la marcial refriega
La virtud interior de nuestro bando:
Ya el nombre singular que el ocio os niega
Cobrar podréis ahora peleando,
Dejando siempre vuestra fama viva
Si el hado inicuo de la vida os priva.

«Ya el corazon, amigos, me revela
Que en las parleras lenguas de la fama
Por todo el mundo vuestro nombre vuela,
Y con titulo heróico se derrama:
Ya de su cola los cañones pela;
¿A quien tal gloria el corazon no inflama?
Porque quiere con ellos vuestras glorias
Escribir para siempre en las memorias.

«Ya miro que en el cielo os aperciben
Escanos ricos y lugar eterno,
Adonde con los héroes que allá viven
Participéis del celestial gobierno:
Ya vuestros nombres inclitos se escriben
De la caterva heróica en el cuaderno,
Y al són de los marciales atambores
Recibís de los dioses los honores.

«Esta gloria, quirites, es debida
A los famosos por divina suerte,
Por paga eterna de la heróica vida
Que tuvo fin con su gloriosa muerte:
Pues ¿en qué pecho la virtud dormida
Estará, que á la fama no despierte
De premio tal, que la virtud le pone
Al que á seguir sus pasos se dispone?

»La justicia teneis de vuestra parte,
Y á la razon con ella, y es sin duda
Que en contra destas nunca el fuerte Marte
Presta favor ni con su fuerza ayuda :
Todo mosquito con valor descarte
El vil temor y á la razon acuda ;
Que no tendrá fortuna tanta fuerza,
Que los intentos de justicia tuerza.

»¿No se estaba en sus cámaras metido
El rey Sanguileon, y entre pebetes,
Cuando llegó el soldado mal herido
Penetrando sus íntimos retretes ?
El fiero hormiga, el Granestor ha sido
Quien con cien mil peones y jinetes,
Siete mil moscas á traicion vendidas,
Hizo que diesen al rigor las vidas.

»Al Ranifuga le apretó el gatzate,
Y dicen que por todas las paredes
Las moscas presas en aquel combate
Se ven del Mosquifuro entre las redes :
Pues ¿ es razon que nuestras gentes mate
Este tirano vil, este Diomédés,
Que en sus caballerizas, de sus potros
Dice que cebo hemos de ser nosotros ?

»Ya veis que nuestras fuerzas por momentos
Los retos del Putrifola aniquilan,
En que reta el licor que los jumentos
Por su vista á menudo nos destilan :
Pues aquellos pestíferos hambrientos,
Y unas arañas femeniles que hilan
Como mujeres débiles, ¿ se atreven
A resistirnos sin que el pago lleven ?

»¿Cuál será aquel valiente caballero,
Más fuerte y más privado entre los mos,
Que en nuestro nombre rete el flaco acoro
Y fuerza poca en los contrarios brios ?
Si vuelve victorioso, como espero,
Por premios de tan grandes desafíos,
De la hija del rey de la Mosquea
Hará su padre que marido sea.»

Calló; y las gentes con temor se miran,
Con el miedo temblandoles la barba,
Y todos de la empresa se retiran,
Aunque en sus pechos el amor escarba :
Por la infanta sus ánimos suspiran,
Mas solo al caso sin temor se engarba
El fuerte Asinicedo, que había sido
De los virotos del Machin herido.

»Yo, dijo entónces, de salir prometo,
Buen rey, si se me cumple la promesa ;
Que no dudaré yo por tal sugeto
Que solo emprenda tan heróica empresa :
Contra la vil canalla echaré el reto,
Y llevando en mi mano un asta gruesa,
La arrojare en su ejército con brio,
Dándoles á entender el desafío.

Grande contento el tábano y mosquito
Con la razon del Cénzalo tuvieron,
Y para asegurarle en el camino,
De fortisimas armas le vistieron :
Dióle el Matabalho el yelmo fino,
Y el rey Sicaboron la lanza, y vieron
Al mancebo gallardo, que en un punto
Se puso al campo del hormiga junto.

No estaba del contrario media milla,
Si tres mil pasos hacen una entera :
Tres mil, digo, de un piojo; y así trilla
Todo el espacio en sola una carrera ;
Y en llegando al ejército, en la orilla
Levantando del rostro la visera,
Que era un profundo cóncavo de mijo,
La voz alzando, á los contrarios dijo :

« Caballeros jinetes y peones,
Que hechos en nuestra contra engrudo ó liga,
Venis acompañando los pendones
Que al campo saca el Granestor hormiga :
Mis palabras oid, pulgas varones,
Que hembras entiendo que es mejor os diga ;
Oid, chinches y arañas, mis despachos.
Ora os tenga por hembras ó por machos.

»Yo, un soldado mosquito, cuyo nombre,
Mientras os digo mi embajada, callo,
Porque mientras os hablo no os asombre,
Que por esta razon quiero excusarlo :
Si no es que acaso, sin que yo me nombre,
Conoceis en mis armas y caballo
El fiero estrago de pulgona gente,
Y por renombre al Cénzalo valiente ;

»A tí, el hormiga, pulga, chinche ó piojo,
Que con más que sobrado atrevimiento
Dijiste que retabas el despojo
Con que el rocin nos sirve y el jumento :
A tí, el araña, que aunque en fuerzas flojo,
A traicion con tu raro entendimiento
Traidores tiros con engaños labras,
Con que nuestros mosquitos descalabras ;

»(Prestad á mi retórica el oido
Pero no imaginéis que así la llamo
Porque con dulce método os convido,
Cuando por daros cruda muerte bramo :
Retórica la llamo, que ha tenido
Origen deste reto, con que infamo
Vuestro nombre; y saliendo desta fuente,
Retórica la llamo propiamente.)

»Reto el primero al Granestor, y luego
Reto al Mirnuca en el lugar segundo,
Pues con las armas de Sinon el griego
La muerte dieron á la flor del mundo :
Reto el granero tenebroso y ciego
En cuyo seno cóncavo y profundo
El trigo encierran que á las aras quitan ;
Y reto el modo con que á Caco imitan.

»Reto los granos y tambien las pajas
Que avarientas guardais por todo el año
De vuestras trojes en las partes bajas,
Sin que conozca de la lluvia el daño :
Reto del pan cocido las migajas
Que, presurosas, con cuidado extraño
A vuestra oscura cueva llevais puestas,
Cual ganapanes en efecto, á cuestras.

»A los piojos sacrilegos y fieros
Reto, y al Fífolgel, su gran cabeza ;
Que cabeza de piojos bandoleros
No es, á mi parecer, de envidia pieza :
Sus matadores íntimos aceros
Reto; no los que cubren su fiereza,
Sino aquellos de la hambre matadores,
Por ser ellos tan grandes comedores.

»Reto los cuernos y la punta aguda
Que cada piojo en su cabeza muestra ;
Que en efecto juntó gente cornuda
El Granestor hormiga en contra nuestra :
Sus ocho pies les reto; que, sin duda,
Para huyendo escapar la vida vuestra
Bien habréis menester, piojos hambrientos,
Volver los ocho pies en ochocientos.

»Al Caganielo pulga y sus secuaces
Reto, y tambien sus atrevidas bocas
De sangre chupadoras y vivaces,
Fiereza suma en sus presencias pocas :
Reto sus dientes fieros y mordaces,
Los saltos altos y sus furias locas ;
Bestias en fin que el polvo de la tierra
Produjo al mundo para hacerle guerra.

»Reto la chusma de Letiria sucia
Y al capitan Putrifola hediondo,
Y de uno y otros la presencia lucia
De su asqueroso círculo redondo :
Reto de todos la medrosa astucia
De recogerse en el resquicio hondo ;
Y el agujero en que se aprietan reto,
Y de ponerlos juro en mas aprieto.

»Reto los ocho piés del Mosquifuro,
Y las redes que en daño nuestro traza,
Y de pasar con mi caballo juro
Por ellas, para ver cómo se enlaza :
Las pelotas le reto que del muro
Arroja, con que á todos amenaza :
Reto sus miembros y sus barbas blancas,
Y de su gente vil las ocho zancas.

»A todo vuestro bando en su presencia
Yo, de mi campo y rey legado y nuncio,
De vuestra desventura la sentencia,
Sin que aproveche apelacion, pronuncio :
Hoy castigo tendrá vuestra insolencia,
Muriendo en la batalla que os anuncio,
Y en señal que con ella os amenazo,
La lanza recibid que os da mi brazo.»

El brazo entónces denodado extiende,
Atras lo vuelve y luego lo adelanta,
Y con el asta larga el aire hiende :
¡Oh amor inmenso por la bella infanta!
La chusma, que ve el ímpetu, no entiende
Que tuviera mosquito fuerza tanta,
Que el asta como rígida saeta
Por las contrarias suyas entremeta.

Pues decir era el asta como quiera :
Yo puedo asegurar que hiciera harto
Cualquier soldado que valiente fuera,
Si meneara de la lanza un cuarto :
Un árbol alto y temerario era,
Entero leño de un soberbio esparto,
Que, como si no fuera de algun peso,
En medio la arrojó del campo espeso.

Causó en el campo del hormiga asombro,
Porque ignoraban que animal humano
Pudiera echar tan grave carga al hombro,
Ni abarcar tan gran leño con la mano ;
Y prosigue el mosquito : «Yo me nombro
El crudo azote del pulgon villano ;
Llámome, si ántes no os moris de miedo,
El cenzalino rey Asinicedo.»

Dijo; y volviendo de la bestia el anca,
Les muestra á los retados el cocote,
Y el caballo pulgon furioso arranca
Del campo al punto con lijero trote :
¡Oh qué de tierra que el caballo atranca!
Virtud del ceguezuelo del virote,
Que encarándole el arco de hito en hito,
Traspasó el corazon del rey mosquito.

Al punto el Mosquifuro le dispara
Desde el campo relámpagos y truenos,
Tiros soberbios á su cuerpo encara,
De fuego vivo y pestilencia llenos :
Si el lijero caballo no llevara,
Que era el mejor del campo entre los bucnos,
Los retos del mosquito yo aseguro
Que vengara el ardid del Mosquifuro.

Del campo el fuerte Cénzalo se aleja,
Y de la fuerza de sus golpes crudos
El buen caballo alijero se queja,
Con los ijares de la piel desnudos :
Dice el mosquito que á los otros deja
De puro espanto de su reto mudos,
A batalla campal desafiados,
Y hasta los mismos tuétanos retados.

Entraron las hormigas en consulta
Con la pulga y araña, chinche y piojo ;
Que ya la rabia de su pecho oculta
Patente muestran y el rencor y enojo :
Al fin de un largo cónclave resulta
Que al esparcir sus hebras el dios rojo
Teggan su gente en órden en campaña
La pulga, chinche, piojo, hormiga, araña.

Voló luego la voz, dejando absorta
La furiosa caterva, á quien avisa
Que en breve tiempo y en distancia corta
Todo hormiga soldado se arme aprisa :
«Mucho, dijo el Mirnuca, mucho importa
En tal necesidad y tan precisa
Que al punto nuestro campo al enemigo
Y al retador blasfemo dé el castigo.

»El Mosquifuro con los suyos tenga
Su lugar en el muro, y sus enredos
Y cavilosas maquinas prevenga
Contra los mirmiliónicos denuedos :
El Fífolgel con sus escuadras venga,
Y los del Caganielo se estén quedos
Hasta que den la seña desde el muro
Las piezas que dispara el Mosquifuro.

»A nuestro magno Granestor se encarga
Una escuadra feroz de gente hormiga,
Todos con armas dobles y asta larga,
Que repriman la cólera enemiga :
Cubriendo el pecho de espaciosa adarga,
Luego mi escuadra sus pendones siga,
Y tras ella el famoso Caganielo
Con gente de la Pullia enlute el suelo.»

Esto dijo el Mirnuca; y al instante
Que los soldados su razon oyeron,
A dar órden y traza en lo importante,
Y armarse para el caso se partieron :
De fino acero, hermoso y rutilante
Los varoniles miembros revistieron,
Y el corazon de rabia, de manera
Que palpitaba por salir afuera.

Armase el Granestor y al campo sale
Vestido del terrible y fuerte globo
Que al trigo cubre, porque el rey se vale
De armas en que sus fuerzas hacen robo :
No hay dura punta que su peto cale,
Ni hay en los montes de la Arcadia lobo
Hambriento que la oveja así persiga,
Como á las moscas este rey hormiga.

Aunque era viejo el Granestor, tenia
De una robusta juventud asomo,
Que más en su vejez resplandecia,
Aunque era engaste de diamante en plomo ;
Porque, con ser decrepito, solia
Cargar alguna vez sobre su lomo
Un entero y pesado grano de haba,
Y en su caverna lóbrega lo entraba.

Una espiga de trigo le dió el asta,
Que á las demas excede en agudeza,
Contra la cual y su rigor no basta
El peto de más sólida corteza :
Con esta lanza y su valor contrasta
Del contrario enemigo la fiereza,
Haciéndose temer el fuerte hormiga
A poder de los botes de su espiga.

De la piel de un gusano el Mosquifuro
Soberbio armado va de punta en verde,
Por ser reparo tan terrible y duro,
Que nunca falta ni su fuerza pierde ;
Y aunque iba sin las armas bien seguro,
Quiere que en los cien piés se le recuerde
Aun á Jupiter santo y soberano
El miedo que le puso Centimano.

Lleva la piel vestida de manera,
Desde la zanca larga hasta la cara,
Y todos los cien piés saliendo afuera,
Que aun á los dioses pienso que espantara :
Ninguno su figura y talle viera,
Que en viéndole al momento no juzgara
Que su semblante temerario y feo
No era la misma forma de Briarico.

Con una escama de animal marino
Armado el fuerte cuerpo y temerario,
El general de los hormigas vino
Amenazando el traje á su contrario :
Más reluciente que de acero fino
Era el lucido peto extraordinario,
Por ser arma vistosa y peregrina
La escama que vistió de la sardina.

Una redonda escama cubre el pecho,
Otra la espalda contrapuesta cubre,
Otra le dió el escudo de provecho
Que brazo y mano con su anchura encubre :
En el brazo fortísimo derecho
El asta temeraria se descubre.
Que el mismo pez marino de su lomo
Le dió la lanza de terrible tomo.

La espina raspa por su lanza enristra ;
Y aunque del lomo de la bestia horrenda
Con el soberbio brazo la administra,
Sin que su peso y gravedad le ofenda ;
La punta aguda para herir registra,
Porque piensa el hormiga en la contienda
Espetar en su lanza, por la punta,
Del fuerte mirmilion la hueste junta.

¡Oh quién hubiera visto por sus ojos
Sobre una gran langosta caballero
Al Fífolgel, caudillo de los piojos,
Que iba delante dellos el primero!
Reventando de cólera y enojos,
A su caballo alijero lijero
Con el freno los impetus refrena,
Que al cielo arroja la menuda arena.

El Putrifola chinche con dos alas
De gente fuerte de Letiria infantes,
Todos cargados de veloces balas,
De las más duras armas penetrantes,
Sale, y cubiertos de bizarras galas,
Se llegan á ocupar su puesto, y antes
Llega el Mirnuca, y con prudencia entabla
El escuadron, á quien esfuerza y habla.

¡Quién ponderar pudiera las razones
Que el general Mirnuca les decía,
Alentando los flacos corazones,
Y el ánimo que en ellos infundía!
En sus lenguas hablaba á las naciones,
Porque todas sin duda las sabía,
La arañil, hormiguera y la piojesca,
La chinchona, letirica y pulguesca.

Era el Mirnuca capitan muy diestro,
No como otros que al campo apénas salen
Cuando quieren que á diestro y á siniestro
Todas las fuerzas del contrario talen:
Maduramente, como gran maestro,
Mira los escuadrones cómo salen,
Y en partes convenientes los aplica,
Y arduos e invenciones les fabrica.

¡Oh cuál andaban ya las furias locas
Dando por los ejércitos carreras,
Llevando abiertas sus terribles bocas
Vomitadoras de ponzoñas fieras!
Los corazones débiles en rocas
Convirtiéndose van, y ellas lijeras,
Sembrando mil pestíferos venenos,
Dejan los campos de furores llenos.

Sus cabellos cerásticos desmiembra
Tisifone la fiera, que con ira
Por el mosquino ejército los siembra,
Y á todas partes con soberbia tira:
Por el estruendo varonil la hembra
Rabiando pasa y vomitando gira,
Sin dejar parte en cuanto el campo ocupa
Donde fuego no vierta y rabia escupa.

Una serpiente vibora le arrima
Al rey Sanguileon al diestro lado,
Que á la venganza su furor le anima
Del muerto kanifuga no vengado:
La memoria de nuevo le lastima,
Llegando á sus entrañas el bocado
Con que la mala vibora le aqueja,
Más que el alano al toro por la oreja.

La furia Alecto con la misma saña
Furiosa arranca su encrespada greña,
Y arroja con furor por la campaña
Los monstruosos cabellos que desgreaña:
Los corazones rigurosa ensaña,
Y en ellos mismos dibujado ensaña
La afrenta y el agravio cometido,
Las muchas muertes y el honor perdido.

Al Caganuelo pulga representa
Del Ranifuga mosca la osadia,
Cuando el púlico alcázar vió su afrenta,
Tinto en la sangre de su gente un día:
Al Fífolgel castiga y atormenta,
Recordándole aquella tiranía,
Cuando en el campo cutico murieron
Los piojos que á la pulga ayuda dieron.

La endiablada Meguera á las hormigas
Les trae á la memoria el grande estrago
Que hicieron las canallas enemigas
Cuando chuparon de la sangre el lago:
Que nunca en tantas bélicas fatigas
Ellas se vieran si en el día aciago
La nube de las moscas no llegara
Y la sangre pitónica chupara.

En lo interior del ánimo predica,
Y á los sentidos de la hormiga gente
Mil figuras diabólicas aplica,
Incitadoras de furor ardiente:
El suceso feroz les pronostica,
Y aquí y allí volando diligente,
Royendo fuertes corazones, pasa,
Y en colérico fuego los abrasa.

«Mirad, secretamente les pregona,
Que sois sangre sin par de aquella bestia
Que al soberano parto de Latona
Pudo causar temor y dar molestia:
Pues si esto, hormigas, vuestra fuerza abona,
Solo podrá servir vuestra modestia,
Si os haceis miel, de que la mosca os coma;
Que ya el camino para hacerlo toma.»

Ya del infame tósigo y veneno
Por las fieras hermanas esparcido,
El un campo y el otro estaba lleno
Y á la campal batalla apercebido:
Ya vomitaron del furioso seno
El rencor que del reino del olvido
Las tres sembraron, que en los pechos fuertes
De la chusma produjo horrendas muertes.

Ya las chicharras con estruendo y grita
Están las duras erres redoblando,
Y la caterva bélica infinita
Los soberbios escudos embrazando:
La voz á los sonipedes incita,
Y por salir furiosos relinchando,
Espuma vierten y los frenos muerden,
Y con la alteración el orden pierden.

¡Ay, ay, hormigas! De tan fiera Erine
¿Quién habrá de vosotras que se esconda?
¿Quién que la tierra con sus uñas mine
Sin que el hado comun le corresponda?
Mas ¿á qué parte iréis donde no atine
Némesis la soberbia con la honda
Que ya á su dedo con rigor enlaza
Con que la muerte á todos amenaza?

Ya el enemigo que salgais aguarda;
Ya avisan las chicharras la salida;
Ya soplan las Euménides porque arda
La llama en vuestros pechos encendida:
Solamente mi pluma se acabarda;
Sin entrar en batalla va vencida;
Pero démosle un corte; que con tanto
Saldrá lijera y perderá el espanto.

CANTO XI.

Polimnia, tú que tus virgineas sienas
Del incorrupto lauro, eterna gloria
Del sacro Febo, coronadas tienes,
Que eternizan en tí fama y memoria:
Si á dar ayuda á quien te invoca vienes,
Presto tendrá dichoso fin la historia
A quien con tu favor principio diste,
Porque sus trances y remates viste.

Si acaso inspira tu memoria eterna,
Y fuerza prestas á la flaca mia,
Que en este mar inmenso se gobierna
Por tu espíritu manso que la guía;
Si en un estrago tal la sed interna
Que el vil temor en sus entrañas cria,
El aura dulce de tu aliento apaga,
Avivando mi voz, que el miedo estraga;

¡Qué de sucesos varios y inauditos
El alma me estimula que prometa,
Por histórica pluma nunca escritos,
Ni por voz modulados de poeta!
Qué de golpes horrendos, infinitos,
Que obligaron al délfico planeta
A cerrar las cortinas de su coche,
Dejando al mundo en tenebrosa noche!

Al principio, Libétride, en mi idea,
Que el concepto confuso me enseñaste
Desde el principio que de la Mosquea
La formación y círculo notaste,
En tus manos el agua, hermosa dea,
Favores soberanos me enviaste,
Y fué tan poca, que, contando estragos,
Se me acabó el licor á pocos tragos.

Mas ya que á cosas grandes me adelanto,
Y tan cercano de la vista tengo
El sumo miedo y el mayor espanto,
Y que casi temblando á cantar vengo;
Para que más feliz prosiga el canto,
Musa, mayores ruegos te prevengo;
Que si su fuerza á tu deidad inclina,
Saldrá mi voz alegre y más ladina.

No pido de Aganipe ni Sebeto
Para mis cantos el cristal del agua,
Ni la que tuvo del caballo efeto,
Que la alta cumbre de Helicon desagua;
Que aunque pudieran en cualquier aprieto
Matar el fuego de mi ardiente fragua,
Y especial este en que mi pecho teme
Que envuelto en fuego bélico se queme;

Pero porque el valor y esfuerzo sobre
Cuando más en la horripóna pelea
Me sobresalte el miedo, y fuerzas cobre,
Donde la tuya sin igual se vea;
Al que, de aliento y de conceptos pobre,
Implora tus favores y desca,
Con mayores ventajas los aplica,
Y tus gracias reparte y comunica.

¿Es posible que no tiene el Piérido
Ni el alto Citeron adonde quepa
Para un necesitado ministerio
La fructifera parra y fértil cepa?
Es posible á quien tanto el hemisferio
De vuestros montes sacrosantos trepa,
Que en su círculo y máquina redonda
Esta divina planta se le esconda?

Y si á tu vista se descubre acaso,
Y del licor que largamente arroja
Desde la excelsa cumbre del Parnaso,
Favorecer mis ruegos se te antoja;
Si dél me ofreces el colmado vaso,
Y mis livianos su licor remoja,
Presto verás lo que en acentos obro,
Las grandes fuerzas y el vigor que cobro.

Verás, hermosa ninfa, cómo saco
La voz alegre al canto que pretendo,
Y de módulos lleno el aire opaco,
Con que mi acento en su región extiendo:
El vivo aliento de mi pecho flaco
Saldrá, y verás que el furibundo estruendo
De la bélica fuerza que describo
No sale un punto del origen vivo.

Si el sacro humor en mi interior destila,
Verás al mismo instante, ninfa sabia,
Cómo al entendimiento despabila
De la ignorancia que su luz agravia;
Verás, como miraste á la Sibila,
Mi pecho lleno de inaudita rabia,
Y el divino furor de la Cumea
En los visajes de mi cara fea.

Mas ya los truenos con su grito avisan
A mis sentidos que la chusma llega,
Y unos con otros los contrarios pisan,
Dando principio á la sin par refriega:
Ya acelerados los caballos pisan,
Y la vista del cielo el polvo niega,
Y ya en los altos y profundos centros
Retumban los intrépidos encuentros.

La espuela el fuerte Asinicedo arrima
Al ligero pulgon, que al punto vuela;
Miraló el crudo Fífolgel, y anima
Su caballo langosta con la espuela:
Si el soberbio mosquito pone grima,
La sangre el piojo á quien le mira hiela;
Sigue al valiente Cénzalo su gente,
Y su caterva al montañes valiente.

Resuena el grito en el altivo polo
Que tanta gente desde el suelo envía;
Túrbase entónces la region de Eolo
Con tan súbita y grande vocería:
Entre nubes de polvo el claro Apolo
Metió su cara, oscureciendo el día,
Y al són de las trompetas y atambores
La tierra se espantó con mil temblores.

Parten á darse los primeros botes
De las lanzas los fuertes caballeros,
Cercanos ya por los lijeros trotes
De sus bravos caballos y lijeros:
Llegan diciéndose injuriosos motes;
Y para herirse los caudillos fieros,
En los estribos con furor se plantan,
Y airados de la silla se levantan.

Baja su lanza el capitan mosquito,
Que era de un caracol el cuerno largo,
Y el Fífolgel la suya de hito en hito
Le encara, y poné á su carrera embargo:
Navegara las ondas del Cocito
El rey mosquito, que en el trance amargo,
Si acaso de la silla no se arroja,
El piojo de la vida le despoja.

Del pobre Asinicedo dió tal vuelo
El asta, en mil pedazos dividida,
Que á parecer la luna por su cielo,
Muy bien pudiera ser de alguno herida;
Pero la tiesa lanza, que en el suelo
Al mosquito tendió casi sin vida,
Por ser de una cigarra zanca fuerte,
Era más propia para dar la muerte.

Volando pasa el temerario piojo,
Y á la cénzala gente airado mira,
Y envuelto en rabia, cólera y enojo,
Por todas partes espantado gira:
El campo deja con la sangre rojo,
Que vierte de los cénzalos su ira,
Y semivivo el rey Asinicedo,
Entre muertos mosquitos se está quedo.

Mézclanse con los unos los contrarios,
Y todos juntos con furor se pegan
Golpes tan sin piedad y temerarios,
Que los ecos sin duda al polo llegan:
Los unos y otros con lamentos varios
De los adversos impetus reniegan,
Y al cielo vuela, y desde el suelo sube
De las quebradas lanzas una nube.

Cuando desde su puesto el rey Mirpredo
Los cénzalos miró desbaratados,
Y en tierra á su bastardo Asinicedo,
Y del piojo los golpes tan pesados,
No sufrió su valor estarse quedo:
Y animando la voz á sus soldados,
Contra el gran Fífolgel furioso arranca,
Sin temor de su fuerte lanzanca.

Caballero en un zángano acomete;
Y del Mirnuca su partida vista,
Gente furiosa con los piojos mete,
Que el furor mirmiliónico resista:
Sobre un alado y largo caballete
Manda á la pulga que furiosa embista,
Y el caballo sin par, alzando el vuelo,
Lleva sobre su lomo al Caganielo.

Es este caballete única y sola
Bestia sin otra alguna semeiante,
Con alas altas y poblada cola,
Presencia y cuello erguido y arrogante:
Su lanza sobre el zángano enarbola,
Contra la pulga puesta por delante,
El Mirmilion; pero la pulga al punto
Su lanza pone con su brazo á punto.

Arrima el brazo á su derecho seno
El fuerte Mirmilion, y el asta aplica,
Y con la punta de un soberbio heno
El lado diestro al Caganielo pica:
El pulga endemniado, de ira lleno,
Sus grandes fuerzas al moscon publica,
Rompiendo desde el pecho hasta el coturno
El ala del murciélago nocturno.

Era la de la pulga lanza fina,
 Contra cuyo remate no se halla
 Reparó ni defensa peregrina.
 Acero duro ni templada malla:
 De un cardo corredor era la espina
 Con cuya aguda punta en la batalla
 Dejara sin remedio traspasado
 Cualquiera cuerpo de moscon armado.

Pasa la fuerte pulga como un rayo,
 Pensando que dejaba medio muerto
 Al Mirmilion; y á no darle al soslayo,
 Que le dejara sin la vida es cierto:
 No siente entónces el moscon desmayo;
 Que en el campo de piojos más cubierto
 Abre camino, y la caterva aparta,
 Y los que no, en su lanza los ensarta.

Ya las pulgas y fuertes mirmiliones,
 Los cenzalos y piojos tienen juntos
 Sus cuatro valerosos escuadrones,
 Que la muerte se dan por breves puntos:
 Ya se miran de cuerpos los montones,
 Piojos, pulgas y cenzalos difuntos,
 Y otros en sangre de sus cuerpos mismos
 Nadando con mortales parasismos.

¡Qué de jinetes sin caballos huellan
 La tierra, mal heridos los pobretes!
 Qué de caballos sueltos que atropellan
 Los miseros soldados sin jinetes!
 Qué multitud de sesos que se estrellan,
 Sin reparo de duros capacetes!
 Qué máquinas tambien de mallas duras
 Son de los que las visten sepulturas!

Como la gente de la Pullia vino,
 Y al bravo Mirmilion en la carrera
 Salieron, estorbándole el camino,
 Porque llegar al piojo no pudiera,
 El montañes gallardo sobrevino
 Espoleando su langosta fiera;
 Y cuando vió la cigarrina zanca,
 Volvió la bestia zángana su anca.

Si el Mirpredo la rienda no revuelve
 Tras el encuentro de la pulga, es llano
 Que entre los muertos miseros le envuelve
 El gran rigor del Fífolgel insano:
 Deja de perseguirle el Piojo y vuelve,
 Porque no se le pase el tiempo en vano,
 Y de cenzala turba y mirmiliona
 Un cúmulo de gentes amontona.

Todo lo mira el tabano; y airado,
 Viendo la extraña mortandad y riza,
 De su ejército fuerte por un lado
 Colérico y sañudo se desliza.
 De su tabana gente acompañado,
 Con su agudo talon la yegua atiza,
 La cual, echando fuego por los ojos,
 Furiosa arremetió contra los piojos.

Cinco cabezas se llevó de un tajo
 De grandes piojos el soberbio Marte,
 Abriendo senda, aunque con gran trabajo,
 Los muchos muertos que dejaba aparte:
 De una sola estocada uñas abajo
 Siete pulgas pasó de parte á parte,
 Y cual si fueran cuentas de rosario,
 Las ensartó en su filo temerario.

«Aguarda, va diciendo, piojo infame,
 Guarda, Fífolgel, guarda, piojo;
 Que quiero que tu sangre vil derrame
 Hoja que fué del abejon despojo:
 Guarda, si no temes que te llame,
 Para que mire con tu sangre rojo
 El campo donde vuelas por la posta
 Sobre el lomo veloz de tu langosta.»

Oyó el soberbio montañes las voces
 Con que el tabano asombra la campaña,
 Y vuelve á su caballo los veloces
 Vuelos, y en sangre el acicate baña:
 «Mal, le responde, barbaro, conoces
 El singular valor de la montaña:
 Presente tienes al que infame nombras,
 Que ha de enviarte a las eternas sombras.»

Arrimale la zanca de cigarra
 Al espantable tabanesco pecho,
 Que con lucidas armas y bizarra
 Presencia se partió contra el derecho:
 El fortísimo peto le desgarró,
 Que era con arte y con primores hecho,
 En mil encuentros bélicos probado,
 Y de un negro vistoso pavonado.

De un negro escarabajo la piel dura
 El cuerpo grande al capitan rodea,
 Que todo el pecho cubre y la cintura,
 Sin que miembro sin armas se le vea:
 Viste su endemoniada catadura
 De la cerviz abominable y fea
 Del monstruo mismo que al moscon le viste
 De negras armas y figura triste.

Tanto temor el tabano inhumano
 Sembraba con las armas que vestía,
 Como puso en las gentes el tabano
 Cuando la piel leona se cubría:
 Si le vieran á pié, tengo por llano,
 Según lo que á Tirintio parecía,
 Que por Hércules mosca le tuvieran,
 Y de espanto de verle se murieran.

Y no se alabaré de una lanzada
 Que dió en su peto el Fífolgel valiente,
 Pues le pagó en lo mismo la peonada,
 Y en lo que más el fuerte piojo siente:
 Alza su hoja y cortadora espada,
 Que agravio sin venganza no consiente,
 Y un tajo sacudió tan sin remedio,
 Que su escudo partió de medio á medio.

Pareció que no era de una pupa
 Una pesada y defensiva plancha
 De las que el piojo en la cabeza chupa,
 Tan larga y ponderosa como ancha:
 La carrera de estorbos desocupa
 El tabanesco, y con su espada ensancha,
 Para pasar su gente echando chispas,
 Caballeros en rígidas avispas.

Entre las pulgas miseras se lanza
 Con su gran capitan el tabanismo,
 Y en ellan van haciendo tal matanza,
 Que el campo vuelven de su sangre abismo:
 Cuando el rey Caganielo á ver alcanza
 La tropa tabanesca, al punto mismo
 La rienda larga al caballete suelta,
 Y del tropel huyendo, dió la vuelta.

Signe á la pulga el tabano, y el piojo
 Al tabano persigue, corre y llega,
 Y allí desquita su pasado enojo
 Del escudo quebrado en la friega:
 Mira la yegua avispa de mal ojo,
 Y un golpe con tan gran rigor le pega,
 Que le vino á pasar una y otra anca
 La punta de su fuerte lanzanca.

Bien corrió el Fífolgel una gran legua
 Con tal lanzada, pues, con ella ufano,
 Cortó los velos á la hermosa yegua
 Que sustentaba al tabano inhumano:
 Mas ya quebranta la impensada tregua
 El aturrido Cenzalo, que en vano
 Fué sin duda ninguna su caída,
 Pues de entre muertos sale con la vida.

El fuerte Asinicedo resucita,
 Y á la pulguina gente más cercana
 Piernas y brazos les desmiembra y quita,
 Y el suelo sangre de enemigos mana:
 Multiplican los miseros la grita,
 Oyelo el bravo rey de la tabana,
 Y parte como un Cesar, y desnuda
 Su espada espino, al rey mosquito ayuda.

Mueve el Mirnuca sus escuadras luego
 Que vió que las del tártaro salian,
 Y la chusma letiria, echando fuego,
 Mil encendidas balas les envían:
 Contrarias al estrepito manchego,
 Cólericas las cninches se desvían
 De su primero sitio, y bien armadas
 Les siguen las hormigas las pisadas.

Viendo el Sicaboron los fuertes hechos
De los grandes moscones, y que vienen
Contra sus fuerzas con furor derechos
Cuantos soldados los contrarios tienen,
Anima entónces los hambrientos pechos
De sus crudos mosquinos, y previenen
Con rabia inmensa sus agudos dientes
Para morder los piojos insolentes.

Manda que la manchega y la de Arjona,
Y los tercios tambien de Andalucía
Lleguen adonde el tábano amontona
Cuantos la Pullia y la montaña cria;
Porque el mismo rey tártaro en persona,
En rompiendo la fuerte infantería,
Entrará con seiscientos caballeros
Enseñando á los piojos sus aceros.

Saca su trompa la de Arjona, y de ella
Furiosa desenvaina la navaja,
Y como rayo rígido ó centella
La de la Mancha con su gente baja:
La soberbia andaluz, hecha una pella,
Por ser primera en el romper trabaja,
Y el tártaro, tras ellas encubierto,
Viene siguiendo el bélico concierto.

¡Qué tajos temerarios y reveses
Furiosos tiran, con que al mundo espantan!
Qué acerados escudos y paveses
A fuerza de los golpes se quebrantan!
Qué caterva de piojos montañeses
A poblar el infierno se adelantan!
Qué máquina de pulgas acompaña
Los que al infierno van de la montaña!

Rompe primero la andaluz caterva
Con la atrevida gente de la Mancha;
Llegan adonde con la espada acerba
El tabano feroz su espacio ensancha:
Cuando contra la indomita y proterva
Gente del piojo vió favor, su ancha
Entónces con mayor esfuerzo esgrime,
Porque viéndole el Cénzalo se anime.

Sale el fuerte Putrifola al momento;
Y con tanta soberbia y furia llega,
Que derribando va de ciento en ciento
Los infantes que lleva la manchega:
El Fifolgel, con su favor contento,
Su lanza entónces con esfuerzo juega,
Y á las parejas el temido pulga
Sus fuerzas con sus impetus divulga.

Cuando vió el Barriliense la osadía
Que con socorro de la chinche gente
El atrevido montañés tenía,
Y de la pulga el ánimo insolente,
Anima su feroz caballería;
Y rompiendo furioso de repente,
Hizo al caballo grillo que en un vuelo
Le viesse el Fifolgel y Caganielo.

¿No has visto alguna vez, lector benino
(No te ofenda mi rústico idioma),
La multitud de aves que al camino
Sale el agosto á procurar que coma?
No has visto, digo, el miedo repentino
Con que se ahuyentan si el azor asoma,
Y con temores de perder la vida,
Vomitán por las colas la comida?

Pues de aquel modo, de la misma suerte,
Cuando la pulga y piojo se encarnizan,
Dando á la turba tábana la muerte,
Y con rabia mayor se encolerizan;
Cuando el tártaro ven armado y fuerte
De la uña del hombre, se deslizan,
Y unos de espanto quedan medio muertos,
Otros escapan de temor cubiertos.

Volando pasa en su caballo grillo,
Que con bocados y furiosas coces
Va matando más pulgas que el caudillo
Con lanzadas mortíferas y atroces:
Retiranse los piojos al castillo,
Y al tábano y al Cénzalo da voces
El tártaro, que al suyo se recojan,
Y ellos entónces mucho más se enojan.

Pónescles con ánimo delante,
Forzando á los dos reyes que le miren,
Y dales á entender que es importante
Que al castillo al momento se retiren:
Pártense los soldados al instante,
Antes que lleguen, y las chinches tiren
Las fuertes balas con que fuego pegan,
Que está mirando el tártaro que llegan.

Retirada más linda ni á tal punto
Historia verdadera no pregona
En cuantas ha tenido el furor junto,
El soberbio Gradivo con Belona:
Sin duda fuera el tábano difunto,
Y sin vida la cénzala persona,
O ya que entrambos estuvieran vivos,
Fuera del Mosquifuro dos cautivos.

Era sin duda el tártaro mosquino,
Tras ser de tanta fuerza y tan valiente,
De las cosas futuras adivino,
Pues previno peligro tan patente:
Apénas se retirán, cuando vino
El Mosquifuro araña con su gente,
Que en sola una rociada mil soldados
Se llevó entre sus telas enredados.

No quiso el rey Sanguileon quedarse
(Como suelen decir) en la ventana
Mirando al toro; que ántes de vengarse,
Mientras le agravian más, muestra más gana:
A las abejas manda adelantarse
Para que con su fuerza más que humana
Rompan, si acaso tiene el Mosquifuro
Con sus redes el campo mal seguro.

Y apretando las piernas al morcillo,
Y la mano á su lanza temeraria,
Arranca con su gente el gran caudillo,
La muerte amenazando á la contraria:
Guarda, canalla hormigena, el cuchillo
De tu vida, soberbia extraordinaria
De la turba letírica y araña;
Guarda; que va la muerte y su guadaña.

Corre la gente loca y furibunda,
Y al sitio adonde se combate llega,
Como el hinchado Moscas, cuando inunda
De la encumbrada Cuenca la ancha vega
Tala el campo su fuerza y baraúnda,
Con cuanto encuentra su furor anega,
El estruendo del Júcar fortalece,
Su caudal se mejora y furia crece.

Crece en el bando moscatel confuso
El furor y la ira; que la gente
Del rey Sanguileon en ellos puso
Animo fiero y proceder valiente:
Ya la soberbia y el rencor incluso
Que estimulaba el corazón ardiente,
Llamas vomita del oculto seno
De vil furor y abrasador veneno.

No tardó el Granestor, que al mismo paso
Que el rey mosca salió; luego al momento
Los ijares lastima á su Pegaso,
Y va partiendo con su curso el viento:
De hormigas va cubriendo el campo raso,
Que no hay para contarlas suma ó cuento,
Mostrando á los contrarios sus adargas,
Sus fuertes yelmos y sus lanzas largas.

No se descuelga por su madre angosta,
Con la turbia color sanguinolenta,
Con más lijero curso que de posta,
Cuando á los vientos su carrera afrenta,
De los cerros que el tiempo seco agosta,
El arroyo veloz de la pimienta,
Con cuyas aguas sucias Huécar loco
Al coronado Júcar tiene en poco;

Como esta gente, que á la guerra y lucha
Caballeros fortísimos y infantes
Corren, bañando con la sangre mucha
El suelo que se vió sediento antes:
En el centro del Erebo se escucha
La voz de los heridos y matantes,
Y saltan los espíritus alertos,
Aguardando las almas de los muertos.

¿Qué de vitales hebras que se cortan
En el verano de la vida, en verde!
Qué de términos largos que se acortan,
Y qué de chusma del vivir se pierde!
Qué de almas al infierno se trasportan!
Qué de caterva altiva el suelo muerde!
Y entre piés de caballos ¡qué caterva
Los astros miran de la suerte acerba!

Cubierta está la tierra de cabezas,
Higados, asaduras y pulmones,
Brazos, coradas, piernas y otras piezas
Quitadas á los miseros varones:
¿Qué de astutos ardidés, qué proezas
Es necesario, fama, que pregones!
Porque si no eres tú con tantas lenguas,
¿Quién con una podrá, sin caer en menguas?

¿Quién creerá de los hombres que una guerra
Si de muchos soldados, no gigantes,
Aunque de horrendos monstruos de la tierra,
En fiereza á los otros semejantes,
Que hasta en la cuadra celestial que encierra
El planeta mejor de los errantes,
Metiese el grito del furor prolijo,
Convirtiendo en temor su regocijo?

Estando el sacro Júpiter comiendo
Muy opiparamente, alegre y lauta,
Riendo; que sin duda estaba haciendo
Gestos la diosa Música en su flauta;
La divina caterva (caso horrendo,
Que aun hasta allí no fué la guerra cauta)
Brazos y piernas de moscones vieron
Que en la mesa beatífica cayeron.

Cesar les hizo la comida y risa,
Y aun á fe que mudaron los colores
Algunas diosas, y con harta prisa
Sintieron de las tripas los dolores:
Hubo también necesidad precisa,
Por causa de los pésimos olores,
De que aplicasen perfumados paños
De las narices santas á los caños.

Una cabeza de soberbio piojo
Hizo quitar del mirador del cielo
Al dador de la luz, que le dió antojo
De ver por entre dos nubes el suelo;
Porque apenas mirando de medio ojo
La tierra estuvo el dios, cuando en un vuelo,
Si no se aparta, la piojil cabeza
Maculara con sangre su belleza.

De la Pullia y Montaña fueran pocos
Los que escapar pudieran, ó ninguno,
Si no huyeran; que á todos como á locos
Les diera muerte el tártaro uno á uno:
Solo en su contra queda haciendo cocos
El Mosquifuro astuto y importuno,
Que arremetiendo por sus gentes gruesas
Mil almas lleva entre sus redes presas.

Mas ¿quién pudiera al paso del deseo
Llevar por el papel la torpe pluma,
Y de las cosas que á montones veo,
Cifrar aquí con distincion la suma?
Allí el estruendo de Letiria feo
Con el ancho paves y lanza abruma
El Mirmilion, que há tiempo ya que calla,
Porque obra más que dice en la batalla.

Con la vista al Putrifloa amenaza,
Que del tártaro astuto se retira,
Pero el chinche valiente al punto traza
La muerte ó el asombro al que le mira:
Dispárale dos granos de mostaza,
Que son las balas que encendidas tira,
Llenas de fuego artificial; mas luego
Abre camino el Mirmilion al fuego.

Aparta á un lado el zángano, y no aguarda
Que las balas le toquen á la ropa:
Que aunque fuera de acero, hará que arda
Tan grande fuego cual si fuera estopa:
Pasan como de tiro de bombardá,
Y con la chusma mirmiliona topa
El un globo y el otro, y los dos juntos
Dejaron veinte miseros difuntos.

Allí la raspilanza de Mirnuca
Entre todas las otras resplandece,
Que con terribles impetus trabuca-
Todo cuanto delante se le ofrece:
Allí con más rigor la flor caduca
De la dispuesta juventud perece:
Que aunque el Mirnuca es viejo, son sus años
Ministros fieros de mayores daños.

El grande Barriliense le acomete:
Aquí sí que se escuchan golpes raros;
Que el eco cada cual del suyo mete
En los retretes de la luz avaros:
El uno y otro general jinete
Furiosos aperciben los reparos;
Este la costra del rocin matado,
Y aquel la dura escama del pescado.

La raspa y lanza con soberbia abaja
La hormiga contra el tártaro, y sañuda,
Los piés aprieta, y con furor ultraja
Los ijares hinchados de su aluda:
Su caballo veloz de más ventaja
Hace el pagano tártaro que acuda,
Y en la mano derecha afierra el asta,
Que no es la del Mirnuca mejor casta.

Un gato montañés de su bigote
Le dió la lanza al tártaro pagano,
A cuya fuerza y tremebundo bote
No hay escudo seguro ó peto sano:
Pónelos juntos el ligero trote,
Y arrimanse las puntas; pero en vano
Esta á la escama del pescado llega,
Y la otra á la uña se le pega.

Pasa el Mirnuca adonde la de Arjona
Su fuerza grande y de los suyos presta
A la fiera caterva mirmiliona
Entre la chinche y Mosquifuro puesta:
Mil almas en sus redes aprisiona
El araña, y con máquinias molesta
El Putrifloa chinche: que sus balas
Siempre á los mirmiliones fuéron malas.

Pero de todas la mejor hazaña
Fué la del rey Sanguileon, que viendo
Que se iba de sus gentes la campaña
Por el araña vil disminuyendo,
Furioso arremetió contra la araña,
Yendo delante el furibundo estruendo
De las abejas, que la red espesa
Quebrantarón, quitándole la presa.

Hizo el fuerte Mirnuca grandes pruebas
Contra el famoso Mirmilion mosquito,
Del estrago llevándole las nuevas
Al rey Sanguileon el triste grito:
No vieran sus oscuras cuevas,
Ni vieran de sus montes el distrito
Los mirmiliones otra vez, si acaso
El rey Sanguileon no alargó el paso.

La simiente del cáñamo se cala
Sobre la real indómica cabeza,
Y va sobre el morello, que la бала
No hiende el viento con mayor presteza:
Llega al Mirnuca, que soberbio tala
Del bravo Mirmilion la fortaleza,
Y arrimale el agudo porcipelo,
Y échale de la silla por el suelo.

Dió el general hormiga tal caída,
Y fué el ruido de sus armas tanto,
Que fué por el ejército extendida
Su desdicha cruel, pena y quebranto:
La tierra temerosa, que ofendida
Se vió del golpe que le puso espanto,
Se estremeció de suerte, que la tierra
Pensó que el gran Mirnuca le hacía guerra.

La gente de su ejército mirando
Su general en tierra, temerosos
Ya iban á la fuga los piés dando,
Para esto hasta aquel punto perezosos:
El Grauestor mirólo, que matando
Estuvo en muchos trances peligrosos
Infinitas catervas, á despecho
Del tártaro feroz y de su pecho.

Pero viendo cubiertos los caminos
De hormigas que iban con temor huyendo,
Perdónales la vida á los mosquinos,
Que la estaban con él antes perdiendo:
Tras ellos corre, y diceles: « Mezquinos,
¿ Adónde vais sin vuestro honor corriendo?
¿ Quién os ahuyenta, cuando un monte dejo
De muertos, y de sangre un mar bermejo?

» Tan presto, temerosos, se os olvida
La pitónica sangre que sorbieron,
Donde la estrupe vuestra disminuida
Por estos viles, vuestros padres vieron?
Pues ¿ dónde caminais, sin ser vertida
Más sangre de sus cuerpos, que bebieron
Del lago del Piton, origen claro
Que ha dado al mundo vuestro ingenio raro?

» Volved sobre vosotros y sobre ellos,
Y con esfuerzo sacudid el yugo
Que oprime cada dia vuestros cuellos,
Dándoos la guerra por mortal verdugo:
Que hoy echaréis del gran valor los seilos,
Si estos que chupan el ajeno jugo,
Las vidas pierden por las fuerzas vuestras,
Que pusieron estorbo á tantas nuestras.

» Seguidme á mí, que vuestro rey me llamo,
Y me veréis, soldados, cómo entro,
Y con mis armas su bullicio infamo,
Dando sus almas al profundo centro:
Veréis dellos la sangre que derramo,
Y con mi lanza aguda en este encuentro
Cuántos nudos les corto de las vidas,
Con que las partes dos están unidas.

» Veréis con cuánta fuerza descalabro
La cabeza del vulgo cenzalino,
Y en el cuerpo del tártaro rey abro,
Para sacarle el alma, real camino:
Veréis, si me seguís, cómo los labro
De fuego, con el fuerte y repentino
Que acompaña mi furia, con que abraso
El ejército vil por donde paso.»

No le dejó la cólera amarilla,
Que bien el rostro la color mostraba,
Que acabe entónces su razon, y trilla
El camino que al campo le guiaba:
Como una furia va sobre la silla
Del animal hermoso, que enseñaba
Por su cola la luz que en la Mosquea
Hallo de vaca la cabeza fea.

Con estos dichos y palabras tales
Todos los flacos ánimos se encienden;
Que pueden mucho persuasiones reales
Cuando á los suyos reducir pretenden:
Dejan la fuga los vasallos leales,
Y por en medio del contrario hienden,
Rompen, destrozan, cortan, hieren, matan,
Atropellan, sojuzgan, desbaratan.

¡ Qué de moscones fuertes prenden vivos,
Metiéndolos en cárceles oscuras!
Qué de hormigas feroces van cautivos
Y los esconden en prisiones duras!
Qué bravos mirmiliones vengativos
Padecen impensadas desventuras!
Qué de chinches, de máquinas cargadas,
Viven á muerte infame condenadas!

Ya no hay lugar en todo el campo adonde
Se pueda pelear; que la manzana
La superficie de la tierra esconde:
¡ Oh fiera inclinacion á la venganza!
El pequeño lugar que corresponde
Al agudo remate de una lanza
No se hallará de campo descubierta
Sin sangre roja ó enemigo muerto.

Ya los caballos el rigor no sienten
De la dorada espuela ó acicate,
Y solo sirve de que allí revienten
Cuando el ijar cansado se les bate:
Ya los fieros soldados no consienten
Que dure más el bélico combate,
Cuando no sufre el cuerpo la acerada
Malla, ni el brazo la sangrienta espada.

Como los galgos que la lengua estiran,
Y con la fuerza del cansancio anhelan,
Que aunque la liebre por los campos miran,
No la persiguen ni tras ella vuelan:
Entre la sombra y matas se retiran,
Y aunque en los vientos nuevo rastro huelan,
La fatiga sus miembros embaraza,
Sin que se atrevan á seguir la caza;

Rinde á la fiera gente la fatiga,
Y se apodera de sus fuerzas ántes
Que los sujete y rinda la enemiga
Espada de contrarios arrogantes:
No se ve hormiga que á la mosca siga,
Ni chinche que las balas penetrantes
Tire al mosquito, ni caballo ó yegua
Que ya no ponga á sus carreras tregua.

Vuélvese el cielo décimo entre tanto
Que duraron los bélicos furores,
Precipitando tras su moble cuanto
Se encierra en las esferas inferiores:
Tendió la noche su medroso manto
Por el largo Océano, y los temblores
No la dejaron que en el manto ingiera
La plata hermosa de la octava esfera.

Ya al galope Flegon, Eoo y Etonte,
Y el rígido Piroo bajan las frentes,
Y del Cimico mar el horizonte
Dejan, y en triste luto á los vivientes:
Ya el sol dejaba al más altivo monte
Privado de sus rayos, que aunque ausentes
A ver el furor bélico estuvieron,
Por entre espesas nubes su luz dieron.

Cuatro caballos pálidos tirando
Iban el coche de la diosa negra,
Y temor el gigante acompañando,
Más temido que fueron los de Flegra,
Por sus pasos el sueño iba sembrando
Lo que al cansado labrador alegra,
Pues no tiene su vida mejor dueño
Que cuando vive sepultado en sueño.

Con la lóbrega noche fué Morfeo,
Trajes mudando y lenguas diferentes,
Y Fabetor, más vario que Proteo.
Trasformándose en aves y serpientes:
Mostrando fué el temor su rostro feo,
Entorpeciendo las mortales gentes,
Tomando por ministro para el caso
Las espantables formas de Fantaso.

Cierra la noche de la luz las puertas,
Y el sitio adonde se batalla mide,
Y á las catervas de cansancio muertas
La guerra por entónces les impide:
Las unas y otras, con temor despiertas,
Treguas ponen entre ellas, y despide
La noche el fuego y bélico aparato,
Hasta que toque el alba otro rebato.

Saben los retirados los conciertos,
Y quitando á sus fuertes los cerrojos,
Sacan dos mil lucérnigas, que abiertos
De sus cuartos traseros traen los ojos:
Buscan las moscas sus soldados muertos
Entre la turba, el Fífolgel sus piojos,
La pulga sus catervas, y la araña
Los pocos muertos suyos en campaña.

Entierran las hormigas sus difuntos,
Dándoles en el campo sepultura,
Y cuentan los minutos y los puntos
Con que pasando va la noche oscura:
Pártense los cansados todos juntos,
Mientras de su sosiego el tiempo dura,
A gozar de las treguas, y entre tanto
Descansan de la guerra, y yo del canto.

CANTO XII.

Al son del arma despertó la aurora,
Temerosa dejando sus umbrales,
Vertiendo, en vez de lágrimas que llora,
Las perlas de sus ojos orientales:
La santa luz del sol, que el mundo adora,
Anunciaba á los miseros mortales,
Renovando á sus cuerpos el quebranto,
Y ella á sí misma por Memnon el llanto.

A la cuadra del sol las horas bellas
Fuéron con lento y perezoso paso,
Quitándoles la luz á las estrellas,
Ó haciéndosela dar con rayo escaso;
Y despertando á Febo la una de ellas,
Eunomia, diputada para el caso,
Contando la salida de la aurora,
Hizo salir al sol la bella hora.

La noche negra con su vista escapa,
Y al paso que su manto va cogiendo,
Tienden las nubes de humedad la capa,
Al sol que va su cara descubriendo:
Con ella á los mortales su luz tapa,
Mientras sobre el ejército corriendo
Pasa, y cubierto del espeso muro;
Que en guerra tal no vive el sol seguro.

Las moscas atalayas que velando
Toda la noche lóbrega estuvieron,
Estaban á los suyos espantando,
Los sucesos contándoles que vieron:
Muchas aves nocturnas que volando
Andaban por los aires, conocieron
Los agoreros tristes, que en sus voces
Juzgaban á los hados por atroces.

Tras la corneja el buho veces varias
Por las sombras se vieron, y las suertes
Se mostraron esquivas y contrarias,
Amenazando con infames muertes:
Si alguna vez las altas luminarias
Dejaron verse, sus efectos fuertes
Al uno y otro campo descubrían,
Tales, que de enemigos parecían.

Echaron los astrólogos júcios
Por las constelaciones de los astros,
De malévolos todos dando indicios
Conjeturables y siniestros rastros:
Ningunos; gran dolor! fuéron propicios;
Todos dieron señales de padrastrós;
Con la desnuda espada el rey Cefeo,
Y con la vil Gorgonia el gran Perseo.

Los miembros del dragon Hesperio oprime
Tirintio valeroso, que la maza
Otra vez con denuedo y fuerza esgrime,
Y con muerte segunda le amenaza:
Desde su trono Jupiter emblema
El rayo ardiente, de Vulcano traza,
Colérico arrojó con truenos alzas,
A la tierra causando sobresaltos.

Dando aullidos y voces el mochuelo,
Pasó por el ejército con queja
De la triste señal que daba el cielo
De que infinitas muertes apareja:
A la siniestra mano echó su vuelo,
Graznando tristemente, la corneja,
Y el cuervo dijo la desgracia en vano
Cuando echó el vuelo á la derecha mano.

¡Oh entendimiento bárbaro y siniestro
De la hormigena turba y la mosquina,
Cuya desgracia lamentable muestro
Por ser la más notable y peregrina!
¿No os predijo volando el daño vuestro,
Vuestra desgracia y misera ruina,
La trasformada en ave Nictimene,
Si esta más que las otras la previene?

Quando las liendres en honor matastes
del dios arripotente, ¡oferta rara!
Y el futuro suceso examinastes,
Poniendo humor sabeo ante su ara.
Entónces, ciega turba, ¿no mirastes
La muestra cierta, indubitable y clara,
Que os dieron de sucesos tan crueles
De las liendres los nervios y las hieles?

Quando á cien piojos cruda muerte distes
Para aplacar las iras celestiales,
Y un hecatombe tan solemne hicistes,
Que ha habido pocos en el mundo iguales,
Entónces, gente bárbara, ¿no vistes
Las muestras evidentes y señales
Que dieron de los piojos los menudos,
De que os amenazaban golpes crudos?

Quando á sulcar el cimico viaje
Salistes, ¿no probastes uno á uno
El tratamiento malo y hospedaje
Que os hicieron las ondas de Neptuno?
¿Del leveche no vistes el corajo,
Y del austro soberbio y importuno
Los pestíferos truenos y las balas,
Del mal que os cerca ya señales malas?

¿No sois testigos que infinitas veces
A vuestros capitanes y magnates
Del mar robaron temerarios peces,
Dándoles sepultura en sus gaznates?
Las cimicas riberas ¿no son jueces,
Tras las recias tormentas y combates,
Que en la orilla á infinitos compañeros
Vuestros traganon pájaros rateros?

Pues si vistes los astros de los cielos,
A Eolo y Neptuno conjurados,
Y amenazándoos la ruina y duelos
La fuerza inevitable de los hados:
Si el cuervo y la corneja con sus vuelos
Lo mismo os anunciaron, desdichados,
Con tantas suertes de señales malas,
¿Cómo no revolvisteis vuestras alas?

¿No le fuera mejor al miserable
Sanguileon, que dentro de sus muros
Huyera del peligro inevitable,
Gustando dulces y catando puros,
Que no sufrir del hado inexorable
Las iras tristes y los golpes duros,
Y estarse, por no ver tantos trabajos,
Chupando los decrepitos gargajos?

¡Oh barriliense rey, oh rey de Buta!
Oh tartaro sin par! mejor te fuera
Que no salieras á la arena enjuta
Ni pisaras la cimica ribera:
El Mosquiro con su maña astuta
Darte la muerte entre su red espera,
Y vengar en tu cuerpo la matanza
Que hizo en los suyos tu caballo y lanza.

Mas ¿para qué me pudro y me deshago
Llorando ajenos duelos, si con esto
Al dudoso lector no satisfago,
Ni cumplo por mi parte lo propuesto?
Lleven de su locura el justo pago,
Pues contra el cielo, á su intencion opuesto,
Sola su voluntad quieren que baste
Para que la del hado se contraste.

Ya del negro garbanzo la corteza
Al cuerpo el rey Sanguileon arrima,
Y cubre con soberbia su cabeza
Del yelmicañamon, arma de estima:
Ya salta con furor y lijereza
Sobre el bravo morcillo, y puesto encima,
El asta jabalina empuña, y brama
Por buscar al Mirnuca y ver su escama.

Ya de la piel del negro escarabajo
Sus miembros cubre el tábano, y la espada
Colérico registra, á cuyo tajo
Se esconde la Tizona y la Colada:
En solo un salto, sin algun trabajo,
La silla singular sintió ocupada
La avispa; que era el tábano lijero,
Y pica de juete y caballero.

Sobre un caballo de la misma casta,
Que no discrepa del pulgón perdido,
Cuya lealtad y lijereza basta
A poner á Bucéfalo en olvido,
Sale el cénzalo rey, y lleva el asta,
Que de otro caracol el cuerno ha sido,
Y de las recias habas las cortezas,
Por armas y blason de sus proezas.

Del nocturno murciégalo se viste
La ala el crudo Mirmilión, y sale,
Aunque á la vista en el aspecto triste,
Con furor que no hay diablo que le iguale:
Sobre el lomo de un zángano se embiste,
Que tanto como el otro valió, vale,
Por ser caballo de la misma casta;
Que esto y no más para alaballe basta.

Ya el tártaro se viste de la uña,
Para que á los sacrilegos crueles
De la montaña les castigue, y bruña
En su lisura sus horrendas pieles:
Ya del gato montes el asta empuña
Y el escudo fortísimo, armas fieles,
En cuya ofensa y resistencia funda
Humillar la contraria baranda:

Ya las escamas del Mirnuca fiero
Desde su campo al otro resplandecen,
Que hechura hermosa de templado acero
A quien las mira con la luz parecen:
Sobre la yegua del volar lijero
Sus miembros valerosos ya se ofrecen,
Y la lanza del lomo del pescado
Coge en la mano y se la arrima al lado.

Ya de la piel del arador se cubre
El Caganielo, y sobre el lomo alto
Del largo caballete se descubre,
Porque en la silla se plantó de un salto:
Con el escudo fuerte el pecho encubre,
Y de paciencia, y no de esfuerzo, falto,
Pide la lanza el pulga foragido,
Por sus botes indómitos temido.

Ya el montañés á su langosta larga,
De cólera insufrible y rabia lleno,
El grave peso de sus miembros carga,
Y acomoda en la mano el duro freno:
Ya con la pupa sin temor se adarga,
Y escupiendo espumajos de veneno,
La zanca fuerte de Cigarra afierra,
Con que piensa dar fin á tanta guerra.

Ya las lanzas de espiga aprisa abarca
Del Granestor soberbio la cuadrilla,
Y armado ya el hormigena monarca,
Sube en la bestia y su dorada silla:
Ya el chinche fiero, de las moscas parca,
Las pelotas enciende con que humilla
Al Mirmilión temido y arrogante;
Que estos los rayos son de aquel gigante.

Ya por el campo las bombardas suenan
Que tira el Mosquifuro, y los oídos
De los soldados con temor atruenan,
Dejándolos sus voces aturcidos:
Ya los fuertes sonípedes condenan
Ser por los duros frenos detenidos,
Y el hierro muerden, las narices hinchan,
A los truenos responden, y relinchan.

Ya los incitadores instrumentos
En los ecos del campo dan sus voces,
Y rompen por los altos elementos,
Y al cielo suben prestos y veloces:
Temiendo titubean los asientos
De los dioses de allá, y en las atrocidades
Tinieblas del imperio del espanto
También de las chicharras se oyó el canto.

Parten á un tiempo moscas y mosquinos,
Cenzalinos, abejas, mirmiliones,
Tábanos y andaluces, en los finos
Aceros enristrando sus lanzones:
Resisten sus orgullos repentinos
En juntos y formados escuadrones,
Pulgas, chinches, hormigenas y arañas,
Con brío igual y cóleras tamañas.

El bando alado de la mosca fuerte
Salió con un furor tan temerario,
Que no hay aquí comparación que acierte
A asimilar su brío extraordinario:
Con más furor que cuando hinchado vierte
Por mi segunda patria el teucro Acuario
El cántaro colmado, y por sus cuevas
Bajan las aguas con estruendo prestas;

Con más sin duda estruendo, espanto y riza,
Por caminos y partes diferentes,
Toda la alada turba se desliza,
Amenazando las contrarias gentes:
Allí del corazón el fuego atiza
La enemiga feroz de los vivientes,
La Euménide solícita Meguera,
En la caterva que á la chusma espera.

La pulga encuentra al rey Asinicedo,
Y el Fífolgel al tabanoso espera;
Topa al chinche Putrifloa el Mirpredo,
Y el tártaro al Mirnuca en la carrera:
El Granestor reprime su denuevo
Al rey Sanguileon, y desde afuera
El Mosquifuro, que la guerra mira,
Mil culebrinas desde el muro tira.

Trábase la batalla, matan, mueren
Del campo y el otro los soldados;
Hieren al Fífolgel; las pulgas hieren
A los que fuéron para herirle osados:
Ya no hay hormigas que al mosquito esperen;
Ya vuelven los mosquinos retirados;
Ya la gran multitud el Cénzalo huye;
Ya el tábano cruel la disminuye.

Vuelve la rienda al largo caballete
El Caganielo, y desde lejos viólo
El Cénzalo gallardo, y arremete
A verse en campo con el pulga solo:
Aprieta los talones el jinete
Al lijero pulgón, y refrenólo
Cuando le vió tan cerca, que bien pudo
Desafiarle para el trance crudo.

«Pulga soberbia, dijo, pulga fuerte,
Conmigo eres en campal batalla;
Que há muchos años que procuro verte,
Y probar el valor que en ti se halla:
¡Qué dichosa y feliz será tu suerte!
Tanto, que no procurarán vengalla
Si á la Infanta restada en su convento
Tu cabeza en sus manos le presento.

No le dió el Caganielo la respuesta,
Porque á sus armas le comete el dalla;
Y el asta aguda de su cardo apresta,
Para que hable por él mientras él calla:
La cornigera suya á punto puesta
El Cénzalo llevaba á la batalla;
Este la espuela á su pulgón arrima,
Y al caballete largo aquel lastima.

¡Oh qué soberbios botes y qué guerra
Entre la pulga y Cénzalo se traba,
Pues uno de la vida se destierra,
Y otro de haber vencido no se alaba!
Mordiendo queda el Cénzalo la tierra;
Que ya la vida al pobre se le acaba:
¡Oh miserable infanta, y cómo siento
Ver cuán mal se te logra el casamiento!

Era la lanza de la pulga aguda,
Pues del orbe del labo no hizo caso,
Y por armas tan bélicas no duda
Hallar al pecho del mosquito paso:
Fué su lanzada tan terrible y cruda,
Que, pasándole el cuerpo, dió al acaso
Con la vida del Cénzalo, que habia
Llegado al hilo de su mediada.

Muerto queda el mosquito; mas no puede
Decir la pulga que se queda viva,
Pues el tiempo llegó en que muerta quede,
Perdida el arma suya defensiva:
No tiene escudo que al contrario vede
Que no ejecute en él su fuerza esquiua:
Deshozose el Cénzalo famoso,
Aunque era un hongo fuerte y espacioso.

Al largo caballete dió una herida
Que su cuerpo bestial tendió en el suelo,
Dejándole sin velos y sin vida,
No con poco dolor del Caganielo;
Mas el pulgon leal, viendo perdida
La vida de su dueño, alzando el vuelo,
Por los campos corrió, donde tendido
Al Putrifola halló muy mal herido.

Pero la chinche, alzando la cabeza,
De tierra el pecho con dolor levanta,
Y al fin sacando fuerzas de flaqueza,
Puso en el suelo la una y otra planta:
Al caballo los pasos endereza,
El pié siniestro en el estribo planta,
Sobre el arzon la mano, y así puesto,
Echó para subir su fuerza el resto.

¿Adónde subes, chinche sin ventura?
Atrevido Faeton, ¿á qué te pones?
¿Al caballo del sol (¡gentil locura!)
Te atreves á arrimarle los talones?
Pues matarás si tu intento dura
En tan locas y vanas presunciones:
¿No sabes que era el Gézalo mancebo
Dese Flegon, incomparable Febo?

Apénas sube el general letirio,
Cuando el pulgon indómito se ensaña,
Dando á la chinche el último martirio,
Arrojando su cuerpo á la campaña:
De su cárdeno pecho en humor tirio
El miserable capitán se baña;
Huye el pulgon caballo, y no consiente
Que otro sobre él, muerto su rey, se siente.

El pulga, viendo que dejaba muerto
El capitán de gente cenzalina,
Con el yelmo de mijo va cubierto
Del mosquito, á quien hiere y arruina:
A pié llega al ejército encubierto,
Y hácia un tábano grande se encamina,
Al cual le dió tal golpe con su lanza,
Que le hizo dar el alma por la panza.

Vió el Matabalho y no consiente
De la atrevida pulga la proeza;
Y volviendo las riendas prestamente,
Para el tabanica se endereza:
Alza la espada el tábano impaciente,
Y dale sobre el yelmo en la cabeza
Un tan horrendo y singular golpazo,
Que le partió por medio el espinazo.

No le fué de provecho al Caganielo
De mijo el yelmo, ni la piel vestida
De la bestia arador, pues en el suelo
Con sus armas se queda y sin la vida.
¿Pero qué grito súbito hasta el cielo
Volando sube, que la voz herida
A los astros altísimos se queja,
Y entre los ecos sus acentos deja?

¿Si es el Sicaboron? Mas no; el Mirpredo
Es sin alguna duda, que agoniza
Contra el fuerte Mirnuca y su denuedo,
Cuyos golpes el aire solemniza:
De alguna gran desgracia tengo miedo;
Porque si el Mirmillon se encoleriza,
Es un fiero demonio, y hará harto
La hormiga si se libra de su esparto.

¿Oh qué terribles golpes se sacuden,
Tales que á todas las catervas fuerzan
A que del sitio sin tardar se muden,
Y los intentos comenzados tuerzan!
Todos á dar favor al suyo acuden,
Y por no ser los últimos se esfuerzan,
Y allí la lid entre los dos se acaba.
Y otra entre todas más feroz se traía.

Suena el rüido y espantoso estruendo
Entre los campos dos de tal manera,
Como cuando entre llamas está hirviendo
El agua y hortaliza en la caldera;
Que como el hierro al fuego está impidiendo
El derecho camino de su esfera,
Las hojas bullen y las olas brotan,
Y en su cóncavo espacio se alborotan;

Ast sucede allí ni más ni ménos:
Que como á centro suyo, á la venganza
Acuden los soldados, de ira llenos,
Haciendo unos en otros gran matanza:
De allí levantan temerarios truenos,
Y la fuerza del grito al polo alcanza,
Que más pierde el soberbio la paciencia,
Si hay más en el contrario resistencia.

Entre la gente el Granestor acecha
Al rey Sanguileon; parte y camina
Contra el mosca feroz con la derecha
Lanza, que al cielo su largura empuña:
Con su escudo la mosca se pertrecha;
Y enristrando la fuerte jabalina,
Al Granestor la muerte le anticipa,
Metiendo el porripelo por su tripa.

Salió del triste rey el alma pobre
Al lago Estigio con su horrenda muerte,
Otro dejando, que hasta el mar salobre
Llega, de sangre que su cuerpo vierte;
Y porque el campo de las moscas cobre
Nuevo vigor, sobre su lanza fuerte
La cabeza del misero levanta,
Con cuya empresa la victoria canta.

Apénas por el campo se divisa
El tremendo espectáculo y funesto,
Cuando un temor y mortandad precisa
Oprime de la hormiga al largo resto:
El grito triste al Mosquifuro avisa;
Baja por la muralla y llega presto,
Y asombrando con voces la campaña,
Anima á los hormigas el araña.

«¿De qué, dice, teméis, progeñie loca,
Cuando más la firmeza es necesaria?
¿En qué dudáis, cuando mejor os toca
Privar de vida la virtud contraria?
¿Quién vuestras fuerzas con furor apoca?
¿Qué locura soberbia y temeraria
La fuerza en vuestros ánimos ahuyenta,
Sin ponerlos delante vuestra afrenta?»

»Ya llega mi zancuda compañía,
Con cuyas balas en espacio breve
Castigaré la grande alevosía
Dese enemigo mosca, dese alevé:
Veréis, si acompañais la gente mía,
Cómo su sangre mal nacida bebe:
Tiendan las redes, las salidas tapen;
Que aun los tábanos mismos no se escapen.»

¿Qué golpes sin piedad que se están dando
El Mirnuca y el rey de la Mosquea,
Que están solos aparte peleando,
Sin que la gente sus rigores vea!
En tanto que el araña predicando
A las hormigas, su temor afea,
¿Oh qué soberbios tajos y reveses
Que en los yelmos se dan y en los paveses!

Ya en infinitas piezas el escudo
Del general Mirnuca está deshecho,
Y ya el Sanguileon muestra desnudo
Sin la corteza de garbanzo el pecho:
¿Oh qué golpazo tan horrendo y crudo
Contra el hormiga fuerte va derecho!
Y; oh qué porrazo extraño que el Mirnuca
Le arroja, con que el yelmo le machuca!

Si el yelmicañamon no le resiste,
Tengo por cosa indubitable y cierta
Que la persona de la mosca triste
Quedará entónces con el golpe muerta;
Mas ya el araña con su gente embiste,
Dejando en sangre y mortandad cubierta
La tierra, adonde el Mirmillon procura
Resistir de la araña la locura.

Con una y otra rígida pelota
Al Mirpredo feroz persiguen tanto,
Que la ala de murciégalo está rota,
Que es de su cuerpo el acerado manto:
Sobre el zángano fuerte buyendo trota,
Metiéndole entre la turba horror y espanto,
Y arrojale un letirico vasallo
Un globo, y mata al zángano caballo.

- Cayó, y el Rey tras él; y al mismo punto,
Sin que más de la silla se levante,
Con sus zancas el pueblo arañil junto
Al Mirmillon prendieron arrogante:
El Mosquifuro le dejó difunto,
Porque, como iba solo más delante,
Al punto que al Mirpredo tuvo preso,
El cocote le hirió, y sorbióle el seso.

No sufrió más la mirmillona turba
El furor que sus gentes disminuye;
Todo mosquito con temor se turba,
Y muerto su caudillo, huir concluye:
El paso el Mosquifuro les perturba,
Porque por todas partes donde huye,
La trampa encuentra el Mirmillon, y queda
En la prision, sin que escaparse pueda.

Infinitos mosquitos llevan presos;
No queda Mirmillon que no perece
Entre los hilos de la red espesos,
Que es lazo que la muerte les ofrece:
No parece quien venga los sucesos;
El furor sobrepuja, el grito crece;
Oyendo el fuerte tábano y mosquito,
Y parten como fiero torbellino.

El Mosquifuro sus pisadas siente;
Vuélvese al punto con presteza rara,
Y como rayo abrasador y ardiente,
Un grano de mostaza le dispara:
No llega el fuego al tábano valiente;
Pero pasando el humo por su cara,
Por las narices se subió, y al punto
Le dejó de un volcán hecho trasunto

Entra como un desesperado entre ellos,
Y por espesas puntas se abalanza,
Cortando piernas y segando cuellos;
Que es grande su valor y su pujanza:
Empiezan la batalla estos y aquellos,
Haciendo unos en otros tal matanza,
Que parece que intentan que no quede
Gente en el mundo que su especie herede.

¡Oh cómo muestra el tábano su esfuerzo,
Contra la araña astuta haciendo hazañas,
Que no parece sino al viento cierto
Contra las flacas y ligeras cañas!
Pero al Sicaboron la pluma tuerzo,
Que va corriendo echando las entrañas
Tras las pulgas y piojos que retira,
Que todos van huyendo de su ira.

Sin caballo va el tártaro, que deja
El suyo sin el alma en el arena,
Y por esto del tábano se aleja,
Para que lleve, quien le hirió, la pena;
Pero ya la venganza le apareja,
Pues á muerte tan misera condena
A los piojos y pulgas, que el cuchillo
Pudieron ser de su caballo grillo.

Y como suele el fuego que se enciende
Del árbol de la selva en una rama,
Y de una en otra su furor extiende,
Y con mayores fuerzas se derrama;
Con los soplos del Africo se enciende,
Y al cielo encumbra su abrasante llama,
Y por las arboledas abre paso,
Al umbroso lugar dejando raso;

Así tras gente bélica infinita
El tártaro feroz matando pasa;
Del caballo la pérdida le incita
A vomitar el fuego que le abrasa:
Llamas inmensas de furor vomita,
Que la campaña va dejando voma,
De la caterva infame montañesa,
Que á su castillo se retira espesa.

Como escuadra de cabras á quien sigue
El lobo robador, así la gente
Moviendo va los piés; que los persigue
Como leon el tártaro valiente:
Temiendo van que el lobo los castigue,
Que ya para cebarse muestra el diente:
¿Qué digo lobo? Al diablo semejante
De atrás, huye la chusma de adelante.

Chinches, piojos y pulgas á porfia
Ellos mismos se van atropellando,
Oyendo el alto grito y vocería
De aquellos que iba el tártaro matando;
Y al paso que sentían que venía,
Iba el temor sus pasos alargando:
¡Oh miserable chusma! ¡Qué vecina
Llegando va vuestra total ruina!

Antes de entrar el levantado muro
Del presidio de aquella gran cabeza
De la vaca, que el fuerte Mosquifuro
Escogió por asilo y fortaleza,
Estaba un foso hondísimo y oscuro,
Que en aquel sitio abrió naturaleza
Por boca de la tierra, con que ruega
Que el cielo le dé el agua que le niega.

No hubiera pulga que, aunque más lijera,
A dar un tranco al temerario foso
Con sus ligeros saltos se atreviera,
Por ser trance terrible y peligroso:
Tan grande salto, si le diera, fuera,
Que desde allí al infierno tenebroso
Saltara sin dudar la pulga loca
Por aquella anchurosa y honda boca.

Una soberbia trabe de centeno
Hace el oficio de anchurosa puente,
Por donde, sin temor del hondo seno,
Pase al castillo la atrevida gente:
Iba el camino de catervas lleno,
Y tras ellas el tártaro impaciente,
Haciéndoles á todos ser forzoso
Pasar al puente ó descender al foso.

De piés se llena la anchurosa trabe,
Y al espacio la gente sobrepuja;
Sobre ella tanta máquina no cabe,
Y por pasar de presto, se arrempuja:
El de Buta volando como un ave,
A quien la rabia el corazón estruja,
Pasa; y viendo los otros que se acerca,
Su muerte miran que se llega cerca.

Al fin el Barriliense fué tan presto
Cercano de la puente, que en llegando,
Por no ver los contrarios su mal gesto,
Se fuéron en el foso sepultando:
Estaba el espectáculo funesto
El mosquito cruel considerando,
Abraçado en furor, porque quisiera
Que á sus manos la máquina muriera.

Más de un millon en la profunda grieta
De la tierra quedaron sepultados;
Mas no por eso el tártaro se quieto
Ni deja de seguir los desdichados:
El puente pasa la caterva inquieta,
De miedo más que de valor cargados,
Y al castillo cabeza de la vaca,
Camina á más correr la gente flaca.

Sigue el alcance el Barriliense, y tanto
Cercano á los contrarios parecía,
Que á muchos dellos le rindió el espanto
Que sus débiles ánimos cubría:
Dobla la gente fugitiva el llanto;
Resuena el alarido y vocería;
Llenase el campo de inanditas quejas,
Y dan del Mosquifuro en las orejas.

Revuelve entónces la cabeza, y mira
Tanta caterva por los campos muerta,
Y los golpazos que el de Buta tira,
Cercano del castillo y de su puerta:
El araña varon, que, lleno de ira,
La vista tiene en lo que pasa alerta,
Mira el Sicaboron que los alcanza,
Y en el castillo sin temor se lanza.

Deja cercado el campo sutilmente
De redes más sutiles que fué aquella
En que Vulcano al dios arripotente
Prendió en los brazos de su Vénus bella;
Y partiendo más presto y diligente
Que baja por los aires la centella,
Vuela, y tras él la máquina zancada,
A dar al chinche, pulga y piojo ayuda.

Escucha el grito, y sin temor repara
En cuanto puede el daño, y presuroso
El y los suyos con astucia rara
Se aprovechan del arte caviloso:
Espesos lazos por las puertas para,
Y hace al castillo sin salida cosa,
Adonde como toro de Jarama
El Barriliense endemoniado brama.

Era el enredo de la red espeso,
Y fuerte tanto, que era necesario
Quedar en él el Barriliense preso,
O matar el ejército contrario;
Y para asegurar el buen suceso,
La araña con su ingenio extraordinario,
Por sus maromas, que esta es su costumbre,
Bajaron sin trabajo y pesadumbre.

Entre tanto el Mirnuca al pobre y triste
Sanguileon, por entre espesas puntas
De armas contrarias, denodado embiste,
Hasta mostrarse las presencias juntas:
El infierno en los pechos se reviste,
Pareciendo sus caras más difuntas
Que vivas; que las coleras fervientes
Pusieron blancas sus morenas frentes.

Ponen á punto la una y otra lanza,
Y cuando en la carrera ya empareja
Con el mosca el hormiga, sin tardanza
La muerte el uno al otro le apareja:
En el yelmo al hormiga el mosca alcanza,
De suerte que pasando por la oreja
El lancipelo, le llevó un pedazo,
Sin que el yelmo sirviese de embarazo.

El general hormiga, quebrantado
Viendo el yelmo sin par, y que la herida
Fué de manera que del diestro lado
Llevó su media oreja dividida.
Revuelve furibundo y denodado
A quitarle el orgullo con la vida,
Y quitósela, al fin, su lanza espina,
Sin valerle al moscon la jabalina.

Por medio á medio del contrario peto
Pasó la lancirraspa sin reparo,
Que no pudo tenerle en tanto aprieto
De la corteza negra el temple raro:
Cayó el Sanguileon: cayó en efeto,
Mirando todo el campo el hecho claro
Del Mirnuca; que él solo entre su gente
Pudiera dar la muerte al rey valiente.

Luego el hormiga la victoria canta,
Y el tabanasco su desdicha llora,
Y la caterva, tras miseria tanta,
Viendo que la fortuna se empeora,
Con temor el ejército levanta
Convocando los suyos, que á la hora,
Viendo la vida de su rey perdida,
Todos encargan á los pies la vida.

Parte del campo la caterva rota,
Y por la parte al parecer segura
Toma toda la chusma la derrota,
Huyendo el golpe de la suerte dura:
Todo el mosquino bando aprisa trota
Maldiciendo la suerte sin ventura,
Y miran tras el misero fracaso
De espesas redes ocupado el paso.

Mas este no fué grande inconveniente
Tras la gran mortandad de la refriega;
Porque luego llegó la andaluz gente
Con la mosca de Arjona y la manchega:
Rompen las telas fuertes prestamente,
Y el tabano tambien tras ellas llega,
Que cortó con su espada sin trabajo
Bien treinta cuerdas de la red de un tajo.

Así escapó la misera caterva
Del Mosquifuro astuto y de sus lazos,
Del arma del Mirnuca cruel y acerba,
Y de la muerte y de sus fuertes brazos:
La fuga de la muerte les reserva,
Que aunque están de la guerra hechos pedazos,
Animales á huir el miedo fuerte;
Que tiene grande esfuerzo el de la muerte.

Retumban los acordes instrumentos
Del victorioso hormiga, en que publica
A los celestes orbes y elementos
Contra las moscas la victoria rica:
A todos sus soldados ya contentos
El opimo despojo les aplica,
Y ellos, alegres, su valor pregonan,
Y el victor todos hasta el cielo entonan.

Solo el moscon Sicaboron, cercado
De enemiga canalla en el castillo,
Esta de matar gentes fatigado,
Sin costra escudo y sin caballo grillo:
El cuerpo con rigor estropeado,
Agonizando el misero caudillo,
Por muchas partes rota el arma fiera,
Sin penacho ni forma la cimera.

Baja volando el diablo Mosquifuro
Con su gente inventora de cautelas,
Dejando del castillo el ancho muro
Todo cercado de sutiles telas;
Y al Barriliense dice mal seguro:
«En vano en la defensa te desvelas,
Pues no valdrá tu ardid ni tu pujanza,
Tus armas uña ni bigote lanza.»

«Conviénete, infeliz, que al punto mueras
O en mi poder á la prison te entregues;
Escoge lo que más á gusto quieras
De lo que te propongo á que te allegues;
Si no es que como loco acaso esperas
Que con tu sangre mal nacida rieguas
La tierra adonde estás: á prison date,
Si no es que más estimas que te mate.»

«No temo vuestros fieros, gente bruta,
Que no tengo temor ni me acobardo,
Responde á todos el señor de Buta,
Que solo vuestros impetus aguardo.»
Y contra la caterva vil y astuta
Revolviéndose el tártaro gallardo,
Dando á sus vidas miserables fines,
Al jabali parece entre mastines.

A un rincon el magránimo se arrima,
Porque era parte al parecer más buena,
Y saca de la vaina la hoja fina,
Que á tres pulgas dejó sobre la arena:
A quien le mira pone espanto y grima,
Y á muerte á quien se llega le condena,
Cuya sentencia está con sangre roja
Escrita en el acero de su hoja.

El Mosquifuro por prenderle llega
Algo más cerca que las otras gentes.
Y el tártaro, zis zas, le arroja y pega
Un golpe y otro por cabeza y dientes:
Con tanta fuerza por el pecho entrega
La espada, que en dos partes diferentes
Se quedó de la araña el cuerpo fiero,
Y dividido en medios el entero.

Levanta la zancuda compañía
El grito viendo muerta su cabeza,
A cuya inopinada vocería
La hormiga gente á alborotarse empieza:
Los fuertes pasos el Mirnuca guía
Hacia la bien cercada fortaleza;
El foso pasa por el puente, y halla
Sin entrada ni puerta la muralla.

Con piés y manos por el muro arriba
Va gateando un número infinito.
Por ver qué furia del placer les priva,
Y en la zancuda gente causa el grito:
Sube arriba la turba vengativa
A castigar del misero el delito,
Y ven de gente muerta una montaña,
Y partido por medio el rey araña.

Del tremendo espectáculo se miran,
Y jugando la espada temeraria,
Entre gran multitud de arañas miran
Al pagano de Buta en la Tartaria:
Apénas bien le ven, cuando le tiran
Por partes mil la máquina contraria
Mil trahes gruesas de encendidas pajas,
Queriendo hacer al tártaro migajas.

Nubes de piedras, y de tierra cargas
Del muro hueven, que al moscon sepultan,
Y entre las brasas de las trabes largas
El cuerpo vivo del de Buta ocultan:
Con tantas pruebas para el triste amargas,
Que de la tierra salga dificultan;
Mas el moscon; prodigio nunca visto!
De entre la tierra y trabes salió listo.

Tira tras ellos, y ellos la fiereza
Del colérico tártaro temiendo,
Vuelven con ansia espaldas y cabeza,
De los golpazos que les tira huyendo;
Mas él con nunca vista lijereza
La miserable chusma va siguiendo,
Y brotando veneno por los ojos,
Brazos de chinches corta y piés de piojos.

Cien heridas el tártaro tenia,
Todas mortales, y por cada una
Un arroyo de sangre le corria,
Que hicieron á sus piés una laguna;
Y aunque por tantas bocas le salia
El alma noble, no hubo hormiga alguna
Que á ponérsele junto se atreviese,
Sin que su muerte más cercana viese.

Su poco á poco á la muralla llega,
Y al contrario mostrándole la cara,
La espalda fuerte con el muro pega,
Y con él se recoge y se repara:
El Mirnuca colérico reniega,
Viendo virtud en el jayan tan rara,
Que á tanto pulga, piojo, chinche, hormiga,
Siendo un solo moscon, así persiga.

Por la muralla el general acude
Sobre la parte adonde el mosca fuerte
Golpes extraños con furor sacude,
Y rabia y sangre blasfemando vierte;

Y para que más presto á darle ayude
La ya cercana inevitable muerte,
Una invencion diabólica ejecuta
Contra el esfuerzo del señor de Buta.

Manda que luego al punto cien soldados
De varonil esfuerzo el paso alarguen,
Y de los fuertes tormos más pesados
Uno, el mayor, sobre sus hombros carguen,
Para que, siendo todos avisados,
Desde el alto del muro le descarguen
Adonde, sin que valga el fuerte casco,
Venza el pesado golpe del peñasco.

Cien hormigas varones al instante
Parten lijeros más que el mismo viento,
Y afierran una máquina bastante
A despreciar las fuerzas de otros ciento:
Pónenle al bravo general delante
Un grano de haba, tal para su intento,
Que no tuviera á mucha maravilla
Que hiciera á treinta tártaros tortilla.

Ponen por línea recta el fuerte grano
Los soldados valientes con destreza,
De suerte que del tártaro pagano
Amenazaba la sin par cabeza;
Y haciendo señas con la diestra mano
El general diabólico, la pieza
Disparan por mandado del Mirnuca,
Y dánle al pobre tártaro en la nuca.

El globo apénas la caterva arroja,
Cuando oprimido del soberbio peso,
Se vió nadando entre la sangre roja
De la cabeza del de Buta el seso:
De vida al miserable le despoja,
Y este fué el espectáculo y suceso
Del odio horrible y el rencor interno
Que provocó las furias del infierno.

FIN DE LA MOSQUERA, DE VILLAVICIOSA.

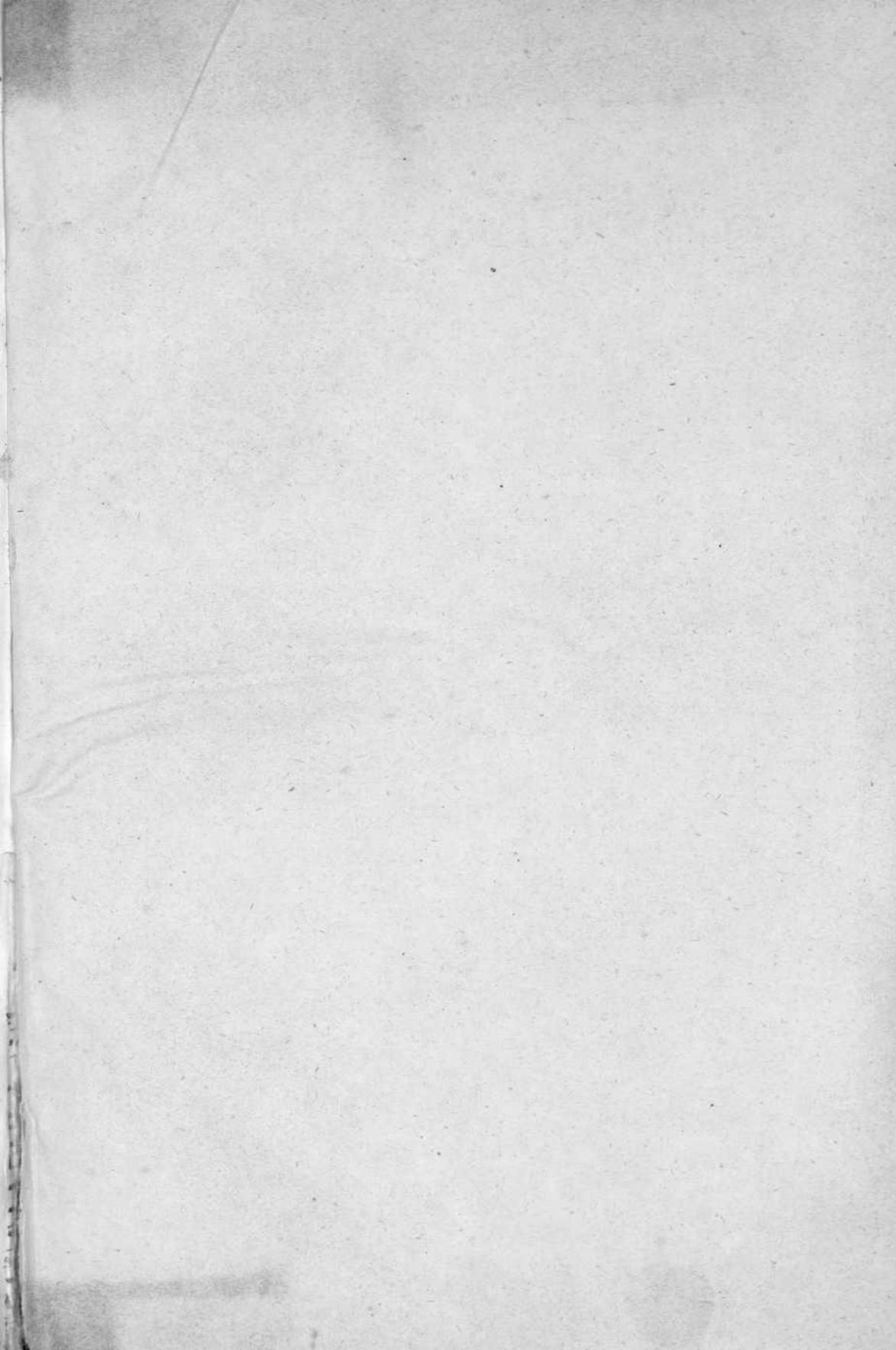
INDICE.

	Pág.	Pág.
ADVERTENCIA.	v	
LA ARAUCANA.		
CANTO PRIMERO. — El cual declara el asiento y descripción de la provincia de Chile, y estado del Arauco, con las costumbres y modos de guerra que los naturales tienen; y asimismo trata, en suma, de la entrada y conquista que los españoles hicieron hasta que Arauco se comenzó á rebelar.	4	
CANTO II. — Pónese la discordia que entre los caciques de Arauco hubo sobre la elección de capitán general, y el medio que se tomó por el consejo del cacique Colocolo, con la entrada que por engaño los bárbaros hicieron en la casa fuerte de Tucapel, y la batalla que con los españoles tuvieron.	7	
CANTO III. — Valdivia con pocos españoles y algunos indios amigos camina á la casa de Tucapel para hacer el castigo. Mátanse los araucanos los corredores en el camino en un paso estrecho, y danle despues la batalla, en la cual fué muerto él y toda su gente por el gran esfuerzo y valentía de Lautaro.	12	
CANTO IV. — Vienen catorce españoles por concierto á juntarse con Valdivia en la fuerza de Tucapel; hallan los indios en una emboscada, con los cuales tuvieron un porfiado reencuentro; llega Lautaro con gente de refresco; mueren siete españoles, y todos los amigos que llevaban; escápanse los otros por una gran ventura.	17	
CANTO V. — Contiene la reñida batalla que entre los españoles y araucanos hubo en la cuesta de Andalican, donde por la astucia de Lautaro y el demasiado trabajo de los españoles fueron los nuestros desbaratados, y muertos mas de la mitad dellos juntamente con tres mil indios amigos.	22	
CANTO VI. — Prosigue la comenzada batalla, con las estrafias y diversas muertes que los araucanos ejecutaron en los vencidos, y la poca piedad que con los niños y mujeres usaron, pasándolos todos á cuchillo.	24	
CANTO VII. — Llegan los españoles á la ciudad de la Concepcion hechos pedazos, cuentan el destrozo y pérdida de nuestra gente, y vista la poca que para resistir tan gran pujanza de enemigos en la ciudad habia, y las muchas mujeres, niños y viejos que dentro estaban, se retiran en la ciudad de Santiago. Asimismo en este canto se contiene el saqueo, incendio y ruina de la ciudad de la Concepcion.	27	
CANTO VIII. — Juntanse los caciques y señores principales á consejo general en el valle de Arauco. Mata Tucapel al cacique Pucheacolo, y Caupolicán viene con poderoso ejército sobre la ciudad Imperial fundada en el valle de Cauten.	50	
CANTO IX. — Llegan los araucanos á tres leguas de la Imperial con grueso ejército. No há efeto su intencion por permission divina. Dan la vuelta á sus tierras, adonde les viene nueva que los españoles estaban en el asiento de Penco reedificando la ciudad de la Concepcion. Vienen sobre los españoles, y hubo entre ellos una recia batalla.	54	
CANTO X. — Ufanos los araucanos de las victorias habidas, ordenan unas fiestas generales, donde concurrieron diversas gentes así extranjeras como naturales, entre los cuales hubo grandes pruebas y diferencias.	59	
CANTO XI. — Acabanse las fiestas y diferencias. Y caminando Lautaro sobre la ciudad de Santiago, ántes de llegar á ella hace un fuerte, en el cual metido, vienen los españoles sobre él, donde tuvieron una recia batalla.	42	
CANTO XII. — Recoigido Lautaro en su fuerte, no quiere seguir la victoria por entreteuer á los españoles. Pasa ciertas razones con el Marcos Vaez, por las cuales Pedro de Villagran viene á entender el peligroso punto en que estaba, y levantando su campo se retira. Viene el marqués de Cañete á la ciudad de los Reyes en el Pirú.	47	
CANTO XIII. — Hecho el marqués de Cañete el castigo en el Pirú, llegan mensajeros de Chile á pedir socorro; el cual vista ser su demanda importante y justa, se le envia grande por mar y por tierra. Tambien contiene al cabo este canto como Francisco de Villagran, guiado por un indio, viene sobre Lautaro.	52	
CANTO XIV. — Llega Francisco de Villagran de noche sobre el fuerte de los enemigos sin ser dellos sentido; da al amanecer súbito en ellos, y á la primera refriega muere Lautaro. Trábase la batalla con harta sangre de una parte y de otra.	54	
CANTO XV. — En este quinceño y último canto se acaba la batalla, en la cual fueron muertos todos los araucanos, sin querer alguno dellos rendirse. Y se cuenta la navegacion que las naos del Pirú hicieron hasta llegar á Chile, y la grande tormenta que entre el rio de Maule y puerto de la Concepcion pasaron.	57	
CANTO XVI. — En este canto se acaba la tormenta; contiénese la entrada de los españoles en el puerto de la Concepcion y isla de Talcahuano; el consejo general que los indios en el valle de Ongolmo tuvieron; la diferencia que entre Peteguelén y Tucapel hubo, asimismo el acuerdo que sobre ella se tomó.	61	
CANTO XVII. — Hace Millalauco su embajada. Salen los españoles de la isla, levantando un fuerte en el cerro de Penco; vienen los araucanos á darles el asalto. Caéntase lo que en aquel mismo tiempo pasaba sobre la plaza fuerte de San Quintín.	66	
CANTO XVIII. — Da el rey Don Felipe el asalto á San Quintín; entra en ella victorioso; vienen los araucanos sobre el fuerte de los españoles.	69	
CANTO XIX. — Refiérese el asalto que los araucanos dieron á los españoles en el fuerte de Penco; la arremetida de Graocolano á la muralla; la batalla que los marineros y soldados que habian quedado en guarda de los navios tuvieron en la marina con los enemigos.	75	
CANTO XX. — Retiranse los araucanos con pérdida de mucha gente; escápanse Tucapel muy herido rompiendo por los enemigos; cuenta Tegualda á don Alonso de Ercilla el extraño y lastimoso proceso de su historia.	75	
CANTO XXI. — Halla Tegualda el cuerpo del marido, y haciendo un llanto sobre él le lleva á su tierra; llegan á Penco los españoles y caballos que venian de Santiago y de la Imperial por tierra; hace Caupolicán muestra general de su gente.	79	
CANTO XXII. — Entran los españoles en el estado de Arauco; traban los araucanos con ellos una reñida batalla; hace Rengo de su persona gran prueba; cortan las manos por justicia á Galvarino, indio valeroso.	82	
CANTO XXIII. — Llega Galvarino adonde estaba el senado araucano; hace en el consejo una habla con la cual desbarata los pareceres de algunos; salen los españoles en busca del enemigo; pintase la cueva del hechicero Fiton, y las cosas que en ella habia.	85	
CANTO XXIV. — Dase noticia de la gran batalla naval, del desbarate y rota de la armada turquesa con la huida de Ochali.	89	
CANTO XXV. — Asientan los españoles en campo en Millarapué; llega á desafiarlos un indio de parte de Caupolicán; vienen á la batalla muy reñida y sangrienta; señálanse Tucapel y Rengo; cuéntase tambien el valor que los españoles mostraron aquel dia.	95	
CANTO XXVI. — Dase noticia del fin de la batalla y retirada de los araucanos; la obstinacion y pertinacia de Galvarino y su muerte; asimismo se pinta el jardin y estancia del mago Fiton.	99	
CANTO XXVII. — Pónese la descripción de muchas provincias, montes, ciudades famosas por natura y por guerras; cuéntase tambien cómo los españoles levantaron un fuerte en el valle de Tucapel, y cómo don Alonso de Ercilla halló á la hermosa Glaura.	101	
CANTO XXVIII. — Cuenta Glaura sus desdichas y la causa de su venida; asaltan los araucanos á los españoles en la quebrada de Purén; pasa entre ellos una recia batalla; saquean los enemigos el bagaje; retiranse alegres, aunque desbaratados.	104	
CANTO XXIX. — Entran los araucanos en nuevo consejo; tratan de quemar sus haciendas; pide Tucapel que se cumpla el campo que tiene aplazado con Rengo; combaten los dos en estacada brava y animosamente.	108	
CANTO XXX. — Contiene este canto el fin que tuvo el combate de Tucapel y Rengo; asimismo lo que Fran araucano pasó con el indio Andresillo, yauacona de los es-		

- pañoles. — Cuenta Andresillo á Reinos lo que con
CANTO XXXI. — Cuenta Andresillo á Reinos lo que con
 Pran dejaba concertado; habla con Caupolican cautelo-
 samente, el cual engañado viene sobre el fuerte, pen-
 sando hallar á los españoles durmiendo. 114
- CANTO XXXII.** — Arremeten los araucanos el fuerte, son re-
 batidos con miserable estrago de su parte; Caupolican
 se retira á la sierra deshaciendo el campo; cuenta don
 Alonso de Ercilla á ruego de ciertos soldados la verda-
 dera historia y vida de Dido. 116
- CANTO XXXIII.** — Prosigue don Alonso la navegacion de
 Dido hasta que llegó á Biserta; cuenta cómo fundó á
 Cartago, y la causa por que se mató; tambien se contiene
 en este canto la prision de Caupolican. 121
- CANTO XXXIV.** — Habla Caupolican á Reinos, y sabiendo
 que ha de morir, se vuelve cristiano; muere de misera-
 ble muerte, aunque con ánimo esforzado; los araucanos
 se juntan á la eleccion del nuevo general; manda el rey
 don Felipe levantar gente para entrar en Portugal. 125
- CANTO XXXV.** — Entran los españoles en demanda de la
 nueva tierra; sáeles al paso Tunconabala, persuádeles
 á que se vuelvan; pero viendo que no aprovecha, les
 ofrece una guia que los lleva por grandes despeñaderos,
 donde pasan terribles trabajos. 129
- CANTO XXXVI.** — Sale el cacique de la barca á tierra; ofrece
 á los españoles todo lo necesario para su viaje, y prosi-
 guiendo ellos su derrota, les ataja el camino el desa-
 guadero del Archipiélago; atraviesale don Alonso en una
 piragua con diez soldados; vuelven al alojamiento, y de
 allí por otro camino á la ciudad Imperial. 131
- CANTO XXXVII.** — En este ultimo canto se trata cómo la guerra
 es de derecho de las gentes, y se declara el que el rey
 don Felipe tuvo al reino de Portugal, juntamente con los
 requerimientos que hizo á los portugueses para justifi-
 car más sus armas. 134
- EL BERNARDO.**
- LIBRO PRIMERO.** — Describe este primer libro los estados
 de España y Francia, los alborotos de la guerra, el gran
 viaje de la bada Alcina á los palacios de Morgana, la pri-
 sion del conde de Saldaña y de don Teudonio, el cual
 da cuenta al Conde de su linaje y antigua privanza con
 el rey Casto, y como el tirano Manuces se apoderó del
 reino de Leon, y por negociacion suya el emperador
 Carlo-Magno envió con don Gaiferos un gran socorro de
 gente, que Rodamonte desbarató en el camino, con la
 muerte de Rosia y su amante, y la hermosa arquitectura
 de los palacios de Morgana. 143
- LIBRO SEGUNDO.** — Cuenta Alcina á Morgana la causa de su
 venida, las admirables cosas que vió en la cueva de los
 Hados; y para darle entera relacion de la persona de
 Bernardo, que las ha de dar venegas de Orlando y los
 demas paladines, refiere el origen de los godos en Es-
 paña, de cuyo linaje él descende. Morgana, agradada
 de la relacion del manebro, promete darle para adorno
 de su persona las celebradas armas de Aquiles. Pintase
 la casa de la Fama, y la que hay de la venida del fran-
 ces. Libra Ferraguto una ninfa de las manos de un sátiro,
 que se convierte en la fuente del Desengaño; y la
 ninfa, en un lienzo de su labor, en profecía le muestra
 algunos valerosos capitanes de España. 145
- LIBRO TERCERO.** — Ferraguto, envidioso de las alabanzas
 de Bernardo, se parte á buscarle para probarse con él.
 Prosigue Teudonio su historia, y en ella las grandezas
 de un valeroso doncel que libró al rey Casto de cierta
 traicion, y dase á conocer el Conde. Trátase de las fiestas
 de Francia y del consejo de guerra del César, donde
 queda confirmada la guerra contra España, y el modo
 con que el sabio Oróntes robó á Bernardo. 153
- LIBRO CUARTO.** — Deja Oróntes, por su ciencia, á Malgesi
 colgado de un árbol, donde, cayéndosele el libro de sus
 conjuros, un demonio con la fuerza de ellos saca algunas
 legiones del infierno para destruir á España, y su ángel
 custodio los refrena; y haciendo alarde de los muchos
 mártires españoles que la persecucion de los moros ha
 dado al cielo, promete á España un nuevo mundo en
 premio á su católica religion. Bernardo, entrando en un
 barco milagrosamente, llega á bordo de un galeon, donde
 halla presa á Angélica la bella; y habiéndose allí ar-
 mado caballero por mano de un rey persiano, hace ba-
 talla con él por la libertad de la reina de la China, la
 cual es arrebatada de un carro de fuego por el aire. 160
- LIBRO QUINTO.** — Huye Garilo á Francia, donde encuentra
 á Orlando y otros paladines. Ferraguto libra á Argina de
 un salteador, y ella le cuenta el martirio de las dos santas
 Nunilo y Aodia; libra tambien á Auchiá, esposo de
 Argina, y ambos mueren cristianos. Encuétrase con Yu-
 cef, tío de Galiana, y por relacion se enamora della; y al
 margen de una fuente ve en sueños su hermosura y la
 de sus famosos palacios. Pintase al fin del libro el con-
 sejo de guerra del rey Casto. 176
- LIBRO SEXTO.** — Cuenta Garilo una fábula á Orlando y á los
 suyos, á fin de divertirlos, preguntándoles cual sea el
 don mayor de la fortuna. Descubre Bernardo, desde el
 navio persiano, una fresca isla, donde lleva á Oriman-
 dro para curarle; halla en ella á Gundemaro, un noble
 español, que, despues de curar al Rey sus heridas, hace
 á Bernardo una agradable relacion de sus infortunios. 198
- LIBRO SÉPTIMO.** — Prosigue Gundemaro su historia, y acá-
 base en un extraño encantamiento. Ferragut despierta á
 los gritos de una doncella que le cuenta las desgraciadas
 tragedias del caballo Clarion, al cual sigue el moro todo
 el día, y al fin á su vista le coge un villano y se le lleva,
 y él encuentra una hermosa tienda, donde le sucede una
 extraña aventura. Llega al Tajo, y libra á Galiana, in-
 robar Biarabi, rey de Pamplona. 207
- LIBRO OCTAVO.** — Describe quién fué Arleta, la cual pre-
 senta el caballo Clarion á Rangorio porque le venga de
 Ferraguto, á quien hallan con la infanta de Toledo, acan-
 dando de vencer la gente que la llevaba presa. Llega el
 campo de España á Sansueña, haciendo una gallarda re-
 seña á vista de sus muros. Sale Cardiloro á reconocer-
 los; ve sin ser visto á Florinda, enamórase della, y trata
 de robarla la siguiente noche. Serpilo y Celedon, com-
 pañeros suyos, hacen grande estrago en la gente dor-
 mida del real cristiano. Cardiloro, como lo trazo, roba
 á Florinda, y huyendo con ella da en una escuadra de
 cristianos, donde le matan, y á ella sin conocer la lle-
 van presa á la tienda de su esposo. 219
- LIBRO NOVO.** — Argildus, creyendo que Florinda es muerta
 ó robada, se quiere matar de pena; y ella, sospechando
 ser su esposo el muerto, toma veneno para matarse, y
 sucede en ambos un notable desengaño. Bernardo, si-
 guiendo una cierva, encuentra á Angélica en las uñas de
 un dragon; siéguela por las oscuridades de una cueva, y
 hállase enredado en un extraño encantamiento, donde
 Proteo le descubre quién son sus padres. Arleta pide á
 Galiana justicia contra Ferraguto, y él hace batalla con
 Rangorio, á quien mata y quita el escudo, y por las ar-
 mas dél es tenido por frances y acometido de la gente que
 de Toledo venia en favor de Galiana, de quien queda
 preso por culpa de su caballo; oyen en un bosque ruido
 de armas, y por ver qué sea, se pierde con la oscuridad
 de la noche de los que iban con él. 231
- LIBRO DÉCIMO.** — Ferragut, perdido por unas selvas, halla
 un castillo, donde le sucedió un sabroso encantamiento;
 quiere despenarle el caballo Clarion, y él le deja, y llega
 á pié á una fortaleza, donde da muerte al jayan Braman-
 te, y libra á Doraliche y al rey su padre, y á Galirtos, los
 cuales hacen compañía á la Infanta hasta Granada. Y
 Galirtos, por entretenimiento del camino, cuenta la ar-
 tificiosa fábula del origen del deleite. 243
- LIBRO UNDÉCIMO.** — Roban segunda vez unos corsarios á An-
 gélica á vista de Orimandro, que en compañía de Ber-
 nardo se embarca en su seguimiento; y habiéndola per-
 dido de vista, hace grandes sentimientos, y cuenta su
 vida y linaje, y la ocasion por donde Angélica vino á su
 poder. Orlando, con la ocasion de la pregunta de Garilo,
 cuenta en una artificiosa fábula lo mucho que la ven-
 tura puede, disculpándose agudamente en ella de su an-
 tigua locura. 253
- LIBRO DOCECÉSIMO.** — Roba Garilo á Orlando y á sus com-
 pañeros, y quedándose ellos vueltos estatuas de oro en
 una sala encantada, él se va triste y solo á dar en una
 cabana de un pastor; reconoce el alcaide de Sansueña á
 Rosello por su hijo, el cual, refiriendo el discurso de
 su vida, cuenta la gran penitencia que el rey don Ro-
 drigo hizo despues que perdió á España, con el origen
 del cabo de San Vicente, y la desgraciada tragedia de
 Broacel y Glaura. 265
- LIBRO DECIMOTERCERO.** — Describe el gran aparato de las
 fiestas de Francia, la ferocidad de Morgante, rey de Cor-
 cega, y las bravezas que hizo con las nevas de la muerte
 de su hermano Bramante. Prosigue Orimandro en con-
 tar los monstruos de Creta. Llega Bernardo sobre una
 armada de corsarios, donde libra de prision á Arcangélica
 la bella, princesa del Catay, y enamorado de su her-
 mosura, la pierde en una gran tormenta, de donde él se
 escapa nadando sobre una antena. 276
- LIBRO DECIMOCUARTO.** — Sale Bernardo, arrojado de la tor-
 menta, á la costa de Acaya en compañía de Ofia, que le
 da cuenta de quién sea Arcangélica, cómo salió tan va-
 lerosa en armas, y la opinion que hay de que sea hija
 del dios Marte; tocando á vueltas de su discurso una
 galana geografia de casi toda la Asia. Bernardo entra en
 la cueva de la diosa Témis, donde halla un admirable
 retrato de la vida humana, y los monstruos que al mundo
 paren la ignorancia y el engaño. 286
- LIBRO DECIMOQUINTO.** — Encuentra Orlando á Garilo sobre
 su caballo; vale siguiendo hasta un castillo, donde se le
 hace fuerte. Quiere el frances ponerle fuego, y el catalan
 se lo estorba con un nuevo engaño. Al fin entra den-
 tro y cobra sus armas. Garilo se le huye y esconde en
 la tienda de un alquimista, que le cuenta la sutil novela
 del engaño, y Garilo despues roba al alquimista el fa-
 moso anillo de Angélica la bella. Malgesi levanta con sus
 conjuros su navio volando por el viento, llevando dentro
 de él á Reinaldos, Morgante y Orimandro, á los cuales
 en un admirable discurso va mostrando toda la hermo-

- sura de Europa.
- LIBRO DÉCIMOSEXTO.** — Prosigue Malgesi su viaje y discurso, describiendo en él la hermosura de Italia y Francia; y habiendo hecho á petición de Orimandro un famoso epilogo de las grandezas de España y sus antigüedades, se ofrece de enseñarle el nuevo mundo que el cielo tiene prometido á la monarquía española.
- LIBRO DÉCIMOSEPTIMO.** — Prosigue Malgesi su viaje, mostrando todas las imágenes y signos del cielo. Bernardo desde un collado del Parnaso contempla la variedad de monstruos que salen al mundo por la puerta del Engaño. Acometen los necios del meson de la Fortuna á saquear el Parnaso: defiéndesele el leonés, haciendo en ellos gran mortandad. Apolo y las Musas, en honra de su victoria, le llevan al templo de la Inmortalidad. Libra á una doncella de un leon y del riesgo de unos caballeros, y vase con ella á las fiestas de Milene, donde hace una peligrosa batalla con un caballero no conocido.
- LIBRO DÉCIMOACTAVO.** — Queda Bernardo vencedor en las justas de Acaya; ofrece Gloria á su nieta en casamiento; y él, enamorado de Arcángelica, se excusa con la prision de sus padres; recibe una carta, y abortado con ella, trata de partirse. Crisaba hace gran sentimiento, y por no apartarse del, le pide el favor de su persona hasta recobrar el estado de Colonia: Bernardo se lo concede, y embarcándose juntos en la costa de España, se apartan por una extraña aventura. Malgesi, volando en su barco, llega á descubrir la grandeza de la luna, y desde allí pasa á ver las de las Indias Occidentales, donde el mago Tascalan le ataja el vuelo y muestra las maravillas de su cueva.
- LIBRO DÉCIMOONO.** — Cuenta el sabio Tascalan las espantosas hazañas de Hernando Cortés en su conquista de la Nueva España, y la real sucesion de los reyes castellanos, desde el Casto Alfonso hasta Carlos V. Hallase Bernardo en el suelo de la fuente de las Maravillas, donde, habiendo acabado un artificioso encantamiento, y ganado en él la famosa espada Balisarda, la hada Iberia le muestra en una sala las armas y blasones de algunos insignes linajes de España.
- LIBRO VIGÉSIMO.** — Libra Bernardo á Garilo de la hovea, y él aquella noche, en pago del beneficio, le hurta el caballo y la espada: quita otro día á Dudon la suya para pelear con Orlando, á quien en una famosa batalla deja vencido. Encuentra al pasar de un río á don Teudonio y á Garilo presos: pónelos en libertad; y habiéndole conocido Teudonio, le da nuevas de la prision de sus padres: haceles Garilo otro engaño, por el cual pierden la vida el mismo Garilo y Teudonio. Encuentra Bernardo á Olfá en un monte llorando un caballero muerto; dafe nuevas de Arcángelica, y pártense juntos en su alcance: llegan al famoso castillo del Carpio, donde Bernardo prueba su admirable encantamiento.
- LIBRO VIGÉSIMOPRIMO.** — Vence Bernardo el encantamiento del castillo del Carpio, donde en un hermoso espejo ve el origen y sucesion de la excelentísima casa de Castro. Halla allí á su ayo Oróntes y trescientos caballeros de su linaje, que le acompañan para ir á la corte de su tío el rey Casto. Hallanse Morgante y Orimandro en Africa: cuentanse las desgracias de Angélica, las tragedias de Arminda y su amante, las de Artábano y Geber, y el camino por donde Morgante vino á ganar las armas que fueron de Anteo, hijo de la tierra y rey de Livia, y con ellas la clava de Hércules.
- LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO.** — Atemoriza á Carlo-Magno un espantoso sueño; intérpretable Malgesi; Montesinos refuerza con sus razones las del sabio; Orlando le responde á ellas, de cuya respuesta se ocasiona la gran discordia del campo frances: déjense por ella las fiestas aplazadas, y marchando el resto del campo para España, llegan al Pirineo, donde el César manda hacer reseña de su gente. Ferragut encuentra en Africa, á la ribera de un río, con Angélica; y estando para gozar de ella, sobreviene Morgante, que lo estorba; y dejándolo de un golpe de maza sin sentido, parte en su seguimiento á Biserta, donde hace grande estrago, hasta embarcarse tras ella para España. Orimandro halla á Arlaja en un gran desconsuelo, y en su compañía le sucede una maravillosa aventura.
- LIBRO VIGÉSIMOTERCERO.** — Cuenta Gundemaro el extraño suceso por donde se libró de la prision de Sultman, rey de Biserta; el artificioso origen de la ciudad de Granada, y conversion de Estordian en gusano de seda, y Doralice en fuente; y el aparato y gente de guerra que en Africa se apresta contra España, y la gallarda reseña del campo de Francia.
- LIBRO VIGÉSIMOCUARTO.** — Llegan á descubrirse los campos de Francia y España. Ordena y anima cada capitán el suyo; y al embestirse, Morgante da principio á la famosa batalla, en la cual, entre trágicos sucesos, se ve una notable variedad de muertes, y entre ellas la de Orlando y los demas Doce Pares de Francia, que todos mueren á manos de Bernardo y sus españoles.
- LA CRISTIADA.**
- LIBRO PRIMERO.** — Última cena de Jesus con sus discípulos. Lávales los piés. Instituye el sacramento de la Eucaristia. Ora en el huerto mientras duermen los Apóstoles, y aparece vestido de una túnica en que se representan los pecados de los hombres.
- LIBRO SEGUNDO.** — Personificación de la oracion de Cristo, que sube al cielo á pedir á Dios por su Hijo. Baja el arcángel Gabriel á consolar á Jesus por mandato del Padre Eterno.
- LIBRO TERCERO.** — Caifas llama á consejo á los Escribas y Fariseos. Gamaliel defiende á Cristo, probando que es el prometido Mesias. Acusale Judas. Confortale el arcángel Gabriel. Despidese de sus discípulos, y le prenden.
- LIBRO CUARTO.** — Conciliábulo y pintura de los espiritus infernales convocados por Lucifer. Comparece Cristo ante Anás, y recibe mil afrontas. Niega Pedro á su Maestro. Vision de la mujer de Pilato.
- LIBRO QUINTO.** — Jesus en presencia de Caifas. Refiere Lázaro su muerte y resurreccion. Conducen á Cristo al tribunal de Pilato, y despues á la presencia de Heródes. Representale al Señor la serie de los doctores de su Iglesia.
- LIBRO SEXTO.** — Desciende del cielo el arcángel Gabriel á consolar á la Virgen Maria, vaticinándole la gloriosa resurreccion de su Hijo. Entre tanto el pueblo, congregado en el tribunal de Pilato, pide que muera Jesus en lugar de Barrabás.
- LIBRO SÉPTIMO.** — Remordimientos de Judas, que á sí propio se da muerte. Pintanse las mansiones infernales, adonde va su alma. Jesus es sentenciado á azotes.
- LIBRO OCTAVO.** — Los espiritus infernales incitan á los hombres contra su Redentor. Cristo, desnudo y atado á una columna, padece el tormento de los azotes. Los coros celestiales le cantan alabanzas, y el principe Miguel le refiere la historia de los mártires.
- LIBRO NOVENO.** — Pintura de la Impiedad, y de su habitacion en el Infierno. Luzbel se sirve de ella para encender los ánimos en Jerusalem. Pilato muestra á Jesus al pueblo, y este pide que sea crucificado.
- LIBRO DÉCIMO.** — Cristo condenado á muerte. El pueblo desprecia su sangre, y se atrae la maldicion del cielo. El arcángel Gabriel predice á la Virgen Maria los trofeos de Cristo, su ascension gloriosa, la venida del Espíritu Santo, y su feliz coronacion en el cielo.
- LIBRO UNDÉCIMO.** — El pueblo de Jerusalem discurre variamente sobre la vida y doctrina de Cristo. Va el Señor con la cruz á cuevas camino del Calvario. Confortale la idea de los innumerables santos que seguirán su ejemplo. Encuétrase con su divina Madre. Su llegada al Calvario. Su crucifixion.
- LIBRO DUODÉCIMO.** — Elevan á Jesus en la cruz. Palabras que pronunció en sus últimos momentos. El arcángel Miguel junta sus huesos, y quiere vengar la maldad de los hombres. Prodigios que precedieron y acompañaron á la muerte del Salvador. Espira. Descendimiento de la cruz, y entierro del Santo Cuerpo.
- HISTORIA DEL MONSERRATE.**
- CANTO PRIMERO.** — Satanas, envidioso de la santidad del ermitaño Garin, le mueve terrible guerra. El conde de Barcelona, don Jofré, lleva á su hija á la sierra. Librala Garin del espirito infernal de que estaba poseida. Obstínase su padre en dejarla en compañía del ermitaño.
- CANTO II.** — Rendido Garin á los engaños del Infierno y á la hermosura de la doncella, abusa de su inocencia. Para encubrir su crimen, la mata, y conoce quién ha sido su consuegro.
- CANTO III.** — Arrepentido de sus culpas, y rogando al cielo que le inspire el medio de repararlas, resuelve encaminarse á Roma. Huve del monte; llega á Rosas, y se embarca en la escuadra del general Alberto.
- CANTO IV.** — Navegando la armada el golfo de Leon, contempla Garin las victorias representadas en la popa de su galea, y principalmente la conseguida por la Santa Liga en el golfo de Lepanto. En seguida refiere al General la historia de su vida.
- CANTO V.** — Prosiguiendo su relacion, describe las dulzuras de Monserrate, omitiendo la causa de sus presentes desventuras. Llega á Marsella; visita el monumento de la Magdalena. Temores y consuelos que allí experimenta. Acogele un monje con cariñoso agrado.
- CANTO VI.** — Muéstrale el monje diversidad de pinturas de asuntos graves y devotos, con que de su diestra mano habia adornado su celda.
- CANTO VII.** — Pasa la armada las costas de Provenza, de Génova y Toscana, y vecina ya al puerto de Ostia, se mueve una espantosa tormenta, de que, estando ya á punto de perecer, se salva Garin milagrosamente.
- CANTO VIII.** — Tocan las naves de Alberto en la costa de Africa. Manda desembarcar á su gente, y son de pronto acometidos por una tropa de bárbaros. Derrotados los cristianos, y prisionero Garin con otros muchos, deben su victoria y salvacion al repentino auxilio del valiente

- don Diego Florel. 527
- CANTO IX. — Da cuenta de si el valeroso don Diego, y de la victoria alcanzada sobre el moro por el pontífice Leon IV. Prosigue la batalla entre Alberto y los enemigos. Llega prisionero Armeno al campo cristiano. 530
- CANTO X. — Acuden al socorro de Armeno su esposa Ligerea y Abenagonte, y trabase encarnizada pelea entre moros y cristianos. 534
- CANTO XI. — Triunfa la armada cristiana por el heroico esfuerzo de Florel. Mueren lastimosamente, con otros muchos, Filadelfo, Armeno y Ligerea. 537
- CANTO XII. — Abandona Alberto con sus naves la costa africana, y parte para Italia; llegando sin mas contratiempo á Nápoles. Garin, despidiéndose de él, solo y á pié, se encamina á Roma; mas su enemigo le sale al camino con nuevas tentaciones. 541
- CANTO XIII. — Superior á los halagos y asechanzas del demonio, arrostra Garin nuevos peligros; y cuando más en salvo se creia, cae en manos de unos saltadores. 544
- CANTO XIV. — Cautivo por los lestrigones, y condenado á ser pasto de las fieras, debe otra vez su salvacion en un nuevo combate al invencible aliado de don Diego Florel. 547
- CANTO XV. — Libertad de Garin, y desdichado suceso de la bella Ismeria. Prosigue el devoto monje su peregrinacion, y es asaltado de una furiosa tormenta. Entra por fin en Roma, donde el Sumo Pontífice tiene revelacion de su llegada. 551
- CANTO XVI. — Confiesa sus culpas al Pontífice. Llega á Roma don Diego Florel, y recibe la bendicion del Papa. Noticia de la derrota de Sabá. Absolucion y penitencia de Garin. 554
- CANTO XVII. — Regresa á España el penitente ermitaño, atravesando de rodillas toda la Italia y Francia. Llega á Monserrate, y es cazado como una fiera por el conde don Jofré. 557
- CANTO XVIII. — Anúnciase con mil prodigios, y se halla por último en las asperezas de Monserrate la efigie de la Virgen María, á quien resuelven edificar un templo. 560
- CANTO XIX. — Cumplida por Garin su penitencia, y realizado el milagro que habia de poner fin á sus penas, se descubre al Conde, y obtiene su perdon. Desentieran á la hija del mismo Conde, y la encuentran viva. Resuelve esta acabar sus dias en el nuevo monasterio, y su padre se lo concede. 564
- CANTO XX. — Garin refiere al Conde y á sus demas oyentes la historia futura de aquella santa casa, y profetiza sus grandezas y los innumerables beneficios que dispensará el cielo por la intercesion de la Virgen de Monserrate. 567
- LA MOSQUEA.**
- CANTO PRIMERO. — Origen, fundacion y asiento de la gran Mosquea. Dos valerosos moscones bajan á explorar una sima descubierta en aquel terreno. Sacan de ella una antigua calavera de un fiero animal, y con general alegría se prosigue y termina la obra de la poblacion. 575
- CANTO II. — Dase cuenta del reinado de Sanguileon, de la soberbia de este, y de cómo manda celebrar un gran torneo, ofreciendo al caballero vencedor una hija suya natural. Al ir á celebrarse las fiestas, llega una mosca herida y medio difunta, y refiere á Sanguileon la victoria del rey de las hormigas, y la derrota, prision y degüello de siete mil moscas, con su caudillo Ranifuga; con que se truncan en lamentos los esperados regocijos. 576
- CANTO III. — Pintura de la Fama, que lleva las nuevas de lo acaecido al rey de la Tabana, Mataballo, cuñado de Sanguileon. Encaminase el primero á los estados del segundo, y por sus consejos, resuelve este declarar la guerra á su enemigo. 580
- CANTO IV. — Acuden en ayuda del rey Sanguileon y del TabanESCO, con multitud de gentes, los reyes Asinicedo, Mirpredo y Sicaboron. Dase la lugartenencia del rey y el mando de la caballeria á la famosa Mosca de Arjona, y á la Manchega el cargo de los peones. Puestas en orden las haces, se embarcan y dan á la vela en cuantioso número de bajeles. 584
- CANTO V. — Descúbrese la cárcel de los vientos. Salen estos á espaciarse, con licencia de su dios Eolo, y topando con las escuadras mosquinas, las ponen en grave riesgo. Neptuno envia un mensaje á Eolo, y este, por medio de Zéfiro, manda á los suyos que se recojan. 588
- CANTO VI. — Libre el feroz Sicaboron del naufragio que habia corrido, se encuentra con la Hambre, y queda vencido de ella. Disputa á cuatro pulgas que estaban asando una liendre montés tan rica presa, y despues de una porlada y terrible batalla, en que triunfa, logra saciar su apetito, y se entrega al sueño. 592
- CANTO VII. — Nacimiento de los Mirmidones u Hormigas. Su rencor y guerras contra las Moscas. Su rey Granestor, noticioso de los aprestos de su enemigo, junta tambien ejércitos numerosos, y llama en su auxilio al rey Caganieto y á sus otros aliados. Incorporanse á él con sus legiones Fífolgel, Patrífola, y Mosquifuro, capitán de las arañas, ingeniero sagaz y experto. Celebrase un consejo, y es nombrado capitán general Mirnuca. Avanzan las huestes hormigenas, y pónense á la vista de las del enemigo. 596
- CANTO VIII. — Pluton, por medio de Vulcano, manda á Caronte componer y aderezar su barca para las muchas almas que han de pasar en ella, de resultas de la próxima batalla. Reune ademas á los habitadores y ministros infernales, y prescribe á cada cual el oficio que ha de desempeñar en el recibimiento que se prepara. 599
- CANTO IX. — Descripción del palacio de Jupiter en el Olimpo. El estrepito que mueven los ejércitos beligerantes atemoriza al padre de los dioses, y manda á Mercurio á la tierra para averiguar el caso. Obedece el alado mensajero, y vuelve al cielo á dar cuenta de su embajada, refiriendo la disposicion de unas y otras armas, la fama de los combatientes y la inesperada llegada de Sicaboron. 604
- CANTO X. — Nombran á Sicaboron general de la Mosquea. Arenga que dirige á sus huestes. Relo que Asinicedo hace á los enemigos. Consulta en el campo hormigena. Las Furtas encienden los ánimos á la pelea. 609
- CANTO XI. — Principiase la batalla, sostenida por furioso teson por ambas partes, y sin ventaja notable por ninguna. Los caudillos de uno y otro bando dan muestras de sus brios en repetidos encuentros. Las hormigas ven caido á su general, y comienzan á huir; pero el Granestor, saliéndoles al encuentro, los anima y hace volver al combate, hasta que la noche suspende la lid y separa entrambos campos. 615
- CANTO XII. — Renuévase la batalla con el alba. Funestos agüeros notados por las atalayas de la Mosquea. Pierden las vidas muchos de los hormigenas y de sus contrarios. Asinicedo sucumbe á los golpes de Caganieto, y este á manos de Mataballo. Perece tambien el rey Granestor, traspasado por la lanza de su rival Sanguileon, y poco despues Mirpredo; pero á pesar del heroísmo de Sicaboron, sufre la misma suerte Sanguileon combatiendo cuerpo á cuerpo con Mirnuca. Perdido ya su rey, desalientan los vencedores. Sicaboron ejecuta mil proezas, pero encerrado en la fortaleza de las Hormigas, acaba con él la astucia de Mirnuca, de que se sigue la derrota completa de la Mosquea. 619







BIBLIOTECA
DE
AA. ESPAÑOLES

17

POEMAS EPICOS

1

3988